FAMILIA ES FAMILIA

El legado de recuerdos familiares de Sofía Belaúnde de Salazar

Vanesa Sofía Salazar Labarthe
José Alberto Christiansen Chu Chimpecan

Retrato de doña Sofía Belaunde Yrigollen cuando tenia 45 años de edad. El autor es Juan Carlos Gómez Alsina fechada en 1960, la técnica es pastel sobre papel. Retrato que se conserva en la casa de Ana María y Paloma Salazar Belaúnde.

FAMILIA ES FAMILIA

El legado de recuerdos familiares de Sofía Belaúnde de Salazar

Vanesa Sofía Salazar Labarthe y José Alberto Christiansen

LIMA 2025

FAMILIA ES FAMILIA
El legado de recuerdos familiares de Sofía Belaúnde de Salazar

Autores:
Vanesa Sofía Salazar Labarthe
José Alberto Christiansen Chu Chimpecan

Editado por:
José Alberto Christiansen Chu Chimpecan
Calle Dos 116. Corpac
San Isidro – Lima – Perú

Primera edición digital, octubre 2025
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2025 – 11959

ISBN N°

Publicación electrónica disponible en: https://drive.google.com/file/d/1PnM5Nn-FC5U3vJMCMKynpnu2mxNESFZEG/view?usp=sharing

La Virgen Dolorosa, Italia, siglo XVIII, atribuido a Francesco Trevisani (1656-1746), óleo sobre lienzo.
Esta obra perteneció a la familia Yrigoyen Diez Canseco posiblemente adquirida en Itali entre 1861 y 1866. en la actualidad es propiedad de Paloma Salazar Belaunde. Fue prestada para exponerse en la Pinacoteca Municipal Ignacio Merino en Abril del 2025, de acuerdo a las investigaciones que se hicieron en su oportunidad, transcribimos lo siguiente:
Versión idéntica a la pintura que posee la Galería Corsini (Roma) que se atribuye al pintor barroco italiano Francesco Trevisani (1656-1746). Se ha realizado algunos exámenes a esta obra (rayos X y gamma) con lo que se llegó a determinar que el pintor dibujó un rostro maduro y agudo, pero en el momento de pintar con óleo ocurre un arrepentimiento y realizó una representación de una mujer joven con labios serenos. La Virgen aparece frente al amorcillo que le muestra la corona de espinas y las "armas de Cristo".

INDICE

PRESENTACIÓN		7
EPILOGO		13
I.	**EL MATRIMONIO CASTILLA Y DIEZ-CANSECO**	**15**
1.1.	RAMÓN CASTILLA Y MARQUESADO	17
1.2.	FRANCISCA DIEZ-CANSECO CORBACHO	25
II.	**EL MATRIMONIO YRIGOYEN Y DIEZ-CANSECO**	**31**
2.1.	MANUEL YRIGOYEN ARIAS	33
2.2.	MARÍA MERCEDES DIEZ-CANSECO OLAZÁBAL	41
III.	**EL MATRIMONIO BELAUNDE E YRIGOYEN**	**51**
3.1.	VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE DIEZ-CANSECO	53
3.2.	SOFÍA YRIGOYEN DIEZ-CANSECO	65
IV.	**EL MATRIMONIO SALAZAR Y BELAUNDE**	**73**
4.1.	CARLOS FELIPE SALAZAR ROMERO	75
4.2.	SOFÍA BELAUNDE YRIGOYEN	81
V.	**EL MATRIMONIO SALAZAR Y LABARTHE**	**111**
5.1.	CARLOS SALAZAR BELAUNDE	113
5.2.	TERESA LABARTHE FEIJÓO	117
BIBLIOGRAFÍA		125

El reloj de pared francés del siglo XIX que se muestra en la imagen mide 81 centímetros y está dorado al fuego. Perteneció al Mariscal Ramón Castilla y ha pasado como legado a varias generaciones de la familia.

Los relojes de pared franceses del siglo XIX son conocidos por su elaborada decoración y sus intrincados mecanismos. El dorado al fuego es una técnica que utiliza mercurio para adherir oro a la superficie de un objeto, lo que le da un brillo cálido y duradero. El reloj de la imagen presenta una esfera con números romanos y una caja decorada con motivos de leones y hojas. La parte superior del reloj está coronada por una corona y un adorno en forma de llama. Este tipo de reloj es un ejemplo de la artesanía y el diseño francés del siglo XIX.

PRESENTACION

Este libro es un homenaje íntimo y entrañable al valor más profundo que sostiene a toda sociedad: la familia. A través del relato de cinco generaciones de peruanos, se entreteje una historia que, aunque privada, resuena con ecos universales en el alma limeña. Está dirigido a todo aquel que desee asomarse a esta memoria viva, rica en afectos y enseñanzas, en especial a los descendientes de doña Sofía Belaúnde Yrigoyen, quien, con ternura y firmeza, supo sembrar en su familia el amor por los recuerdos y el respeto por la historia compartida.

Quien se adentre en estas páginas hallará, por momentos, una prosa de corte histórico, nacida del rigor de la investigación. En otros tramos, sin embargo, la narración adopta un tono más cálido y coloquial, como si fueran los propios protagonistas quienes, desde el rincón apacible de una tarde de tertulia, compartieran sus vivencias. Es que este libro es también un mosaico de voces, donde los recuerdos se vuelven palabras y las palabras, testimonio.

En sus últimas páginas, el lector encontrará un capítulo dedicado al matrimonio Salazar-Labarthe, mis padres, cuya unión resume en sí misma muchas de las virtudes que esta historia busca exaltar.

La figura de doña Sofía Salazar Belaúnde —Muti, para los suyos— ocupa el corazón de este relato, no solo por el lazo de sangre que nos une, sino por el legado moral y espiritual que dejó. Fue una mujer de temple, de convicciones firmes y carácter resuelto, pero también de fe honda, silenciosa y luminosa. Su vida fue ejemplo de entrega, de defensa inquebrantable del hogar, de ese núcleo sagrado donde germinan los valores que dan forma a la vida. De ella aprendimos no solo a creer, sino a vivir con fe.

Aun cuando los hijos emprendieron sus propios caminos, ella supo permanecer cerca de todos, guiándolos con discreción, amor y firmeza. Enseñó con el ejemplo que la familia es un lazo que no se rompe, una certeza que se sostiene incluso en la distancia. En una reunión familiar, mi tía Paloma Salazar recordaba una escena en la que, ante una dificultad que enfrentaba un ser querido, se alzó en su defensa sin titubeos, repitiendo una frase sencilla pero rotunda: "Familia es familia". En esas palabras habita el mayor legado de Muti: la lealtad sin condiciones, el amor que trasciende las generaciones.

Al explorar la historia de estas cinco ramas familiares, encontramos no solo apellidos ilustres, sino, sobre todo, vidas guiadas por la virtud, el servicio y la esperanza. Porque creemos firmemente que la verdadera grandeza se mide por la coherencia entre lo que se cree, lo que se hace y lo que se transmite.

Nos hubiera gustado dar cabida a más nombres queridos, incluir más retratos, más escenas de la vida cotidiana. Pero no hemos querido convertir estas páginas en una enciclopedia familiar. Ese será, sin duda, el trabajo de quienes vendrán después de nosotros.

Esta historia tiene como escenario principal a la ciudad de Lima, nuestra querida capital, fundada el 18 de enero de 1535 por Francisco Pizarro y bautizada

Señor de la Caña. De autor Anónimo. Siglo XVIII. Escuela cuzqueña. El marco es de madera policromada con pan de oro de factura europea. Esta obra perteneció a la familia Yrigoyen Diez Canseco y a acompañado a varias generaciones de la familia hasta nuestros días.
Esta obra se ha expuesto en la Pinacoteca Municipal Ignacio Merino en el mes de abril del 2025 para la exposición de Semana Santa en Lima.

entonces como la Ciudad de los Reyes. Durante siglos, Lima fue el corazón del Virreinato de Nueva Castilla, centro neurálgico del comercio y la administración colonial. A pesar de los embates de la naturaleza y de la amenaza constante de los corsarios, prosperó con elegancia y resiliencia.

Con la llegada de la independencia (1821–1824), la ciudad fue testigo —y a veces víctima— de las pugnas entre patriotas y realistas. Tras el nacimiento de la República, Lima vivió un breve esplendor en el siglo XIX, interrumpido por la tragedia de la Guerra del Pacífico. Luego vino el renacer: una expansión poblacional sin precedentes, alimentada por la migración andina que, desde la década de 1940, fue transformando su rostro y su espíritu. Hoy, Lima es una metrópolis vibrante, la quinta ciudad más poblada de Sudamérica, y también el escenario silencioso de nuestras memorias más queridas.

José Alberto Christiansen, doña Sofía Salazar Belaúnde y Vanesa Salazar Labarthe, en el año 2017. Fotografía propiedad de los autores.

Benditera con la Virgen Dolorosa, Siglo XIX, esmalte pintado, plata y vidrio opalino pintados.
Esta pieza fue heredada por Sofía Belaunde y estaba colocada en la entrada de su habitación hasta el final de sus dias.

La pintura de esmalte es una copia de la obra del pintor florentino del Barroco Carlo Dolci o Carlino Dolci (1616-1686).

El fondo oscuro da paso a una tenue luz que rodea una imagen hermosamente triste de la Virgen, envuelta en una túnica azul creada con pigmento de lapislázuli intenso. Todos estos factores conspiran para atraer profundamente al espectador.

Según F. Bardinucci, el primero en escribir una biografía detallada de Dolci, desde temprana edad este artista, profundamente fiel, fue miembro vitalicio de la Orden de San Benito. Además de sus obras religiosas a gran escala, alrededor de 1650 comenzó a pintar cuadros de escala relativamente pequeña que representan varios retratos de medio cuerpo de santos. Esta pintura es un excelente ejemplo de este tipo.

El modelo para esta imagen de la Virgen con las manos juntas se puede encontrar en las imágenes de la Virgen de Tiziano, y la fuente de estas últimas se puede encontrar en las imágenes de María que fueron extremadamente populares en España durante los siglos XVI y XVII. Las pinturas de la Virgen de Dolci en este estilo se hicieron bastante populares. Se conserva una copia conocida de esta obra y se conocen otras imágenes de la Virgen con composiciones ligeramente diferentes.

Dedicatoria

A Muti y a mis padres,
por enseñarnos que la familia no es solo un lazo
de sangre,
sino un legado de amor, coraje y fe.
A cada uno de los nuestros,
pasados, presentes y futuros,
porque en sus historias encontramos la nuestra.

Nuestra Señora de Pasabiense, Siglo XIX, esmalte pintado con marco de plata estilo gótico.

Esta pintura de esmalte en miniatura esta inspirada en la imagen de Nuestra Señora de Passabiense. La pintura en miniatura, generalmente ejecutada en la tecnica de gouache, acuarela o esmalte. Los retratos en miniatura se desarrollaron a partir de las técnicas de las miniaturas en manuscritos iluminados, y fueron populares entre las élites del siglo XVI, principalmente en Inglaterra y Francia, y se extendieron por el resto de Europa desde mediados del siglo XVIII, siendo muy populares hasta el desarrollo de daguerrotipos y fotografías a mediados del siglo XIX.

EPÍLOGO

Recojo a continuación unas palabras escritas por Nicolás Salazar Labarthe, nieto de doña Sofía e hijo de Carlos Salazar Belaúnde y Teresa Labarthe Feijoo. Fueron pronunciadas en una emotiva reunión familiar celebrada en la casa de Muti, poco tiempo después de su partida:

''Hace un mes le hicimos un homenaje en vida. Su salud estaba muy deteriorada. ¡Tenía 106 años! Tuve el honor de escribir algunas palabras en representación de mi familia. Fue un día muy especial, triste, emotivo, pero a la vez reconfortante, para ella y para nosotros. El jueves nuestra Muti nos dejó y ya Dios la tiene en su gloria. Hoy la despedimos y estas líneas quedarán en mí mente, por siempre.

Querida Muti. Nos queda claro que los poco minutos que tendremos, entre tantos miembros de la familia que quieren homenajearte, quedarán cortos. Así que queremos comenzar con un GRACIAS enorme. Eres una mujer ejemplar. Siempre admiramos esa figura de mujer firme, luchadora, pero sobre todo defensora de la familia como núcleo, siempre por encima de todo. De ti hemos aprendido eso y mucho más. Gran parte de nuestras vidas estuvimos al lado tuyo, fuimos más que vecinos; años maravillosos y que tenemos presentes. El sentido de familia que destacamos parte de ahí, y lo que mencionamos más arriba lo tenía muy a flor de piel nuestro padre. No había día que no volviera a casa y no se preocupara por saber cómo estabas. Dejaste ese legado en él y luego en nosotros.

Con mucho cariño recordamos también los paseos a Ancón junto con las primas, fueron lindos momentos: la misa, los desayunos, la playa, las anconetas y el convivir con todos en esa casa pequeña pero acogedora. Con esa brisa marina que siempre atesoraremos.

No podremos olvidar tampoco cuando nos invitabas a rezar, o cuando nos leías un pasaje bíblico en el sillón al lado tuyo, o cuando conseguías las hostias sin consagrar para practicar la primera comunión. Estuviste al lado nuestro cuando falleció nuestro padre. Qué gran mujer. Tantos momentos adversos que has vivido y nunca te faltaron fuerzas para acompañarnos o para un mensaje de aliento. Perdiste a tu esposo muy joven y supiste sobreponerte. Igualmente perdiste a tu hijo varón mayor y seguiste adelante. Y nos ayudaste a nosotros a seguir adelante. Nada de lo que digamos será suficiente para agradecerte, por tanto. Te mereces estas palabras y todo el respeto que tu familia te demuestra día a día. Hemos compartido algunas fotos entrañables para este evento, pero, las imágenes más valiosas las guardaremos por siempre en nuestros corazones. Con muchísimo amor''.

Familia Salazar Labarthe

Nacimiento de madera tallada y policromada, fines del siglo XVIII, anónimo, escuela quiteña.
Este nacimiento perteneció al matrimonio Castilla y Diez Canseco y esta formada con muchas escenas de la vida de Jesús. Fue heredado por María Yrigoyen Diez Canseco que fue ahijada de Francisca de Castilla. Luego lo recibió en herencia doña Sofía Belaunde que fue criada por María Yrigoyen.

I. EL MATRIMONIO CASTILLA Y DIEZ CANSECO

El presidente Ramón Castilla fue, sin duda, uno de los espíritus más firmes y visionarios del Perú republicano. Hombre de ideales ardientes, luchó con bravura por la independencia de la patria y, ya en la cima del poder, se consagró a cimentar los pilares de una nueva nación.

Cuando se repasa su vida cronológicamente, se revela un trayecto marcado por batallas decisivas, profundas transformaciones sociales y políticas, y una entrega incansable a la causa republicana. Pero más allá del militar y estadista, emerge también el hombre de familia, cuya vida íntima se entrelazó con la de su esposa, doña Francisca Diez-Canseco Corbacho, y con la de su sobrina, María Mercedes Diez-Canseco, a quien crió como a la hija que nunca tuvo.

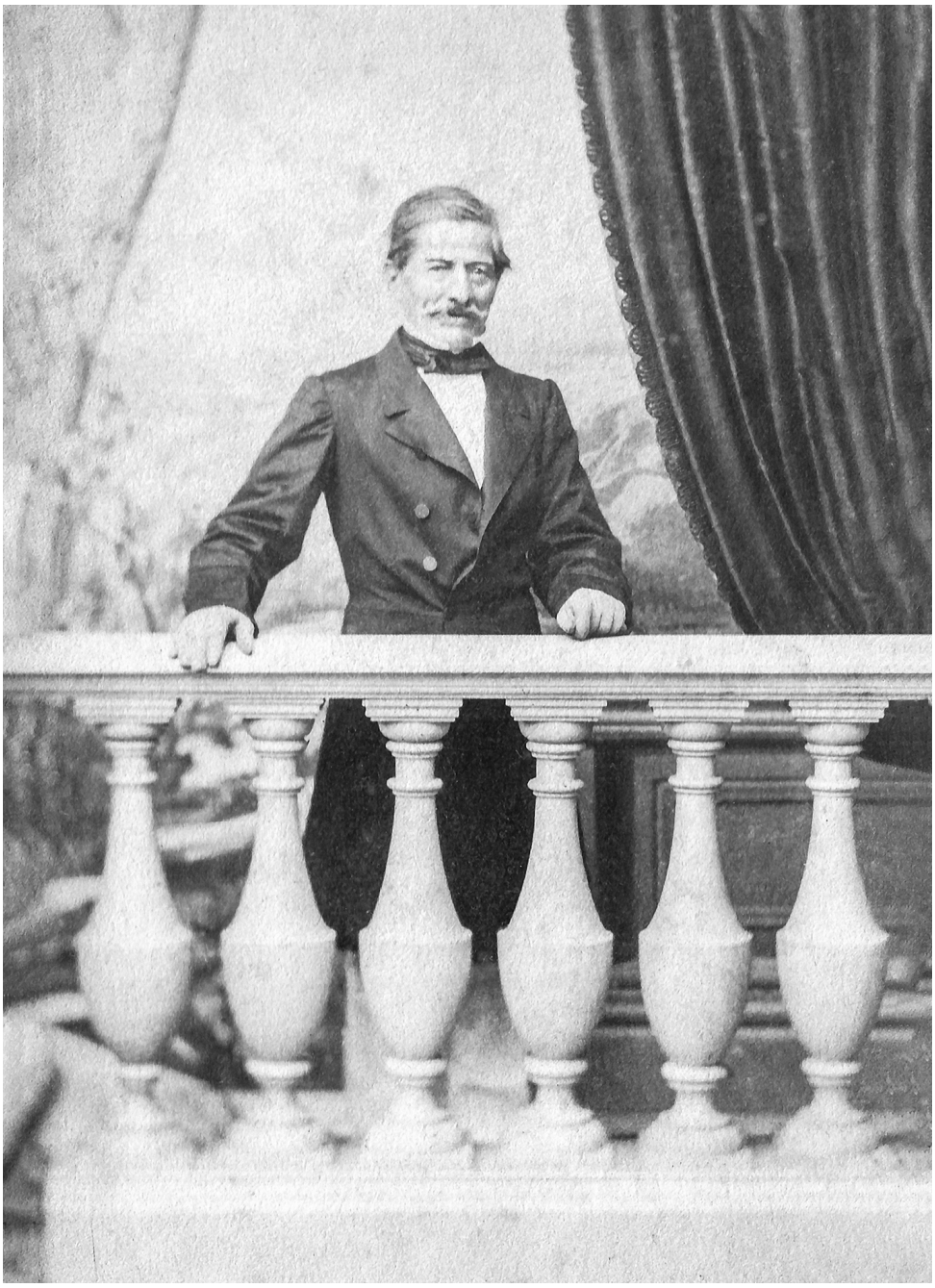
Castilla supo mirar más allá de su tiempo. La abolición de la esclavitud y la creación de instituciones fundamentales para la república no fueron actos impulsivos, sino decisiones nacidas de una convicción profunda sobre la dignidad humana y la necesidad de justicia. Si se compara su largo mandato, que superó los catorce años, con los gobiernos que lo siguieron en los más de dos siglos de república, su legado resulta aún más luminoso.
Entre los documentos más reveladores sobre su vida, destacan las breves cartas familiares, donde se vislumbra una personalidad singular: enérgica, compleja, humana. Y, como suele decirse con razón, "detrás de un gran hombre, hay siempre una gran mujer". En el caso de Castilla, esa mujer fue doña Francisca.

Ricardo Palma, testigo sensible de la historia peruana, la recordaba con palabras que perduran: "Doña Francisca fue, en la vida del hogar, el ángel que avasallaba toda tempestad en el agitado mar de las exaltaciones del carácter de su marido. Era ella una voluntad siempre dispuesta para el bien."

"Mamá Panchita", como la llamaban con ternura sus nietos, fue una mujer de temple sereno, firme cuando era necesario, pero con una dulzura natural que envolvía su hogar de calidez. En su sabiduría doméstica y moral, supo equilibrar el ímpetu de Castilla, convirtiéndose no solo en su compañera, sino en su refugio.

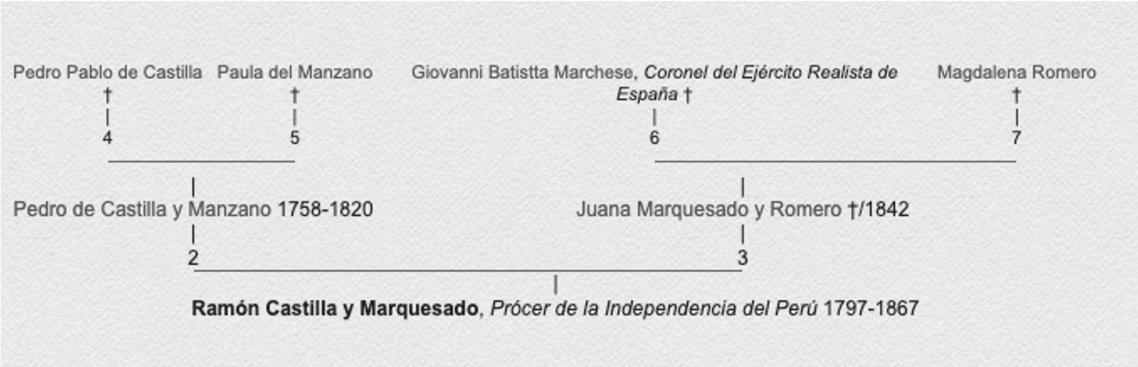
Bajo el techo de este hogar, creció también María Mercedes Diez-Canseco Olazábal, hija de sangre de la familia, pero formada como hija del corazón por Ramón y Francisca. A ella le transmitieron su fe profunda, su amor por la libertad, el respeto inquebrantable por la dignidad del otro y una fuerte conciencia de deber cristiano y humano.

En estas páginas se entrelazan el poder y la ternura, la patria y la familia, en el retrato de un matrimonio que supo sembrar ideales en medio de la turbulencia de su tiempo, y dejar un legado que aún resuena en la memoria del Perú.



Retrato del Gran Mariscal Ramón Castilla. Fotografía conservada por María Mercedes Diez Canseco de Yrigoyen. Actualmente pertenece a Ana María Salazar Belaunde.

1.1. RAMÓN CASTILLA Y MARQUESADO



Árbol genealógico de Ramón Castilla. Autor de este árbol Francisco Javier Carbone Montes. [1]

NOMBRE	Ramón Castilla Marquesado
FECHA DE NACIMIENTO	San Lorenzo de Tarapacá, Perú en 1797
FECHA DE FALLECIMIENTO	Tiviliche, Perú el 30 de mayo de 1867 a la edad de 69 años
PADRES	Pedro De Castilla y Manzano 1758-1820 y Juana Marquesado y Romero
HERMANOS	**Ramón Castilla Marquesado** 1797-1867
	Leandro De Castilla Marquesado
	Gregorio De Castilla y Manzano
	Juana De Castilla y Manzano
	Petrona De Castilla y Manzano
	Melchora De Castilla y Manzano
	Víctor De Castilla y Manzano
CÓNYUGE	Francisca Josefa Diez Canseco Corbacho (Arequipa, 1812–Lima, 1906)
FECHA DE MATRIMONIO	Arequipa, 2 de mayo 1935. Castilla tenía 38 años.
HIJOS	Tuvo tres hijos fuera del matrimonio
	Manuel Castilla de Cárdenas 1825-18..
	Federico Castilla Villegas 1833-1860
	Juan Gregorio Castilla Colichón 1851-1881

En casa de Muti, como un susurro del tiempo, se guardaban fotografías y cartas del Mariscal Ramón Castilla. Aún tengo grabado el recuerdo de un álbum que, con el correr de los años, se extravió, llevándose consigo miradas antiguas y manos firmes. Quedaban, sin embargo, algunas cartas breves, dulces en su tono, dirigidas a su "querida hijita", María Mercedes Diez Canseco. En algunas, se adivinaba también la calidez de Mama Panchita, su esposa, añadiendo algunas líneas con letra temblorosa. Entre los objetos más queridos, se conservaba un nacimiento de madera, sencillo y noble, que alguna vez iluminó las navidades de la familia Castilla, y cuya historia merecerá más adelante su propio lugar en estas páginas.

[1] Extraido de la web el 19.08.24:
https://gw.geneanet.org/fracarbo?lang=es&n=castilla+y+marquesado&p=ramon

Jorge Basadre en su obra Historia de la República del Perú, hace una memorable reseña de Castilla, que dice asi: ''Ramón Castilla es, en resumen, lo mejor de los primeros cincuenta años de la República peruana. Es aquella figura a la que todos llaman taita (padre), el libertador del negro, el redentor del indio, un hombre muy sencillo y del pueblo, y que llegó con su nombre muy adentro de las multitudes. Patriota a carta cabal, su amor al Perú no solo fue de «palanganada» (fanfarronada), sino que lo demostró en la práctica con creces, como militar y gobernante. Supo ser al mismo tiempo caudillo y estadista, y trajo orden y prosperidad al Estado, por eso al grito de «¡Viva Castilla!» la gente se iba a matar, y al mismo grito se hicieron y deshicieron revoluciones hasta el mismo día de su muerte''.

Según relata el historiador Fernando Ayllón Dulanto (2022), Ramón Castilla ocupó la Jefatura del Estado peruano en cinco ocasiones a lo largo del convulso siglo XIX. En total, Castilla condujo los destinos del país durante catorce años, siete meses y diecinueve días, siendo —después de Augusto B. Leguía— el mandatario que por más tiempo ejerció el poder en la historia republicana del Perú. Además de su prolongado liderazgo, fue Senador por Tarapacá y presidió el Senado Nacional en 1864.

Considerado el primer presidente progresista e innovador de la República Peruana. Como señaló el ilustre historiador Jorge Basadre, con él se inició verdaderamente el período republicano del Perú, ya que sus predecesores habían estado más enfrascados en guerras internas y contiendas civiles que en la construcción de una nación.

Ramón Castilla en el Ejército y la Política.

Cuando apenas contaba con diecisiete años, Ramón Castilla se alistó en el Ejército de su patria, que entonces aún se llamaba el ''Ejército Real del Perú''. El joven, de temple recio y mirada decidida, fue enviado al Alto Perú, donde participó en numerosas acciones de guerra, luchando con denuedo por la causa de la independencia, aún bajo banderas extranjeras.

En 1821, ingresó al ejército patriota del general José de San Martín y participó activamente en la campaña libertadora del Perú. No tardó en destacar por su valor y destreza en el campo de batalla. En 1824, fue herido gravemente en la célebre batalla de Junín, lo cual no le impidió, meses después, estar presente en Ayacucho, donde se consolidó la independencia sudamericana.

Desde entonces, Castilla fue ascendiendo en los rangos militares, ganándose el respeto y la admiración de sus compañeros y superiores. Su disciplina, sobriedad y vocación de servicio eran cualidades poco comunes en los turbulentos tiempos de la joven república.
Pero fue en la política donde su figura se agigantó. Hombre de acción, de ideas firmes y espíritu reformista, Castilla comprendía que la libertad no bastaba sin orden ni justicia social. Fue presidente del Perú en dos ocasiones, y en ambas promovió reformas profundas: abolió el

tributo indígena, decretó la libertad de los esclavos y reorganizó la hacienda pública, dotando al país de instituciones más estables.

Durante su mandato, el Perú comenzó a perfilarse como una nación moderna, impulsando la educación, el desarrollo de infraestructuras y el fortalecimiento del ejército. A diferencia de otros caudillos de su tiempo, Castilla no buscó perpetuarse en el poder; antes bien, fue un defensor de la legalidad y del Estado de derecho, lo que le valió tanto elogios como resistencias.

Cuando se retiró a la vida privada, lo hizo con la frente en alto, sin riquezas ni privilegios, pero con el orgullo de haber servido con integridad a su nación. Murió en 1867, en medio del desierto de Tarapacá, mientras intentaba regresar al escenario político para defender sus ideales. La historia lo recuerda como uno de los grandes forjadores del Perú republicano. Su legado es testimonio de que la patria no solo se defiende con armas, sino también con principios, con justicia y con amor sincero por la tierra que nos vio nacer.

Un Vínculo Sellado ante Dios: El Matrimonio de Ramón Castilla y Francisca Diez Canseco

Era el 2 de mayo de 1835. La noche había caído sobre Arequipa, pero en la penumbra solemne de la Capilla del Sagrario, los cirios iluminaban con tímida luz los rostros expectantes de quienes presenciaban la unión de un hombre destinado a marcar la historia del Perú.

Ramón Castilla, de 38 años, militar curtido por la guerra, por la política y por la soledad de los cuarteles, tomaba como esposa a la joven y distinguida doña Francisca Josefa Diez Canseco Corbacho, nacida en Arequipa en 1811. Hija del general Manuel José Diez Canseco y Nieto y de doña María de las Mercedes Sánchez Corbacho y Abril, Francisca traía consigo no solo la prestancia de un linaje respetado, sino también la templanza de las mujeres que acompañan, silenciosas pero firmes, los caminos del poder.

La ceremonia fue oficiada a las diez de la noche por el cura rector sustituto Pedro Pablo Urdanivia, con la venia del gobernador del obispado, el doctor Narciso Velasco. La solemnidad del acto quedó registrada con rigor canónico: se constató la ausencia de impedimentos y se dispensaron las tres moniciones obligatorias. El expediente de soltería y libertad quedó archivado en la iglesia, junto con los nombres de los testigos: Lorenzo Somocurcio, Fernando Sánchez y Demetrio Somocurcio. Sin embargo, el matrimonio no fue fecundo en descendencia legítima. Ramón Castilla no tuvo hijos con su esposa, aunque sí reconoció a tres hijos naturales, cada uno con una historia que revela el rostro íntimo y a veces turbulento del hombre que fue.

El primero, Manuel Castilla, nació en 1825, fruto de la relación con María de Cárdenas Rivera. Se casó en 1850 con Francisca Sotomayor y tuvo un hijo, Baldomero Castilla, cuya línea

familiar continúa hasta nuestros días a través de su nieto, Dámaso Castilla Loayza.

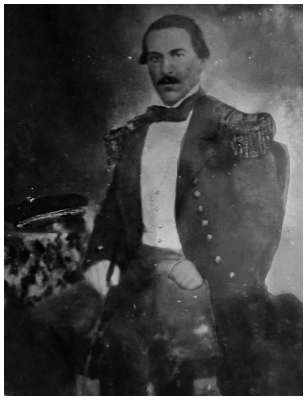
El segundo, Federico Castilla (1833 – 1860), nació de su relación con Francisca Villegas. Capitán de corbeta en la armada peruana, murió joven, víctima de una enfermedad, apenas unos meses después del nacimiento de su única hija, quien también falleció en la infancia.

El tercero fue Juan Gregorio Castilla Colichón (1851 – 1881), nacido durante el matrimonio con Francisca Diez Canseco, fruto de la relación con Carolina Colichón. Fue precisamente doña Francisca quien lo crió como si fuese propio. El joven fue enviado a Europa, donde se graduó como tenedor de libros —lo que hoy llamaríamos contador—. Se encontraba en Londres cuando su padre falleció en 1867, y fue su madre adoptiva quien hizo lo imposible por sostener su educación. Regresó al Perú en 1870 para dedicarse al comercio, pero cuando la guerra con Chile estalló en 1879, Juan Gregorio no dudó: se alistó en el Ejército y murió en la defensa de Lima, el 13 de enero de 1881, durante la sangrienta Batalla de San Juan y Chorrillos. No menos importante fue el acto de amor silencioso que Ramón y Francisca ofrecieron al criar como hija a María Mercedes Diez Canseco y Olazábal (1844–1923), sobrina de doña Francisca. María Mercedes era hija del general Manuel José Diez Canseco y Corbacho y de María Gabina de Olazábal y Abril. En aquella casa, donde no germinaron hijos legítimos, floreció la ternura de una crianza compartida, de vínculos tejidos con más afecto que deber.

Así fue la vida privada de Ramón Castilla: compleja, humana, tejida de contradicciones y actos nobles. El soldado que soñó con una nación libre, también supo construir, entre batallas y decretos, los cimientos íntimos de su propio hogar.

El Atentado y la Transición

La popularidad de Castilla, aún intacta tras años de gobierno, no bastó para aplacar el odio de sus adversarios más radicales. La noche del 23 de noviembre de 1860, cuando el Perú parecía haberse estabilizado bajo el peso de su liderazgo, un nuevo intento de magnicidio sacudió la capital. Esta vez, el atentado no fue en la plaza ni en una calle cualquiera: fue en su propio hogar, en la esquina de las calles Divorciadas e Higueras.



Retrato de Ramon Castilla, realizado en daguerrotipo, posiblemente en el año 1849. Fue conservada por Maria Mercedes Diez - Canseco y heredado por Sofía Belaunde

Los responsables, miembros del ala liberal más extrema y vinculados a la masonería, entre ellos José Gálvez Egúsquiza y un joven Ricardo Palma, dispararon con intención de matar. Pero fallaron. La ciudad entera despertó al rumor del atentado frustrado. Multitudes enfurecidas acudieron a la residencia del presidente, no para exigir justicia, sino para vitorearlo, aplaudirlo, demostrarle que el pueblo seguía de su lado. En medio de las sombras de la conspiración, Castilla emergía más fuerte, como si la pólvora de los traidores solo sirviera para reafirmar su autoridad.

Perseguidos, los implicados hallaron refugio en la legación chilena. Allí se escondieron José Gálvez, Manuel María Rivas, Pedro J. Saavedra, Benigno Madueño, José Saavedra y Manuel Moreno. Ricardo Palma, entonces apenas de 17 años, lograría escapar semanas más tarde, el 20 de diciembre, a bordo del vapor inglés Lima, gracias a la protección del ministro chileno Francisco Solano Astaburuaga. El exilio lo llevó a Valparaíso. Regresaría solo en 1863, cuando el presidente Miguel San Román dictó una amnistía general para los involucrados.

Mientras tanto, el fin del gobierno de Castilla se aproximaba, y con él se abría el juego político. El mariscal Miguel San Román, el general Juan Antonio Pezet y el doctor Juan Manuel Melgar se perfilaban como posibles sucesores. Pero las piezas del ajedrez republicano se movieron con rapidez: Pezet, reconociendo el respaldo del aparato estatal a San Román, optó por no dividir las fuerzas y se presentó como candidato a la Primera Vicepresidencia. Los liberales, aún en disputa, también terminaron por cerrar filas con San Román.

Así, con el consenso de conservadores, liberales y oficiales, San Román alcanzó la presidencia. Lo acompañaron en el poder Pezet como primer vicepresidente y Pedro Diez Canseco en la segunda vicepresidencia. El orden republicano parecía asegurado. Castilla, cuya figura dominó casi una década de la vida nacional, se retiraba del poder, no sin heridas, pero con la frente en alto y el legado de un Perú modernizado y soberano.

Entre Bodas y Lutos: El Ocaso de una Época

El 9 de mayo de 1861, la residencia presidencial de Ramón Castilla se vestía de gala. No se trataba de una ceremonia oficial ni de un acto de Estado, sino de un momento profundamente íntimo: su sobrina, María Mercedes Diez Canseco, a quien había criado como hija, unía su vida con Manuel de Yrigoyen y Arias. Castilla, entonces en el pináculo de su poder, ofició el enlace como jefe de familia y protector. Yrigoyen, su secretario personal, prometía seguir una destacada carrera política, siempre bajo la tutela de su influyente tío político.

Este evento familiar sucedía en un contexto político cada vez más complejo. Un año después, el 29 de agosto de 1862, el Congreso proclamaba como presidente al mariscal Miguel San Román, acompañado por los vicepresidentes Juan Antonio Pezet y Pedro Diez Canseco Corbacho. El Perú parecía transitar pacíficamente hacia una nueva etapa republicana.

San Román, sin embargo, no gozaba de buena salud. Tras asumir el mando, se retiró brevemente a su casa en Chorrillos, esperando restablecerse.

Pero el destino tenía otros planes. A inicios de 1863, su condición empeoró. El 23 de marzo, Ramón Castilla, siempre vigilante, escribió a Pezet desde Lima, informándole la gravedad de la situación y urgió su pronto regreso. El país no podía permitirse otro vacío de poder.

Finalmente, el 3 de abril de 1863, apenas dos meses después de asumir la presidencia, Miguel San Román falleció. Murió en los brazos de Castilla, quien lo acompañaba en su lecho de muerte como último testigo de su paso por el poder. Fue Castilla quien dio la noticia a Pezet, reiterando con solemnidad su pedido de retorno inmediato al país.

Con la muerte de San Román, el país volvía a quedar en vilo. Castilla, testigo y protagonista de tantos episodios de la república naciente, parecía llevar sobre sus hombros no solo los destinos del Perú, sino también el peso de su historia.

El Último Ciclo Político de Ramón Castilla: Defensa de la Patria y Exilio (1863–1867)

En 1863, Ramón Castilla regresó temporalmente al poder como Jefe Supremo del Perú, reafirmando su liderazgo nacional. A pesar de su breve mandato (abril–agosto), su paso fue significativo: denunció la presencia extranjera en los salitrales del sur y propuso la construcción de una vía férrea que integrara Iquique y Tarapacá con la costa. Fue elegido senador por Tarapacá en 1864 y luego presidente del Senado, desde donde defendió enérgicamente los intereses del país frente a la creciente injerencia española.

Castilla se opuso con firmeza al impuesto sobre la producción salitrera y denunció el peligro de la firma del tratado Vivanco–Pareja con España, tras la ocupación de las islas Chincha. En una histórica intervención parlamentaria, propuso declararle la guerra a España, siendo por ello censurado y tildado de agitador. El 5 de febrero de 1865, tras el desembarco de marinos españoles en el Callao, Castilla intentó entrevistarse con el presidente Pezet, pero fue arrestado en violación de su fuero parlamentario y encerrado en condiciones inhumanas. Su salud se deterioró, y fue deportado en febrero rumbo a Gibraltar, donde llegó en noviembre de 1865.

En el exilio fue acogido por su sobrina María Mercedes Diez Canseco en Bélgica, y recobró parcialmente su salud. Mientras tanto, en el Perú, la revolución restauradora encabezada por el coronel Mariano Ignacio Prado se extendió desde Arequipa a todo el sur. Con el apoyo de otras insurrecciones, como la de José Balta en Chiclayo, Prado asumió el poder, y el vicepresidente Pedro Diez Canseco (cuñado de Castilla) fue nombrado presidente provisional. Sin embargo, su tibieza ante la agresión española lo hizo perder apoyo, y el 25 de noviembre de 1865 fue depuesto. Prado fue proclamado dictador por el pueblo reunido en cabildo abierto.

El 17 de mayo de 1866, Castilla regresó al Perú y fue recibido en olor de multitud. Durante un homenaje a los bomberos del Callao, brindó diciendo: «Brindo, señores, por los viejos que conquistaron la independencia y por los jóvenes que el 2 de mayo supieron consolidarla». El 12 de junio viajó a Iquique, donde fue informado del avance de una epidemia. Mientras tanto, la popularidad del gobierno y el contexto bélico permitieron que el 28 de julio se convocaran elecciones, celebradas en octubre. El Congreso Constituyente se instaló el 15 de febrero de 1867, nombrando a Prado como presidente provisional. Sin embargo, pronto surgirían diferencias con Castilla, a quien Prado terminaría deportando a Chile.

Últimos Años de Ramón Castilla (1863–1867): El Fin de un Caudillo Patriota

Durante su última etapa política, entre 1863 y 1867, el general Ramón Castilla reafirmó su papel como defensor de la legalidad republicana y la soberanía nacional. Aunque su presidencia de 1863 fue breve, dejó clara su postura contra la injerencia extranjera y su preocupación por el desarrollo del sur andino y costero, especialmente en la región de Tarapacá.

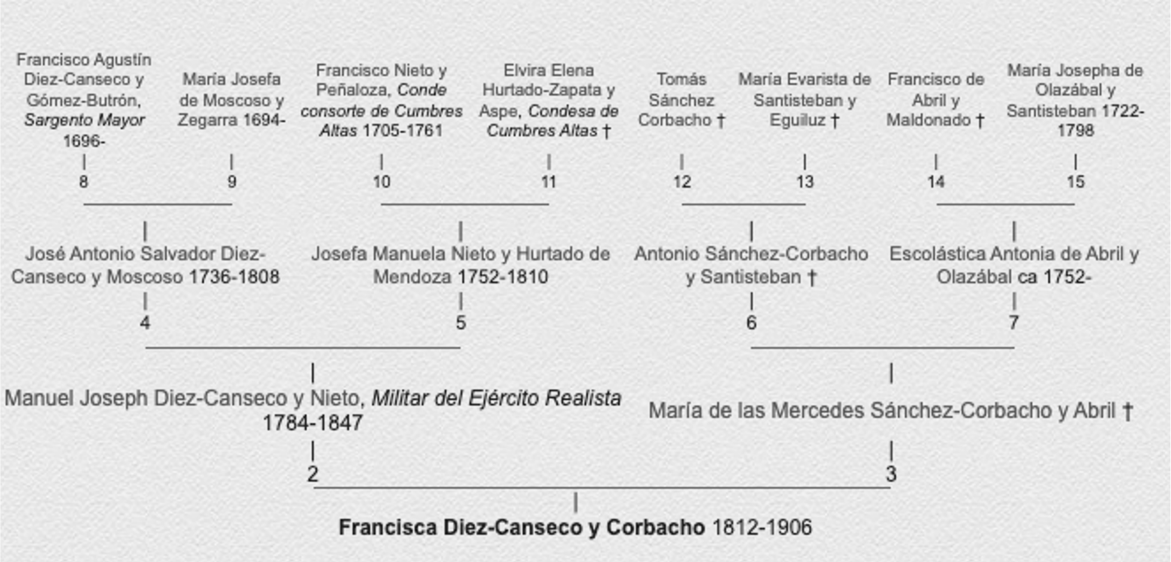
Castilla regresó al Perú el 17 de mayo de 1866, recibiendo una cálida bienvenida. Brindó en honor a los jóvenes defensores del Callao, y su popularidad creció, lo que llevó al gobierno a convocar elecciones. Sin embargo, su relación con Prado se deterioró. El nuevo Congreso Constituyente instalado en febrero de 1867 nombró presidente provisional a Prado, quien pronto deportó a Castilla a Chile.

Lejos de rendirse, Castilla organizó desde el exilio una revolución constitucionalista. Adquirió mil rifles y regresó al Perú por Cobija y luego Caldera, donde recuperó las armas que se le negaban. Desembarcó en Tarapacá el 18 de mayo de 1867 y fue recibido con afecto, pero la enfermedad –el asma y su avanzada edad– minó sus fuerzas. Camino a Arica, falleció en Tiliviche el 30 de mayo de 1867, a los 69 años.

Cuentan que, al borde del abismo final, con la voz quebrada por el dolor y el alma aún prendida a su destino, murmuró al cielo: "Un mes más de vida, Señor, y haré la felicidad de mi Patria... sólo unos días más". Así partió el Mariscal, con la mirada puesta en los sueños inconclusos de su nación. Durante décadas, su cuerpo reposó en la Cripta de los Héroes del antiguo Cementerio Presbítero Maestro, envuelto en el silencio solemne de los muertos ilustres. Pero fue recién el 30 de mayo de 1980, al cumplirse 113 años de su muerte, que el país le ofreció el descanso definitivo: sus restos fueron trasladados al Panteón de los Próceres, ese recinto de piedra y memoria donde la historia se inclina en respeto ante sus hijos más nobles.

Doña Francisca Diez Canseco de Castilla. Esta fotografía la conservaba María Mercedes Diez Canseco de Yrigoyen. De propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

1.2. FRANCISCA JOSEFA DIEZ-CANSECO Y CORBACHO



Árbol genealógico de Francisca Diez-Canseco y Corbacho. Autor de este árbol Francisco Javier Carbone Montes. [2]

NOMBRE	Francisca Josefa Diez Canseco Corbacho
FECHA DE NACIMIENTO	Arequipa, 29 de febrero de 1811
FECHA DE FALLECIMIENTO	Lima, el 6 de noviembre de 1906
PADRES	Manuel Joseph Diez-Canseco y Nieto (1784-1847). *Militar del Ejército Realista y* María de las Mercedes Sánchez-Corbacho y Abril
HERMANOS	**1.Francisca Diez-Canseco y Corbacho 1812-1906**
	2.Pedro Nolasco Diez-Canseco y Corbacho (1815-1893), *presidente de la República del Perú por tres veces.*
	3.Baltazara Diez Canseco y Corbacho (1819-1852)
	4.Manuel José Diez-Canseco y Corbacho(1819-1864), *General del Ejército Peruano y* padre de María Mercedes que seria criada por doña Francisca.
	5.Francisco Diez-Canseco y Corbacho (1821-1884), *General del Ejército del Perú*
CONYUGE	Ramón Castilla y Marquesado
FECHA DE MATRIMONIO	Arequipa, 2 de mayo 1935
HIJOS	No tuvo hijos

[2] Extraido de la web el 19.08.24:
https://gw.geneanet.org/fracarbo?lang=es&n=castilla+y+marquesado&p=ramon

En una ciudad cincelada entre volcanes y tallada en piedra sillar, nació Francisca Diez Canseco Corbacho un 29 de febrero de 1811, como si el calendario mismo la hubiese señalado con el signo de lo excepcional. Arequipa la vio llegar al mundo en el seno de una de las familias más ilustres de la incipiente República. Hija del general Manuel José Diez Canseco Nieto y de María de las Mercedes Sánchez-Corbacho y Abril, fue también hermana de los futuros presidentes Francisco y Pedro Diez Canseco. En sus venas corría el linaje del poder, no como aspiración, sino como herencia y destino.

Doña María de las Mercedes Sánchez Corbacho y Abril, madre de doña Francisca Diez Canseco y Corbacho. Esta fotografía la conservaba María Mercedes Diez Canseco de Yrigoyen. De propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

A los 18 años, en 1829, conoció al hombre que marcaría su existencia: Ramón Castilla, entonces un joven militar que acababa de sofocar una conspiración en su tierra natal. El encuentro tuvo lugar en la casa de Mercedes Subirat, anfitriona de tertulias donde la política y la milicia se entrelazaban en susurros y promesas. Él tenía 32 años, la mirada curtida por más amaneceres en campaña que en sosiego; ella, de temple sereno pero firme, supo sostener un amor interrumpido por los llamados del deber castrense.

Se casaron el 2 de mayo de 1835, en plena guerra civil entre Salaverry y Orbegoso. La ceremonia fue discreta, celebrada en la capilla del Sagrario de la Catedral de Arequipa, pero colmada de simbolismo. Castilla, ya general de brigada, servía al presidente Orbegoso. Aquella boda fue más que un lazo conyugal: fue la fusión de dos estirpes y el augurio de una nueva fuerza en la historia republicana del Perú.

Francisca no tuvo hijos propios con Castilla, pero adoptó como suyo a Juan Castilla Colichón, el único hijo sobreviviente del mariscal, nacido fuera del matrimonio. Desde los cuatro años, el niño creció bajo su tutela. Ella lo educó, lo cuidó, lo amó en silencio, y lo acompañó hasta que partió a Europa, donde se formó como tenedor de libros. En esa callada labor de maternidad sin biología, Francisca reveló una fuerza que no figura en las proclamas ni en los monumentos, pero que cimenta el alma de una nación.

Como tantas mujeres del siglo XIX, su papel en la vida pública fue invisible pero esencial. Las esposas de los presidentes no aparecían en registros oficiales: su tarea era

callada, diplomática, sacrificada. Eran confidentes de secretos de Estado, anfitrionas de reuniones clandestinas, consuelo de hombres que sostenían la República entre traiciones y campañas. Su existencia se desarrollaba entre bastidores, apuntalando el entramado social, afectivo y simbólico del poder.

En la Lima decimonónica, Francisca desempeñó un rol destacado en la vida social, donde las esposas presidenciales eran vistas como custodias del decoro, el linaje y la continuidad del orden. Su influencia no era discursiva ni legislativa; su sola presencia era símbolo de estabilidad en tiempos de inestabilidad crónica.

Francisca vivió en una época donde el amor convivía con las balas, y la política exigía renuncias. Su vida no fue escrita en los diarios ni enseñada en las escuelas, pero su figura representa a tantas mujeres peruanas que hicieron patria sin proclamarla. A la sombra del mariscal, fue refugio sereno, firmeza callada, madre sin alumbramiento y emblema de una generación de mujeres que, aunque omitidas por la historia, sostuvieron la República desde el hogar, la fe y la discreción.

Cuando Castilla falleció en 1867, Juan se encontraba en Londres, y Francisca hizo un enorme esfuerzo por asegurar que concluyera sus estudios. Regresó al Perú en 1870, y se dedicó a los negocios. Durante la Guerra del Pacífico, se alistó en la defensa de Lima como Ayudante Mayor del coronel César Canevaro, y murió en la Batalla de San Juan y Chorrillos, el 13 de enero de 1881. No dejó descendencia.

Francisca acompañó a Castilla durante los 12 años de su presidencia, pero también durante las dos décadas en que el mariscal enfrentó guerras, traiciones y conspiraciones. Según relatos familiares, era una mujer de carácter fuerte, profundamente católica, sabia en la intuición que guía y consuela. Siguió a su esposo en los vaivenes de la política peruana con un espíritu incansable.

El historiador Jorge Basadre, citando a Ricardo Palma, refiere su participación en la "conspiración de las sortijas negras", ocurrida en 1843, durante el gobierno de Manuel Ignacio de Vivanco. Mientras Castilla y el mariscal Nieto organizaban el movimiento restaurador en el sur, Francisca tejía redes de resistencia en Lima, reuniéndose en su casa de la calle de Las Divorciadas con otras esposas de militares. El régimen, al enterarse, ordenó su vigilancia. Castilla, desde su cuartel, escribió a Vivanco exigiendo garantías para su esposa. Descubierta la conjura, Francisca fue condenada a prisión, de la cual escapó disfrazada de hombre. Tras la caída de Vivanco y el ascenso de Castilla a la presidencia en 1845, su valentía fue conocida aunque no celebrada.

Ricardo Palma, quien la conoció, escribió en 1906: "Doña Francisca fue, en la vida del hogar, el ángel que apaciguaba toda tempestad en el agitado mar de las exaltaciones del

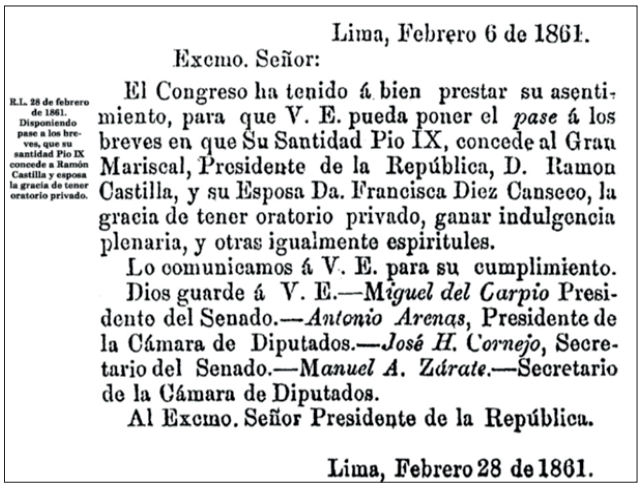
carácter de su marido. Era ella una voluntad siempre dispuesta para el bien''.

Crió también a su sobrina María Mercedes Diez-Canseco y Olazábal, hija del general Manuel José Diez-Canseco y de María Gabina de Olazábal. En el hogar la llamaban cariñosamente ''Mamá Panchita''.

En 1847, el pintor francés Raymond Monvoisin retrató a Castilla y a Francisca, cuando Lima se convirtió en sede del Primer Congreso Americano, promovido por el mariscal.

Retrato de doña Francisca Diez Canseco de Castilla, realizado por Raymond Quinsac Monvoisin, en el año de 1847. Se encuentra en el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú.

El 23 de noviembre de 1860, Francisca y su esposo sobrevivieron a un atentado en su propia casa. La multitud acudió a protegerlos, desplazando el estruendo de las armas con vítores populares. Luego, Francisca pronunció una frase que resumía su desencanto con la política: ''Mi marido sembró entre ellos muchos bienes, y a mí me toca cosechar las ingratitudes''.



Lima, Febrero 6 de 1861.

Excmo. Señor:

R.L. 28 de febrero de 1861. Disponiendo pase a los breves, que su santidad Pio IX concede a Ramón Castilla y esposa la gracia de tener oratorio privado.

El Congreso ha tenido á bien prestar su asentimiento, para que V. E. pueda poner el *pase* á los breves en que Su Santidad Pio IX, concede al Gran Mariscal, Presidente de la República, D. Ramon Castilla, y su Esposa Da. Francisca Diez Canseco, la gracia de tener oratorio privado, ganar indulgencia plenaria, y otras igualmente espirituales.

Lo comunicamos á V. E. para su cumplimiento. Dios guarde á V. E.—*Miguel del Carpio* Presidente del Senado.—*Antonio Arenas*, Presidente de la Cámara de Diputados.—*José H. Cornejo*, Secretario del Senado.—*Manuel A. Zárate*.—Secretario de la Cámara de Diputados.

Al Excmo. Señor Presidente de la República.

Lima, Febrero 28 de 1861.

En una publicación del diario El Peruano de 1961 encontramos esta noticia. El Congreso de la Republica del Perú, presta su asentimiento para que el presidente Castilla pueda poner en su casa una capilla. Permiso que el Papa Pio IX, le concede al Gran mariscal Ramón Castilla y a su esposa doña Francisca Diez Canseco, poner un oratorio privado, ganar indulgencias y otras gracias espirituales.

En 1861, su sobrina María Mercedes se casó con Manuel Yrigoyen. Viajaron a Europa por cinco años, donde él fue nombrado embajador en Bruselas.

Francisca quedó viuda a los cincuenta y cinco años, en una Lima que cambiaba de rostro pero no de alma. Heredó dos casas. La primera, ubicada en la antigua calle Divorciadas e Higueras —hoy jirones Cuzco y Carabaya—, fue vendida por treinta mil pesos, probablemente para que su hijo Juan Castilla pudiera seguir sus estudios. Era una casona virreinal del siglo XVII, adquirida por el Mariscal en 1850 a la testamentaria de Mariano de la Puente, por veinte mil pesos. Con el tiempo, pasó de mano en mano, como un objeto de deseo entre coleccionistas de piedra y memoria, hasta que el Estado la reclamó para sí. Fue restaurada entre 2004 y 2013, y hoy, ya declarada monumento histórico, cobija instituciones dedicadas a preservar la figura del gran libertador. Allí también fueron llevados algunos muebles de la casa de Muti, silenciosos testigos de una época, junto con un hermoso cuadro de escuela cusqueña de la Virgen de las Mercedes, que parece velar por los recuerdos familiares como si aún habitara entre ellos.

La segunda casa estaba en Chorrillos, probablemente en la calle del Tren. Francisca la conservó hasta el final de sus días, como si allí pudiera retener algo del pasado. El balneario, según recuerda Domingo García Rada, aún conservaba el esplendor de los años en que Castilla gobernaba desde su residencia estival, con el mar como único confidente y el rumor de las olas marcando el compás de la república.

En sus últimos años, Francisca vivió con su sobrina María Mercedes Yrigoyen, en la calle Mascarón. Sus sobrinas nietas se turnaban para cuidarla. En 1898, solicitó sin éxito una pensión de gracia. Ricardo Palma redactó una carta al presidente Piérola protestando por los trámites que negaban ese derecho a la viuda del hombre que tanto dio al país.

Conservó objetos familiares, fotografías, cartas y un Nacimiento de madera de la escuela quiteña, con escenas de la vida de la Virgen, San José y Jesús. Esta reliquia fue heredada por María Mercedes y luego por su hija María Yrigoyen Diez Canseco, quien crió a sus sobrinas Sofía y Mercedes Belaunde tras la muerte de su madre. Hasta hoy, se conservan milagros de plata colgados de las figuras del Niño Dios, en señal de promesas cumplidas.

Doña Francisca, "Mamá Panchita", falleció en Lima el 6 de noviembre de 1906, a los 95 años. Al día siguiente, sus restos fueron conducidos al Cementerio General. La comitiva fúnebre fue presidida por sus familiares y un edecán del presidente. El diario El Comercio informó: "Los restos de Doña Francisca, viuda de Castilla, fueron depositados en el mausoleo que guarda los restos de su ilustre esposo".

En su edición vespertina, El Comercio escribió: "Doña Pancha no pretendió nunca intervenir en asuntos políticos. Se conformó con el papel de dama respetable, que desempeñó con tino tanto durante el cuarto de siglo en que el mariscal Castilla fue árbitro del Perú, como en los treinta y cinco años de su viudez".

Virgen de las Mercedes, pintura anónima del Siglo XIX. Óleo sobre lienzo. Perteneció a la familia Castilla y fue heredado por María Mercedes y luego por Sofía Belaunde, en la actualidad, se exhibe en la casa del Mariscal Ramón Castilla en la avenida Carabaya, Lima.

II. EL MATRIMONIO YRIGOYEN Y DIEZ-CANSECO

La familia ha conservado infinidad de objetos materiales que pertenecieron a María Mercedes Diez-Canseco y a Manuel Yrigoyen. Estas reliquias nos han llevado a indagar más profundamente en la vida de este matrimonio y de sus diez hijos.

María Mercedes creció como la única hija del presidente Ramón Castilla y de doña Francisca Diez-Canseco. Sin duda, recibió una educación refinada y fue invitada a las más distinguidas reuniones de la Lima de mediados del siglo XIX. Una prueba irrefutable de la noble posición que ostentaba es que fue retratada por uno de los mejores pintores academicistas de la época: el piurano Luis Montero. El retrato de cuerpo entero de María Mercedes, ejecutado en 1860, puede admirarse junto a la invaluable obra Los funerales de Atahualpa en el Museo de Arte de Lima, MALI.

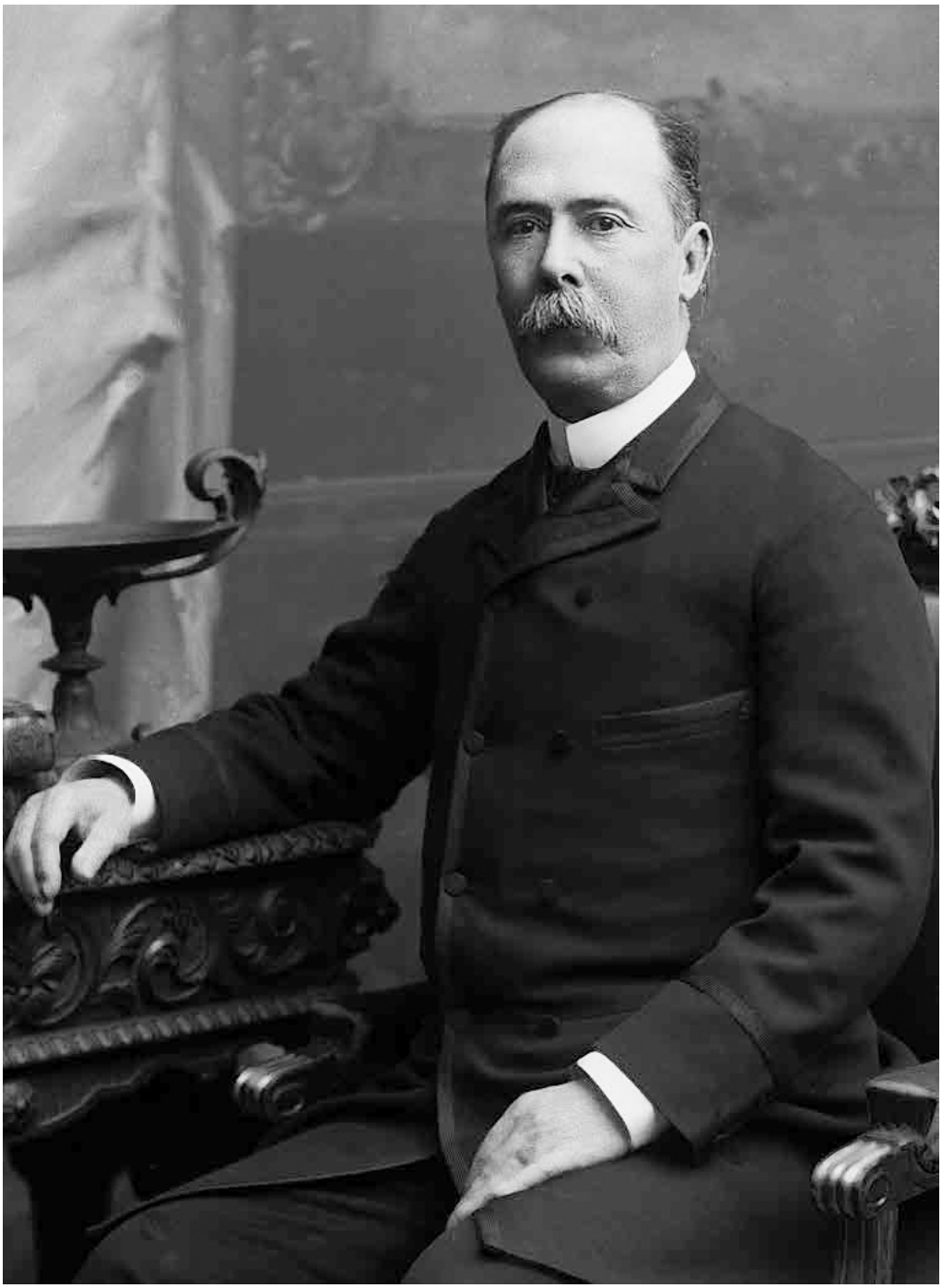
Esta historia que recogemos sobre María Mercedes puede resultar fascinante para algún visitante curioso del museo. Porque más allá del esplendor del retrato, existe una vida, una mujer real, cuya gracia, linaje y espíritu están contenidos en la mirada serena que Montero supo eternizar con su pincel.

Manuel Yrigoyen, por su parte, fue un joven de gran talento. Su nombre aparece recomendado por Bartolomé Herrera para el puesto de secretario del presidente Castilla. A pesar de que le advirtieron a Castilla que Yrigoyen no pertenecía a su partido, el mandatario respondió con sabiduría: "No busco un partidario, sino un secretario capaz".

Ese fue solo el inicio de una brillante trayectoria. A temprana edad, Yrigoyen se desempeñó como abogado, diplomático, catedrático universitario y político. Fue miembro del Partido Constitucional o cacerista, y ocupó los más altos cargos de la nación: presidente del Consejo de Ministros, ministro de Relaciones Exteriores, y ministro de Hacienda y Comercio.
Ambos esposos profesaban una fe católica profunda e inquebrantable, con la que formaron y educaron a sus diez hijos. Basta observar la bendición papal que gestionaron para obtener indulgencia plenaria del Papa Pío IX —una gracia que alcanzaba hasta su tercera generación—, o contemplar el crucifijo de marfil que llamaban "el fundador de la familia", adquirido durante su larga estancia en Europa.

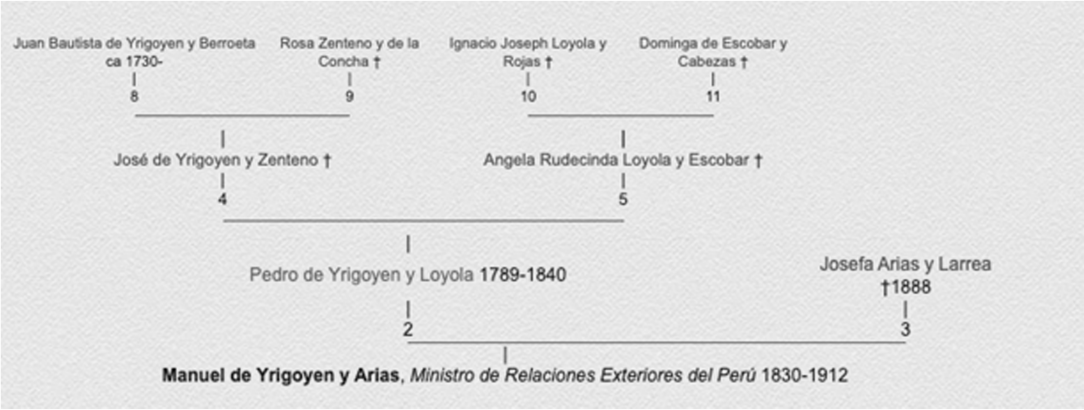
El Señor los bendijo con una vida de paz y alegría. Y aunque, como en todos los hogares, no faltaron las penas ni las enfermedades, su historia familiar se teje con hilos de amor, devoción y legado.

Finalmente, hacemos una breve reseña del padre de doña María Mercedes, don Manuel José Diez-Canseco Corbacho, militar de prestigiosa trayectoria y figura respetada en su tiempo.



Don Manuel Yrigoyen, hacia 1890. Estudio desconocido. Archivo de la Biblioteca Nacional del Perú. Reproducido en Historia de la Presidencia del Consejo de Ministros, Tomo 1, Lima, 2016.

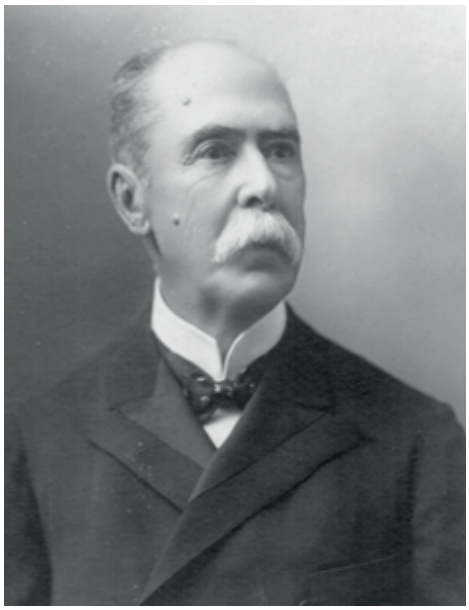
2.1. MANUEL YRIGOYEN ARIAS



Fotografías del árbol genealógico de Francisca Diez-Canseco y Corbacho. Autor de este árbol Francisco Javier Carbone Montes. [3]

NOMBRE	Manuel Yrigoyen y Arias.
FECHA DE NACIMIENTO	Lima en el año de 1830
FECHA DE FALLECIMIENTO	Lima, El día 5 de junio de 1912
PADRES	Pedro de Yrigoyen y Loyola (1789-1840) y Josefa Arias y Larrea(-†1888)
FECHA DE MATRIMONIO	Lima, 2 de mayo 1935
CONYUGE	María Mercedes Diez Canseco Olazábal
HIJOS	
	1.José María Yrigoyen Diez Canseco, casado con María Eugenia García Yrigoyen
	2.Margarita Yrigoyen Diez Canseco. Crio a su sobrina Mercedes Belaunde Yrigoyen.
	3.María Manuela Tomasa Delfina Yrigoyen Diez Canseco (1869-1950). Crio a su sobrina Sofía Belaunde Yrigoyen.
	4.Manuel Yrigoyen Diez Canseco (1873-1933) casado *el 8 de septiembre de 1900,* con Angélica Puente Salcedo- fallecido en 1954)
	5.Mercedes Yrigoyen Diez-Canseco Casada con Ventura Martínez de la Torre Asís.
	6. María Gabina Rosa Yrigoyen Diez-Canseco (1879). Gabina fue religiosa de la orden de María Inmaculada vivió en el convento san Andrés que estaba en la Plaza Italia.
	7. Ramón Yrigoyen Diez Canseco casado con Victoria Rodrigo Eguren.
	8. Francisco Yrigoyen Diez Canseco
	9.Sofía Yrigoyen Diez Canseco (1887 -†1917) Casada *el 16 de enero de 1915* con Víctor Andrés Rafael Belaúnde Diez-Canseco(1883-1966)
	10.Pedro Yrigoyen Diez-Canseco (Lima, 28 de noviembre de 1886 - id. 17 de septiembre de 1957) Casado *en Lima en 1917,* con Julia Von Der Heyde Peña (1893-1958)

[3] Extraido de la web el 19.08.24:
https://gw.geneanet.org/fracarbo?lang=es&n=castilla+y+marquesado&p=ramon



Don Manuel Yrigoyen, hacia 1890. Fotografía Courret. Archivo Domingo García Rada, Lima.

Manuel Yrigoyen Arias fue uno de esos hombres forjados en el acero de la República: abogado ilustre, diplomático de temple, catedrático y político incansable. Su figura cruzó el siglo XIX como un río sereno y firme, guiado por las aguas turbulentas de la historia peruana. Leal al Partido Constitucional —el partido de Cáceres—, ocupó cargos de altísimo honor: tres veces presidente del Consejo de Ministros, cuatro veces canciller de la República y ministro de Hacienda y Comercio en tiempos de reconstrucción.

En 1879, cuando el país fue sacudido por la Guerra del Pacífico, fue su voz y su pluma las que orientaron con dignidad la diplomacia nacional, en medio de la tormenta más amarga que conoció la joven república. También fue diputado, senador y uno de los fundadores del prestigioso Club Nacional, que presidió años después, cuando las canas ya honraban su frente y el país comenzaba a mirar con nostalgia a aquellos que lo habían defendido con inteligencia y coraje.

Estudios y primeras actividades

Nacido en el seno de una antigua familia limeña de estirpe virreinal, era hijo del coronel Pedro de Yrigoyen y Loyola y de Josefa Arias y Larrea. Realizó sus estudios superiores en el prestigioso Convictorio de San Carlos, bajo la rectoría del notable Bartolomé Herrera, quien pronto reconoció en el joven Manuel no solo un talento académico excepcional, sino también cualidades personales fuera de lo común.

A la temprana edad de veinte años, en 1851, fue nombrado profesor de Filosofía, habiendo obtenido el primer premio en todos sus cursos y la medalla de oro anual con la que el colegio honraba a sus alumnos más sobresalientes. Con posterioridad, se le confiaron las cátedras de Derecho Civil y Eclesiástico, y en 1853 asumió el cargo de vicerrector. Ese mismo año se graduó de abogado e ingresó al Colegio de Lima, obteniendo el grado de Doctor en la Facultad de Jurisprudencia.

En enero de 1860, durante la campaña del Ecuador, el entonces presidente de la República, mariscal Ramón Castilla, lo designó Secretario General en Guayaquil, cargo que aceptó pese a no ser simpatizante del régimen. Fue nuevamente Bartolomé Herrera, su antiguo mentor, quien lo recomendó ante Castilla. El joven jurista cumplió con eficacia su misión diplomática, ganándose la confianza y estima del presidente, con cuya familia quedaría estrechamente vinculado tras contraer matrimonio, al término de la campaña, con Mercedes Diez Canseco Olazábal, sobrina de Francisca Diez Canseco Corbacho, esposa del propio Castilla.

Parlamentario en 1860

En 1860, a la edad de veintinueve años, Manuel Yrigoyen fue nombrado Oficial Mayor del Ministerio de Justicia, y elegido diputado por la provincia de Castrovirreyna, participando activamente en los trabajos del Congreso Constituyente. Finalizado dicho periodo, fue elegido senador por el departamento de Huánuco para el trienio 1860–1863. En las intensas deliberaciones del Congreso, se distinguió por su oratoria incisiva y su pensamiento reflexivo, dejando entrever tanto una sólida formación liberal como la fuerte impronta conservadora del Convictorio de San Carlos, y de su célebre mentor, Bartolomé Herrera.

Se casa y es nombrado embajador en Europa en 1861

En 1861, a los treinta y un años, Manuel Yrigoyen unió su destino al de María Mercedes Diez Canseco y Olazábal. La ceremonia nupcial se celebró el 9 de mayo en la Iglesia del Sagrario de Lima, situada entre el Palacio Arzobispal y la Catedral, en la histórica cuadra dos del jirón Carabaya. Con este matrimonio se consolidaba un vínculo estrecho con la familia del mariscal Ramón Castilla, pues Mercedes era sobrina de la esposa del expresidente.

Ese mismo año, el joven político fue nombrado Encargado de Negocios del Perú ante las cortes de Bélgica y Prusia, siendo esta su primera misión diplomática de alto nivel. En Bélgica defendió con éxito los derechos del Perú ante una reclamación presentada por los Estados Unidos, caso que, por acuerdo mutuo, se sometió a la decisión arbitral del rey belga. Fue también el primer peruano en ostentar el título de embajador concurrente en el Gran Ducado de Luxemburgo y ante la entonces emergente Unión Europea, designación conferida por el presidente de la República y aprobada por el Consejo de Ministros, con cargo de informar al Congreso.

En Bruselas, presentó sus cartas credenciales al rey en una solemne ceremonia en el Palacio Real. Ejerció el cargo diplomático hasta 1866, residiendo en Europa junto a su familia durante cinco años. En gesto de gratitud hacia su maestro, costeó con recursos propios la ejecución de un busto de mármol de Carrara del obispo Bartolomé Herrera, esculpido en Italia, y que hoy reposa en el cementerio de la Catedral de Arequipa como tributo perdurable. Por su labor diplomática, el rey Leopoldo II de Bélgica lo condecoró con la Orden del Comendador, en reconocimiento a su intervención durante el Congreso de Plenipotenciarios reunido en Bruselas, que sancionó el Tratado de Libre Navegación del Escalda. Yrigoyen asistió como representante oficial del Perú.

En 1865, el Instituto de África, organización dedicada a combatir la trata de esclavos, lo nombró presidente honorario por su respaldo a la causa abolicionista.

A su regreso al Perú en 1866, fue nombrado miembro del directorio de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima. Poco después, en 1868, se le encargó la Dirección General de Hacienda, puesto que ejerció con eficiencia hasta que la ley suprimió dicho cargo.

En 1870, fue nuevamente convocado al servicio del Estado. Junto a Pedro Carbajal y Tomás Dávila, integró una comisión especial encargada de estudiar la situación política, social y económica del departamento de Puno, así como de proponer medidas concretas para mejorar la administración pública y elevar la condición de las clases populares.

Canciller y Presidente del Consejo de Ministros (1878–1879)

Finalizada su misión diplomática en el extranjero, el presidente Mariano Ignacio Prado lo llamó nuevamente al servicio público. El 18 de junio de 1878 le encomendó la Cancillería, y el 17 de diciembre del mismo año, Manuel Yrigoyen asumió la presidencia del Consejo de Ministros, manteniéndose al frente del Ministerio de Relaciones Exteriores.

La inminente guerra entre Perú, Bolivia y Chile, y la honda conmoción que provocó el estallido del conflicto, hallaron a Yrigoyen a la cabeza de la diplomacia peruana. Fue él quien respondió con energía el manifiesto del ministro chileno de Relaciones Exteriores, redactando un documento extenso, riguroso y de notable claridad, en el cual exponía ante las naciones del mundo las verdaderas causas de la contienda y el justo derecho del Perú.

Durante la ocupación de Lima: alcalde de Chorrillos

Retirado de la vida pública, la tragedia de las batallas de San Juan y Miraflores, y la ocupación de Lima por el ejército chileno, lo forzaron a trasladarse a Jauja, donde se encontraba su familia. Desde allí regresó a Lima en febrero de 1881, tras ser nombrado Agente Confidencial por el Jefe Supremo Nicolás de Piérola ante el cuerpo diplomático internacional, con la esperanza de alcanzar una salida digna al conflicto mediante la mediación extranjera. Pero su gestión fue frustrada: las autoridades chilenas rehusaron todo trato con el gobierno de Piérola y rechazaron la intervención diplomática peruana. Yrigoyen presentó entonces su renuncia.

Posteriormente, tras el restablecimiento constitucional proclamado por una junta de notables en Lima y la elección de Francisco García Calderón como presidente provisorio, fue nombrado alcalde de Chorrillos, villa entonces sumida en ruinas. Junto a Teodoro Elmore y Gustavo Heudebert, emprendió una ardua labor de reconstrucción en medio del abandono, la precariedad y el peligro constante.

Ordenó el levantamiento de escombros, la reparación de cañerías rotas que inundaban las calles, y la organización de planos topográficos y catastros. Sin embargo, su labor fue interrumpida por órdenes de las autoridades chilenas, que le prohibieron continuar con las obras. Obligado a regresar a Lima, fue objeto de represalias: se le impuso el pago de un cupo de guerra, y aunque lo cumplió, intentaron arrestarlo para enviarlo prisionero a Chile.

La polémica sobre su misión diplomática

Al finalizar 1885, tras la victoria de la revolución cacerista, se anunció que Manuel Yrigoyen sería enviado a Santiago de Chile como ministro del Perú. No

obstante, el diario El Comercio objetó la designación, alegando que su fallida gestión para lograr una alianza con Argentina, antes del estallido de la Guerra del Pacífico, evidenciaba su supuesta falta de capacidad diplomática.

En respuesta, Yrigoyen acudió personalmente al diario y ofreció, bajo estricta reserva, el archivo de la legación que él mismo había dirigido en Buenos Aires. Un redactor fue enviado a revisar dicho archivo, y tras el minucioso examen quedó plenamente demostrado que el diplomático peruano había procedido con tino, energía y éxito. Si en algún momento sus gestiones se vieron detenidas, fue —como revelaban los documentos— por instrucciones expresas del propio Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, que decidió suspenderlas por razones de Estado.

Director de la Sociedad de Beneficencia Pública y senador reelegido

El 4 de enero de 1886 fue elegido director de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima. En ese cargo desplegó una labor encomiable: mejoró sensiblemente las condiciones de los hospitales y establecimientos de caridad, e incrementó las rentas de tan vital institución. Ese mismo año fue nuevamente elegido senador por el departamento de Junín, lo que reflejaba la confianza que aún inspiraba su figura en el escenario político nacional.

Ministro de Hacienda (1886–1887)

Según Basadre (2005), el 23 de noviembre de 1886, Yrigoyen fue designado Ministro de Hacienda y Comercio en el gabinete presidido por Pedro Alejandrino del Solar, durante el primer gobierno de Andrés Avelino Cáceres.

Su gestión estuvo marcada por un esfuerzo denodado por rehabilitar el erario nacional, profundamente debilitado tras la guerra. Encaró directamente el proceso de arreglo de la deuda externa, siendo uno de los principales artífices de la firma del contrato Grace.

Enfrentado a circunstancias adversas —entre ellas, el cierre por seis meses de los puertos del Perú para las mercaderías del norte y del sur, debido a brotes de fiebre amarilla en Panamá y de cólera en Valparaíso—, presentó su renuncia irrevocable el 17 de agosto de 1887, después de una labor abnegada y perseverante por restaurar la estabilidad financiera del país.

Canciller y Presidente del Consejo de Ministros (1889–1890)

El 4 de abril de 1889, Manuel Yrigoyen fue convocado nuevamente por el gobierno de Cáceres para asumir el Ministerio de Relaciones Exteriores. No tardó en asumir mayores responsabilidades: el 11 de febrero de 1890, al reorganizarse el gabinete, pasó a ocupar también la presidencia del Consejo de Ministros, conservando el cargo de canciller.

Según Basadre (2005), en esta etapa inició y dirigió las complejas negociaciones con el Ecuador, respaldado por una comisión técnica ad hoc presidida por el sabio Antonio Raimondi. Dichas gestiones culminaron con la firma del Tratado de Límites García-Herrera. No obstante, aunque fue aprobado por el Congreso ecuatoriano, el Congreso peruano introdujo modificaciones al texto original. Estas alteraciones no fueron aceptadas por Ecuador, cuyo gobierno declaró insubsistente el acuerdo y ordenó reanudar las conversaciones.

En 1891, Yrigoyen fue elegido miembro activo de la Sociedad Geográfica de Lima, integró nuevamente el directorio de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, presidió la Comisión del Archivo Raimondi y volvió a desempeñar el cargo de concejal en la Municipalidad de Lima.

Canciller y Presidente del Consejo de Ministros (1894–1895)

En 1894 fue elegido una vez más senador por Junín, aunque solo ejerció dicho cargo por un mes. El 10 de agosto, al inaugurarse el segundo gobierno del general Cáceres, Yrigoyen fue designado nuevamente ministro de Relaciones Exteriores.

Desde la Cancillería celebró un Acuerdo Tripartito con Ecuador y Colombia, mediante el cual se reconocía personería a Colombia en la controversia territorial entre Perú y Ecuador. Además, se restablecía la vigencia del Tratado de Arbitraje Bonifaz-Espinoza, suscrito en 1887, que proponía someter la disputa limítrofe al arbitraje del Rey de España.

El 18 de noviembre de 1894, con un nuevo reacomodo ministerial, Yrigoyen fue nombrado presidente del gabinete, conservando a la vez la Cancillería. Permaneció en ambos cargos hasta el 20 de marzo de 1895, cuando la revolución pierolista triunfó definitivamente. En representación del presidente, negoció con la comisión del Cuerpo Diplomático, encabezada por el delegado apostólico monseñor Macchi, la creación de una Junta de Gobierno presidida por Manuel Candamo Iriarte. Yrigoyen, fiel a su carácter austero y desprendido, declinó formar parte de dicha junta.

Militante del Partido Constitucional

Durante el prolongado retiro del Partido Constitucional de las esferas del poder —organización en cuyas filas Yrigoyen había militado siempre con lealtad—, se recluyó en la serenidad de su hogar. Rechazó toda participación en la gestión de los asuntos públicos hasta que, en 1902, por encargo de Lino Alarco, colaboró en la fundación de las primeras bases de la Alianza Civil-Constitucional. Esta alianza fue concebida junto con Isaac Alzamora y Alejandro Deustua, representantes de otro sector político influyente. Fue entonces cuando diversos correligionarios lo propusieron como candidato para la primera vicepresidencia de la República, acompañando la postulación presidencial de Manuel Candamo. Sin embargo, fiel a su habitual modestia, Yrigoyen pidió expresamente que no se hiciera pública su candidatura.

Senador de Junín (1903–1912). Presidente del Senado (1905)

En 1903, Manuel Yrigoyen fue nuevamente elegido senador por el departamento de Junín, cargo que ejercería con continuidad hasta 1912, gracias a sucesivas reelecciones. En 1904, fue designado primer vicepresidente del Senado, y cuando el entonces presidente de la Cámara Alta, Rafael Villanueva Cortez, fue nombrado vocal del Tribunal Supremo, le correspondió a Yrigoyen presidir los cuatro congresos extraordinarios convocados aquel año.

En 1905, sus pares lo eligieron presidente del Senado. Ejerció el cargo con su característica serenidad reflexiva, su reconocida imparcialidad y la rectitud que ponía en todos sus actos. Por ello, recibió reiteradas muestras de reconocimiento, tanto de sus correligionarios como de la oposición.

Ese mismo año, en abril, asumió la presidencia del Partido Constitucional ante la ausencia de su jefe, el general Andrés Avelino Cáceres. Permaneció en el cargo hasta noviembre, cuando, habiendo sido designado para una misión oficial en Europa, presentó su renuncia, la cual fue aceptada por la Junta Central Directiva con públicas expresiones de pesar.

Entre otros encargos, Yrigoyen integró, casi sin interrupciones, la Comisión Consultiva del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, y presidió la Comisión Diplomática del Congreso de la República. En 1909 fue elegido nuevamente senador por Junín, escaño que conservó hasta su muerte, ocurrida a la edad de 82 años.

Homenaje póstumo a Manuel Yrigoyen

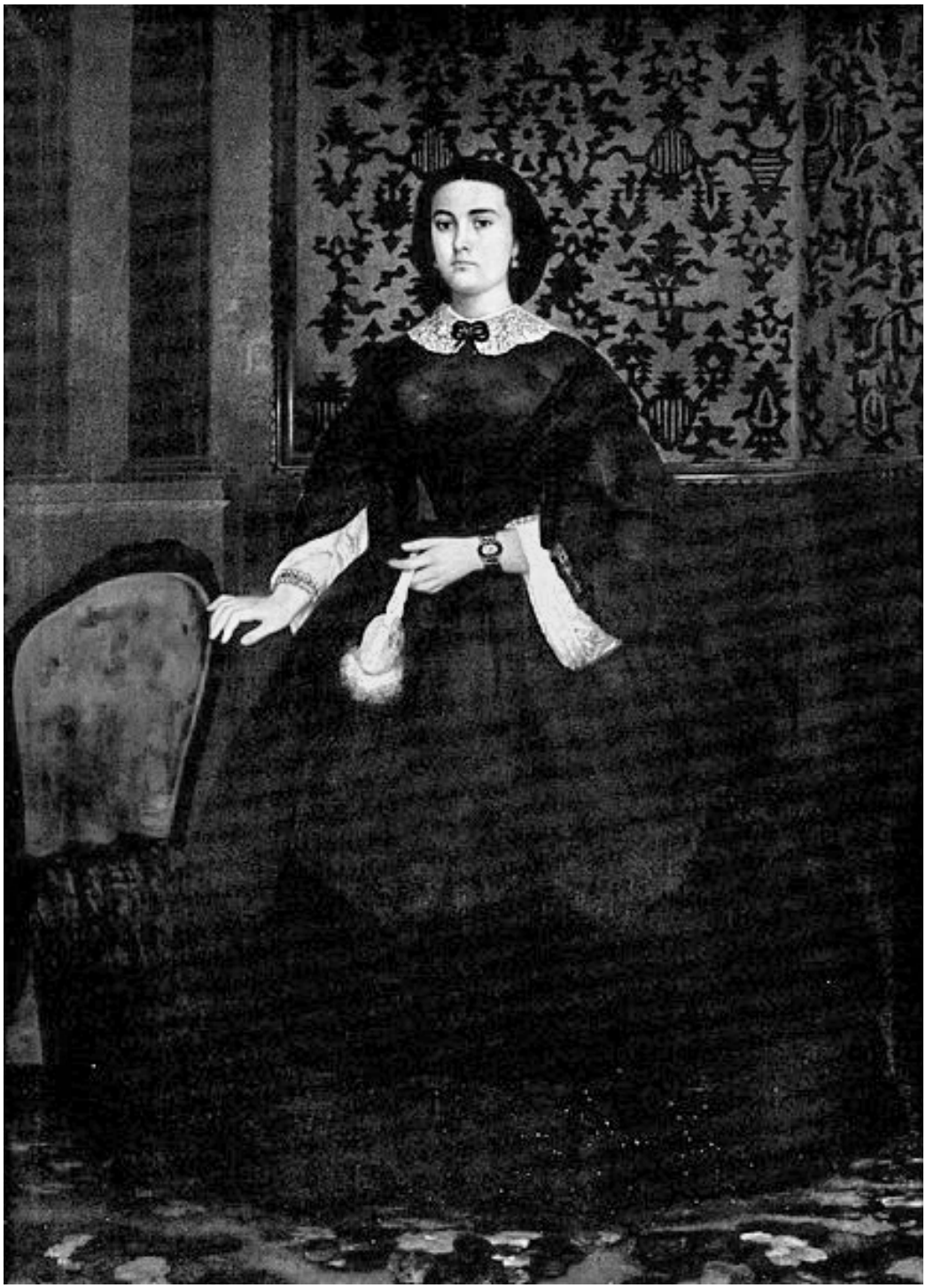
El día de su fallecimiento, el Consejo de Ministros emitió un Decreto Supremo que ordenaba rendirle honores de Ministro de Estado, en reconocimiento a sus importantes servicios a la nación. Ese mismo día, la Junta Central del Partido Constitucional —de la cual había sido vicepresidente fundador— se reunió de urgencia. Se declaró en duelo, envió una cruz fúnebre, y encomendó al distinguido Hildebrando Fuentes pronunciar un discurso en el cementerio. Asimismo, se designó a David Matto, Belisario Sosa, Nicanor M. Carmona, Hildebrando Fuentes y Lizardo Franco como representantes en el traslado de los restos; y a los secretarios Franco, Llosa y Rivero para transmitir las condolencias del partido a la familia.

La Cámara de Diputados también expresó su pesar al Senado mediante comunicación oficial, subrayando la trayectoria del insigne parlamentario. En cumplimiento del decreto gubernamental, los restos de Manuel Yrigoyen fueron trasladados esa misma noche desde el balneario de Chorrillos hasta la Iglesia de La Merced, en Lima, donde se celebraron sus funerales.

La misa fue oficiada por su sobrino, monseñor Carlos García Yrigoyen, obispo de Trujillo, asistido por los padres mercedarios. La parte musical fue dirigida por el maestro Chávez con orquesta de profesores.

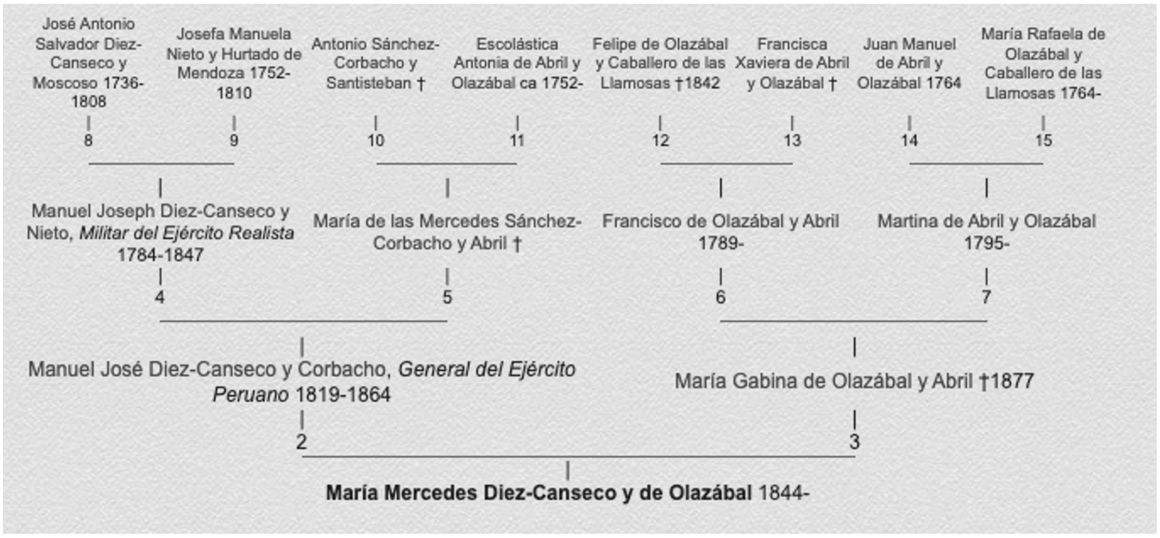
Los restos de Manuel Yrigoyen Arias reposan en el Cementerio Presbítero Matías Maestro, en el mausoleo familiar que lleva su nombre, ubicado junto al Cuartel Santa Elena, accesible por la cuarta puerta del camposanto. Allí también descansan los restos de sus seres queridos.

Funerales Manuel Yrigoyen Arias. El cortejo desfiló por el Jirón de la Unión hasta el templo de La Merced.



Retrato de Mercedes Diez Canseco de Irigoyen, el autor es el famoso pintor Luis Montero (Piura, 1826 - Callao, 1869), fechado en el año de 1861, es un oleo sobre tela de 148,5 x 207 cm, se encuentra en el Museo de Arte de Lima (Mali), Lima. Perú. Donación Alfonso J. Álvarez-Calderón Yrigoyen y María Angélica Álvarez-Calderón de Casabonne. Restaurado con el patrocinio de la Asociación Familia Zúñiga y Rivero

2.2. MARIA MERCEDES DIEZ-CANSECO OLAZABAL



Fotografías del árbol genealógico de Francisca Diez-Canseco y Corbacho. Autor de este árbol Francisco Javier Carbone Montes. [4]

NOMBRE	María Mercedes Diez Canseco Olazábal
FECHA DE NACIMIENTO	Arequipa, 8 de octubre 1844
FECHA DE FALLECIMIENTO	Lima, 7 de febrero de 1923
PADRES	Manuel José Diez-Canseco y Corbacho (1819-1864), *General del Ejército Peruano y* María Gabina de Olazábal y Abril†1877
HERMANOS	
	1.Francisca Diez-Canseco. Casada *el 8 de julio de 1887, Arequipa* con Francisco Javier de Belaúnde y de la Torre (nacido en1841). Descendientes suyos son Javier de Belaúnde Ruiz de Somocurcio y Javier de Belaunde López de Romaña.
	2.Maria Manuela Diez-Canseco y Olazábal. Casada con Juan Manuel Diez-Canseco y Vargas.
	3.Manuel Francisco Diez-Canseco y de Olazábal (1842- 1926). Casado *en septiembre de 1865, Arequipa, Arequipa, Perú*, con María Josefa Buenaventura Agustina de Romaña y Bustamante (falleció en1888). Descendientes suyos son Javier Diez Canseco y Raúl Díez Canseco Terry.
	4.**Maria Mercedes Diez-Canseco y de Olazábal**(1844-1864) Casada *en 1861, Lima, Lima, Perú*, con Manuel de Yrigoyen y Arias, *ministro de Relaciones Exteriores del Perú* (1830-1912). Descendientes suyos son Manuel Yrigoyen Diez Canseco, Pedro Yrigoyen Diez Canseco, Jaime Yrigoyen Von Der Heyde, Víctor Andrés García Belaúnde y José Antonio García Belaúnde.
	5.María de los Ángeles Diez-Canseco y de Olazábal (1846-1898) Casada *en 1862* con Manuel Ángel Velarde y Seoane, *Militar, General del Ejército Peruano* 1832-1900. Descendientes suyos son Héctor Velarde Bergmann y Reynaldo Gubbins.
	6.Julia Diez-Canseco y de Olazábal (nacida en 1864) Casada *el 16 de marzo de 1890, Lima, Lima, Perú*, con Federico Elguera Seminario, *Abogado* (1860-1928)
	7.José Felipe Octavio Diez-Canseco y de Olazábal (fallecido en1895) Casado con Jesús Escobar Salinas †Descendiente suyo es Eduardo Ferreyros.

[4] Extraido de la web el 19.08.24:
https://gw.geneanet.org/fracarbo?lang=es&n=castilla+y+marquesado&p=ramon

FECHA DE MATRIMONIO	Lima, 2 de mayo 1935
CONYUGE	Manuel Yrigoyen y Arias
HIJOS	1.José María Yrigoyen Diez Canseco, casado con María Eugenia García Yrigoyen
	2.Margarita Yrigoyen Diez Canseco. Crio a su sobrina Mercedes Belaunde Yrigoyen.
	3.María Manuela Tomasa Delfina Yrigoyen Diez Canseco (1869-1950). Crio a su sobrina Sofía Belaunde Yrigoyen.
	4.Manuel Yrigoyen Diez Canseco (1873-1933) casado *el 8 de septiembre de 1900*, con Angélica Puente Salcedo- fallecido en 1954)
	5.Mercedes Yrigoyen Diez-Canseco Casada con Ventura Martínez de la Torre Asís.
	6. María Gabina Rosa Yrigoyen Diez-Canseco (1879) (Gabina fue religiosa de la orden de María Inmaculada vivió en el convento san Andrés que estaba en la plaza Italia)
	7. Ramón Yrigoyen Diez Canseco casado con Victoria Rodrigo Eguren.
	8. Francisco Yrigoyen Diez Canseco
	9.Sofía Yrigoyen Diez Canseco (1887 -†1917) Casada *el 16 de enero de 1915* con Víctor Andrés Rafael Belaúnde Diez-Canseco(1883-1966)
	10.Pedro Yrigoyen Diez-Canseco (Lima, 28 de noviembre de 1886 - id. 17 de septiembre de 1957) Casado *en Lima en 1917*, con Julia Von der Heyde Peña (1893-1958)

María Mercedes Diez Canseco, la abuela de Muti, fue una presencia constante en su infancia, como una sombra dulce y elegante que habitaba la casa de la calle del Mascarón. Allí creció Muty, rodeada de los ecos de una estirpe antigua, entre muebles que contaban historias y fotografías que detenían el tiempo. De aquella familia heredó no solo un juego de comedor que parecía salido de un salón aristocrático, sino también imágenes entrañables de Mercedes, capturada en distintas edades, como si la memoria misma se resistiera a olvidarla.

En su casa, Muty guardaba un reloj francés de bronce dorado, cuya melodía marcaba no solo las horas, sino también los recuerdos. Cada objeto era un relicario silencioso, un puente secreto hacia los días luminosos de su infancia y hacia el legado discreto pero firme de su abuela.

María Mercedes nació en el seno de una familia ilustre: hija del general Manuel Diez Canseco Corbacho y de doña Gabina Olazábal y Abril, fue la tercera entre siete hermanos que vinieron al mundo bajo el cielo de Arequipa. Pero su destino, desde muy niña, tomó otro rumbo: fue enviada a Lima para crecer bajo el amparo de su tía, doña Francisca Diez Canseco, esposa del Gran Mariscal Ramón Castilla. A ellos los llamó siempre con ternura ‘‘mamá Panchita’’ y ‘‘padre’’.

Así, la pequeña María Mercedes creció entre los corredores solemnes del poder y el calor de un hogar donde la figura imponente del Mariscal se transformaba, en la intimidad doméstica, en un hombre de gestos suaves y palabras cálidas. Las cartas que aún conserva la familia dan testimonio de esa ternura: un vínculo tejido con afecto genuino, donde el rigor del soldado cedía a la dulzura del padre adoptivo.

Bajo ese techo se formó su carácter: fuerte, sereno, y con una elegancia discreta que heredaría Muty, su nieta del alma.

En junio de 1861, cuando el invierno limeño apenas rozaba los balcones virreinales, el joven maestro piurano Luis Montero culminó un retrato de cuerpo entero de María Mercedes Diez Canseco de Yrigoyen. La retratada tenía apenas dieciséis años, pero en la tela aparece con la prestancia serena de una mujer hecha, sostenida por la gracia y la elegancia que serían sello de toda su vida. El lienzo, de imponentes dimensiones —207 por 148.5 centímetros—, no solo captura su imagen, sino también la atmósfera de una época marcada por el esplendor y la formalidad de la alta sociedad republicana.

Por entonces, el presidente del Perú era su tío y padre adoptivo, el Gran Mariscal Ramón Castilla. Que se encargara un retrato de tal envergadura en medio de sus funciones de Estado no es casual: era un gesto de afecto y reconocimiento, pero también de orgullo familiar. La joven María Mercedes, inmortalizada por uno de los pinceles más notables del siglo XIX peruano, representaba el presente y el porvenir de una casa que había entrelazado su destino con la historia de la nación.

Luis Montero (Piura, 1826 – Callao, 1869), autor del retrato, fue uno de los pintores peruanos más importantes del siglo XIX, representante del estilo académico. Según Quesada (2011), Montero había pintado anteriormente un retrato en miniatura del presidente Castilla, a quien conocía de vista. Esta pintura llegó a manos del ministro de Estado, señor Dávila, quien se la mostró al presidente. Castilla mandó llamar al joven pintor al Palacio de Gobierno. —¿Con qué ha querido usted hacer mi retrato? —le preguntó el Mariscal.—Señor, yo no conocía bien a V.E. y no soy artista ni sé pintar —respondió Montero, modestamente.—Pero usted me ha puesto muy blanco... ¿y no ve usted que mi color es diverso?

Aquel breve diálogo dio paso a una conversación más íntima, en la que el presidente, con amabilidad, le preguntó al joven qué deseaba hacer con su vida. Montero expresó su anhelo de estudiar arte en Europa, pero explicó que debía dedicarse al comercio por falta de recursos. Castilla le prometió entonces que lo enviaría a estudiar a Italia a cuenta del gobierno, pidiéndole que averiguara el costo de vida en ese país.

En 1847, gracias al apoyo del presidente Castilla, Montero viajó a Florencia con una beca para estudiar en la Academia de Bellas Artes. Allí progresó notablemente, y en 1849, para demostrar que no perdía el tiempo, pintó una Magdalena penitente, que fue expuesta y elogiada en la Academia, entre más de quinientas obras. La crítica alabó su trabajo: "molto sentimento è nella Magdalena del Montero", escribió el crítico Giudici. Gracias a esta obra, le fue concedida una extensión de la beca por un año más.

A su regreso al Perú, Montero fue recibido nuevamente por el Mariscal Castilla, quien lo recomendó al presidente Echenique. En 1853 recibió una segunda ayuda estatal. Fue durante este periodo que pintó el retrato de María Mercedes, probablemente por el profundo

vínculo que esta mantenía con el presidente Castilla, quien la consideraba como una hija. En ese mismo año se celebraría su matrimonio con don Manuel de Yrigoyen y Aréas, secretario del presidente.

María Mercedes Diez Canseco de Yrigoyen. Esta fotografía la conservaba su hija doña Sofía Yrigoyen Diez Canseco de Belaunde. En la actualidad es de Ana María Salazar Belaunde.

En 1861, Montero regresó a Florencia y allí pintó su obra maestra: Los funerales de Atahualpa, donde confluyen las influencias del academicismo florentino y de la escuela francesa. Según Marco Iván Cabrera Hernández, esta obra sintetiza la formación artística del pintor.

El Gran Mariscal presentó a María Mercedes, ya de 17 años, a don Manuel de Yrigoyen y Aréas, entonces de 31 años. El compromiso se selló pronto, y el matrimonio se celebró el 9 de mayo de 1861 en la Iglesia del Sagrario de Lima, ubicada entre el Palacio Arzobispal y la Catedral.

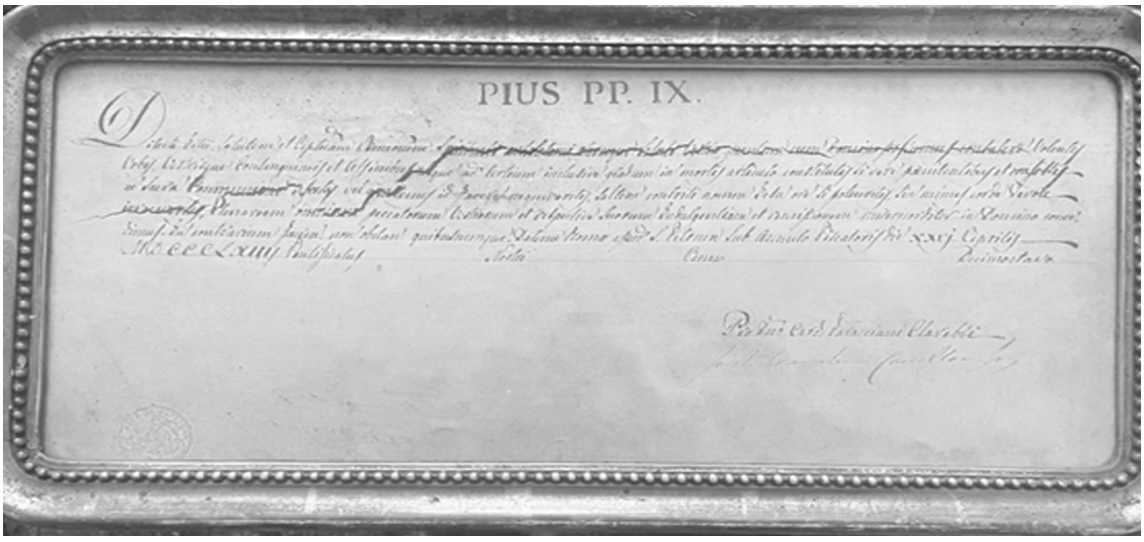
La Iglesia del Sagrario, fundada en 1665 y atribuida al arquitecto dominico Diego Maroto, es un templo de una sola nave con bóveda de cañón corrido. Entre sus retablos se encuentra uno dedicado a la Virgen Dolorosa, y el Altar Mayor ostenta un grupo escultórico de la Coronación de la Virgen María, con los cuatro evangelistas en la gloria.

En aquel 1861, Lima era aún una ciudad pequeña. En la Pinacoteca Municipal Ignacio Merino, ubicada en la plaza Francia del Centro Histórico de Lima, se conserva una pintura titulada Panorama de Lima (1861–1871), de Guillermo Tasset (Lima, 1843 – Niza, 1925), que ofrece una vista panorámica de la ciudad desde el cerro San Cristóbal. La imagen revela el urbanismo virreinal, la Plaza de Toros de Acho, las alamedas del Tajamar y Acho, y las chacras verdes que rodeaban la ciudad.

Guillermo Tasset, discípulo de Jean-Léon Gérôme, fue amigo de Edgar Degas y proveedor de materiales artísticos a Gauguin y Van Gogh en su tienda "Tasset & L'Hôte" en París. Según Juan Bromley (2011), Lima estaba dividida en dos núcleos: el centro amurallado y el barrio de San Lázaro o "Abajo el Puente". La ciudad conservaba sus murallas coloniales, y el río Rímac marcaba la separación natural entre ambos núcleos. En 1862, Lima contaba con aproximadamente 100,000 habitantes.

Tras su matrimonio, María Mercedes y don Manuel Yrigoyen emprendieron un largo viaje por Europa, una travesía de cinco años que los llevó a las capitales diplomáticas y espirituales del Viejo Mundo. Durante ese tiempo, don Manuel fue nombrado embajador concurrente ante el Gran Ducado de Luxemburgo y se acreditó también ante la corte del rey de Bélgica, desempeñando con distinción sus funciones en un contexto internacional cada vez más complejo.

En Roma, en el año 1864, fueron recibidos por el papa Pío IX, quien les otorgó una bendición apostólica solemne que concedía indulgencia plenaria a ellos y a sus descendientes hasta el tercer grado. Aquel gesto papal, cargado de simbolismo y devoción, dejó una huella imperecedera en la familia.



Cartela enmarcada, donde el Papa Pio IX concede indulgencia plenaria a Manuel Yrigoyen, María Mercedes Diez Canseco y su familia hasta la tercera generación.

Como recuerdo de esa experiencia, trajeron consigo un crucifijo de marfil de estilo academicista, de aproximadamente cincuenta centímetros, que desde entonces fue conocido en la familia como "el fundador". Esta pieza, de exquisita factura, ha sido cuidadosamente conservada a lo largo de las generaciones, y hoy reposa bajo la custodia de José María Salazar Belaunde, como testigo mudo de una herencia espiritual y estética.

A su regreso, los Yrigoyen Diez Canseco se instalaron en una casona ubicada en el número 579 de la calle Mascarón, correspondiente a la quinta cuadra del jirón Cuzco. Aquella calle, de raíces virreinales, surgió a comienzos del siglo XVII sobre las tierras de una vasta huerta que había pertenecido a doña María de Escobar, notable vecina de Lima, benefactora de los conventos de Santo Domingo y de La Merced. En ese solar cargado de historia, la familia volvió a enraizarse, uniendo el linaje ancestral con el latido moderno de la ciudad republicana.

El historiador Gálvez señala que, en dos titulaciones de inmuebles que examinó, encontró referencias al "Mascarón de Carreño", lo que sugiere que este podría haber sido el nombre original de la calle. El apelativo podría deberse a don Martín Carreño de Castro, mayordomo de la Real Casa de Expósitos. Es probable, entonces, que en algún momento existiese en dicha arteria una máscara o mascarón ornamentando una fachada, recurso común para identificar inmuebles en tiempos en que la numeración era inexistente o irregular.

Gálvez añade: "Como los nombres de las calles de Lima fueron resultado del hábito y reflejo de costumbres, y no respondieron a propósitos deliberados de bautismos impuestos, hubiera sido extraño que no existiese una y más cuadras con el nombre de Mascarón, como en México hubo una casa famosa, hasta hoy subsistente, llamada de los Mascarones." Notable debió ser aquel mascarón vinculado a Carreño, cuyo recuerdo aún perdura. Y si bien no estuvo relacionado directamente con los carnavales, el nombre evoca inevitablemente la imaginación festiva de los mismos.

María Mercedes Diez Canseco y don Manuel de Yrigoyen y Arias formaron una familia numerosa y profundamente unida, de cuyo matrimonio nacieron diez hijos. En su hogar, cargado de tradición y memoria, convivieron el espíritu cívico de la joven república y los ecos antiguos del virreinato.

Por línea materna, María Mercedes descendía directamente de don Juan de la Torre y Díaz Chacón, uno de los célebres Trece de la Isla del Gallo, aquel grupo legendario que decidió seguir a Francisco Pizarro en la empresa de la conquista del Perú. Nacido hacia 1500 en Villagarcía de la Torre, en la antigua Extremadura, don Juan de la Torre falleció en Arequipa en enero de 1580. Su vida, tejida entre espadas, mares y lealtades, representa la saga de los conquistadores que, desde tierras lejanas, marcaron el destino de estas tierras andinas. Su estirpe, forjada en el fragor de la historia, encontraría eco siglos después en los descendientes de María Mercedes, herederos de una doble memoria: la de la conquista y la de la república.

Manuel Yrigoyen (sentado al centro izquierda), María Mercedes (sentada al centro derecha) y sus diez hijos. En medio José María y Margarita (detrás del padre); María y Manuel (detrás de la madre). Mercedes y Ramón (al costado de Margarita, detrás del padre); Gabina que fue religiosa de la orden de María Inmaculada (está al costado de su madre); Francisco (esta sentado abajo izquierda); Pedro que era el menor de todos los hermanos (sentado en medio) y Sofía (sentada a la derecha)

Retrato de Sor Gabina Yrigoyen Diez Canseco. Hermana de Sofía. Se conserva esta fotografía junto a una publicación del periódico El Pueblo (Arequipa) que dice los siguiente: "En la capilla de las religiosas Hijas de María Inmaculada, Gallo y Córdoba, se realizó ayer la ceremonia de la toma de hábito de la mencionada congregación de la señorita Gabina Yrigoyen Diez-Canseco, actuando como padrinos el señor Federico M. Bullen y la señora Clorinda Wicks. La nueva religiosa es descendiente de una ilustre familia, por la que corriera sangre de la noble estirpe de San Ignacio de Loyola fundador de la Compañía de Jesús, uno de cuyos sobrinos carnales el señor Martín García Onez de Loyola, Caballero de la Orden de Calatrava, fue al Perú como conquistador de ese antiguo imperio; e hija del señor Manuel Yrigoyen que durante largos años tuviera la representación de su país ante nuestro gobierno."

María Mercedes Diez Canseco, pintura anónima de óleo sobre lienzo, de principios de 1900. Esta obra se encuentra en la casa de Ramón Castilla en el jirón Carabaya - Lima.

Don Manuel José Diez Canseco Corbacho, el padre biologico de Maria Mercedes.

Don Manuel José Diez Canseco Corbacho nació en Arequipa en 1819, en el corazón de una familia forjada para la historia. Hijo de Manuel José Diez Canseco Nieto y de María Mercedes Corbacho Abril, fue uno de ocho hermanos, varios de los cuales tomaron el camino de las armas. Aunque menor que su hermano Pedro, fue él quien ascendió más pronto en la jerarquía militar, alcanzando el grado de general de brigada casi al mismo tiempo que su hermano.

Figura de temple y vocación patriótica, su vida se entrelazó con los albores de la república. A través de su hija María Mercedes, su estirpe y memoria permanecen vivas, como eco de una época en la que los destinos personales se confundían con el destino del Perú.

Desde muy joven, don Manuel José Diez Canseco demostró un temple inusual para las armas. Inició su carrera militar como soldado distinguido y, gracias a su valor y pericia, ascendió con una rapidez sorprendente. A los 23 años ya ostentaba el grado de teniente coronel y comandaba cuerpos de tropa. Su trayectoria fue un ascenso constante: prefecto, comandante general, jefe del Estado Mayor, ministro de Guerra y Marina... y, finalmente, general en jefe del Ejército del Sur, cuando aún no había cumplido los 36 años.

Fue protagonista de casi todos los conflictos que marcaron el Perú en las agitadas décadas de 1840 y 1850. Como general de brigada, comandó a las tropas leales al presidente Ramón Castilla y obtuvo una de sus victorias más memorables el 22 de abril de 1857, cuando, en el puerto del Callao, derrotó a las fuerzas del caudillo Vivanco. Tal fue el impacto de aquella jornada que, como tributo a su defensa heroica, el Callao recibió el título de "Provincia Constitucional".

Pero la vida de los hombres de armas es también un campo de lealtades tensas y decisiones difíciles. Tiempo después, en una campaña en el sur, una demora en obedecer una orden de Castilla le valió un proceso militar. Fue absuelto, y el mismo Mariscal Castilla tuvo que devolverle públicamente su honor y su rango. Así, como tantas veces en su vida, don Manuel José salió del trance con dignidad intacta.

Sus ascensos más memorables los recibió en pleno campo de batalla: fue teniente en el Callao (1834), teniente coronel en Agua Santa (1842), y general en La Palma (1855). Al frente de sus tropas, también obtuvo la victoria en Huanta, sofocando una de las tantas rebeliones que estremecían al país.

Contrajo matrimonio con doña Gabina Olazábal y Abril, dama arequipeña, con quien tuvo siete hijos. Una herida de guerra, mal curada, lo forzó años más tarde a buscar alivio en Europa. Allí, en París, le sorprendió la muerte el 9 de marzo de 1864. Hoy sus restos descansan bajo el mármol del Cementerio Presbítero Matías Maestro, en el mausoleo familiar, como corresponde a quien entregó su vida —y su salud— al servicio de la patria.

Retrato del Sofía Yrigoyen y Víctor Andrés Belaunde en Lima el año 1916. Conservado por Sofía Belaunde, en la actualidad es de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

Víctor Andrés Belaunde con sus tres nietas, hijas de Sofía Belaunde Yrigoyen: Isabel, Ana María y Paloma Salazar Belaunde, en la entrada de la casa en la calle Alcanfores en Miraflores. Conservado por Sofía Belaunde, en la actualidad es de propiedad de Ana María Salazar Belaunde

III. EL MATRIMONIO BELAUNDE E YRIGOYEN

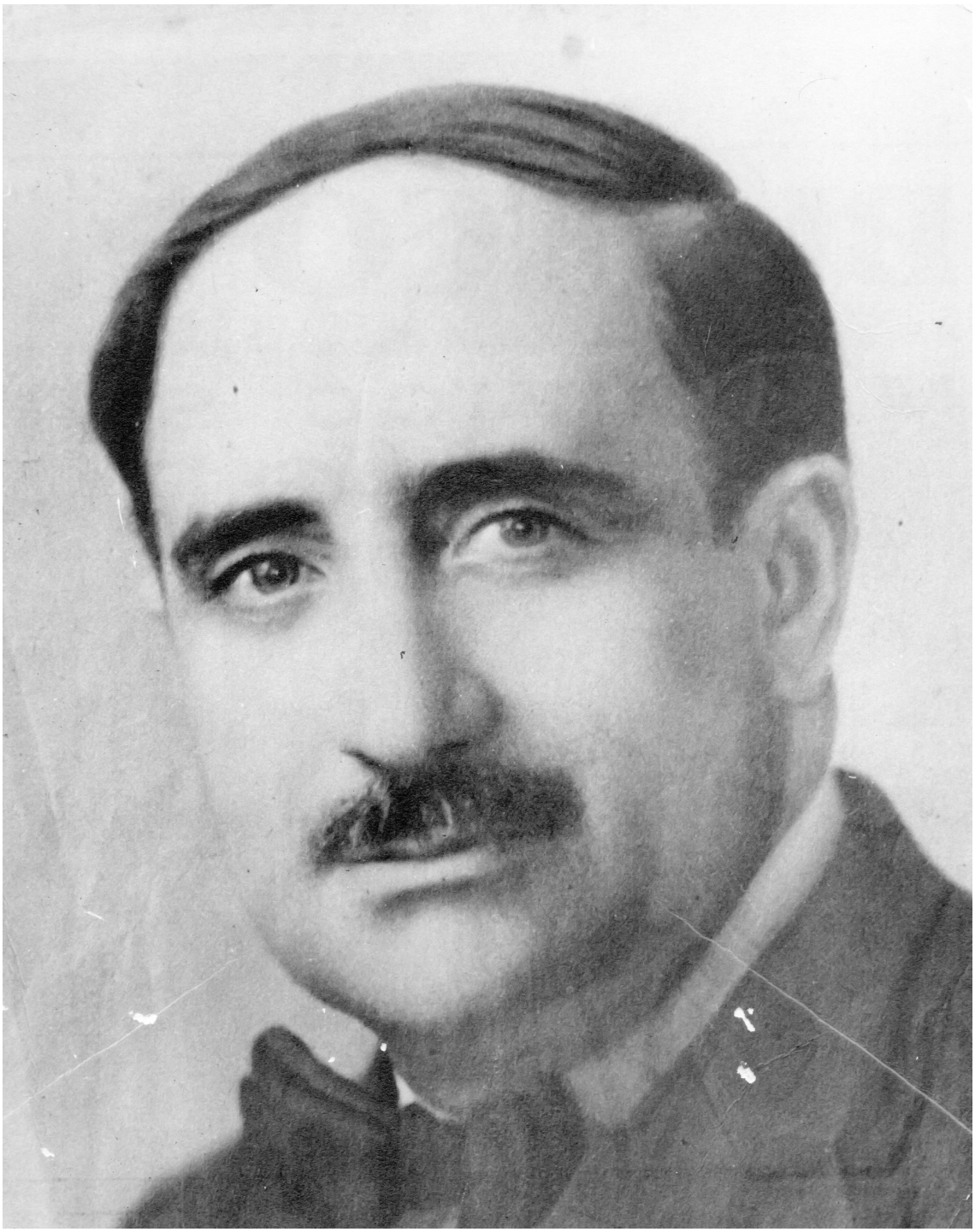
Sofía Yrigoyen, la menor de las hijas mujeres de don Manuel y doña María Mercedes, creció en un hogar donde la fe y el servicio eran más que virtudes: eran la manera misma de habitar el mundo. Cuando contrajo matrimonio con su primo Víctor Andrés Belaunde Diez-Canseco, la unión parecía sellar no solo la afinidad de dos corazones, sino también la continuidad de una tradición familiar anclada en la esperanza cristiana, la mirada trascendente y el compromiso silencioso con lo esencial.

Juntos compartieron un amor sereno, fundado en ideales comunes y en la certeza de que la vida, aun con sus pruebas, es siempre tierra sagrada. Pero el destino, a veces insondable, les reservó una prueba temprana y cruel. Apenas dos años después de su boda, Sofía murió al dar a luz a su segunda hija. Tenía apenas la edad de quien apenas empieza a vivir. Su primogénita quedó huérfana con solo dos años; la recién nacida, sin conocer el calor de su madre.

El dolor fue hondo, de esos que no se nombran fácilmente. Víctor Andrés quedó devastado, y las familias, unidas en la pena, se volcaron con ternura a criar a las niñas. Fueron las hermanas de Sofía quienes, como ángeles silenciosos, tomaron entre sus brazos a las pequeñas, dándoles el amor que la madre ya no podía brindar. En medio de aquel luto, una luz tenue permanecía encendida: la fe que ambos esposos habían compartido. "Omnia in bonum", decía la Escritura. Dios, incluso en el quebranto, hace que todo coopere para bien.
Así vivió el recuerdo de Sofía: no solo como la joven madre que partió demasiado pronto, sino como una presencia constante, tierna, que siguió habitando los corazones de quienes la amaron.

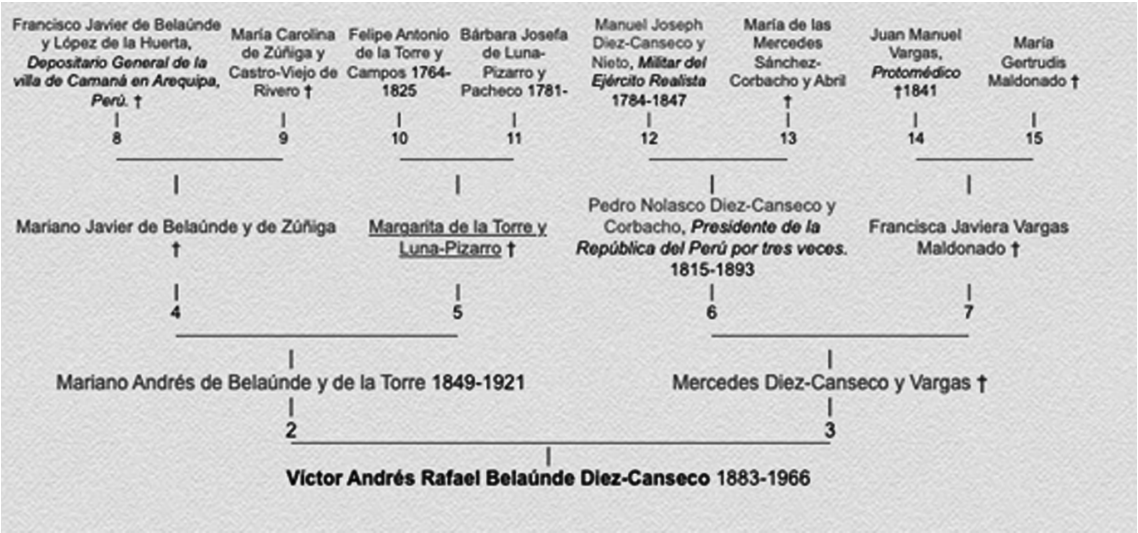
Por su parte, Víctor Andrés Belaunde se convirtió en una de las figuras intelectuales más prominentes del Perú. Jurista, pensador, diplomático, político, filósofo, escritor y educador. Fue, además, un profundo humanista y católico. En 1945 encabezó la delegación peruana ante las Naciones Unidas, y entre 1959 y 1960 presidió la Asamblea General de dicho organismo internacional. Pero más allá de su brillante trayectoria pública, Víctor Andrés fue un padre amoroso, presente, que supo volcar su ternura y firmeza en la crianza de sus dos hijas. Tenía una personalidad fuera de lo común, era un orador nato y un hombre de gran corazón, que irradiaba calidez allá por donde pasaba.

Finalmente, hacemos una breve alusión al hermano de Víctor Andrés, don Rafael Belaunde, quien tuvo un papel cercano y afectuoso en la vida de las niñas huérfanas. Rafael fue padre de quien sería dos veces presidente del Perú, Fernando Belaunde Terry (1912–2002), patriarca de la democracia peruana, hombre de visión integradora, que soñó con un país unido por caminos y esperanzas comunes.



Retrato de Víctor Andrés Belaunde. Conservado por Sofía Belaunde,
en la actualidad es de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

3.1. VICTOR MARIO RAFAEL ANDRÉS BELAÚNDE DIEZ-CANSECO



Fotografías del árbol genealógico de Víctor Andrés Rafael Belaunde Diez-Canseco. Autor de este árbol Francisco Javier Carbone Montes. [5]

NOMBRE	Víctor Andrés Rafael Belaunde Diez Canseco
FECHA DE NACIMIENTO	Arequipa, sábado 15 de diciembre de 1883
FECHA DE FALLECIMIENTO	Nueva York, USA. 14 de diciembre de 1966 (miércoles)
PADRES	Don Mariano Andrés de Belaunde y la Torre y doña Mercedes Diez Canseco y Vargas.
HERMANOS	**1.Victor Andrés Belaunde Diez-Canseco** (1883-1966)
	2.Rafael Belaunde Diez-Canseco (1886-1972)
	3.Mercedes Belaunde Diez-Canseco
	4.Dolores Belaunde Diez-Canseco
FECHA DE MATRIMONIO	*Lima,* 16 de enero de 1915
CONYUGE	Sofía Yrigoyen Diez Canseco.
HIJOS CON SOFIA YRIGOYEN DIEZ CANCECO 1915.	
	1.Sofia Belaunde Yrigoyen 1915 Casada con Carlos Salazar Romero
	2. Mercedes Belaunde Yrigoyen (1912-1922), casada con Domingo García Rada.

[5] Extraido de la web el 19.08.24:
https://gw.geneanet.org/fracarbo?lang=es&n=castilla+y+marquesado&p=ramon

HIJOS CON TERESA MOREYRA Y PAZ SOLDAN 1923.	
	1.Andres Belaunde Moreyra
	2.Antonio Belaunde Moreyra
	3.José Belaunde Moreyra
	4. Pedro Belaunde Moreyra
	5. Teresa Belaunde Moreyra
	6.Martín Belaunde Moreyra
	7.Agustin Belaunde Moreyra

Víctor Andrés Belaunde con su hija Sofía Belaúnde Yrigoyen, en el barco de regresando de Europa. Conservado por Sofía Belaunde, en la actualidad es de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

Víctor Andrés Belaunde Diez-Canseco nació en Arequipa el 15 de diciembre de 1883, en el seno de una estirpe donde el pensamiento y el servicio eran vocación heredada. Su padre, Mariano Andrés Belaunde de la Torre, fue un antiguo militante pierolista, comprometido con los ideales de su tiempo; su madre, Mercedes Diez Canseco y Vargas, descendía de una de las familias más ilustres de la ciudad, nieta del general realista Manuel Diez Canseco y Nieto, e hija del general Pedro Diez Canseco Corbacho, quien ocupó en tres ocasiones la presidencia de la República.

De esa unión nacieron Víctor Andrés, Rafael, Mercedes y Dolores: una nueva generación llamada a dejar huella. Víctor Andrés, en particular, creció entre libros, debates y silencios fértiles. Fue jurista, político, pensador, maestro, y hombre de fe profunda. Integrante de la célebre Generación del 900, compartió escena con figuras como Mariátegui y Haya de la Torre, aunque su voz —católica y humanista— trazó un camino singular.

Fue una conciencia lúcida de su tiempo, uno de los grandes intérpretes del alma peruana. Su pensamiento cruzó fronteras, y su prestigio lo llevó a ocupar la presidencia de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Hombre de letras y de acción, su vida fue un puente entre la tradición y la modernidad, entre la reflexión académica y el compromiso con el mundo.

Desde joven, Víctor Andrés mostró una sed insaciable por el conocimiento. Se formó primero en los colegios San Vicente de Paúl y San José de su natal Arequipa, donde aprendió la disciplina del intelecto y la nobleza del deber. Luego ingresó a la Universidad Nacional de San Agustín, y más tarde se trasladó a Lima, donde brilló como estudiante y maestro en la Universidad de San Marcos. Allí dictó cátedras de Historia de la Filosofía Moderna e Historia Moderna, mientras obtenía tres doctorados: en Jurisprudencia, Ciencias Políticas y Letras.

Su carrera diplomática comenzó pronto. A los veinte años fue nombrado secretario del Archivo de Límites del Ministerio de Relaciones Exteriores. Pronto sus talentos lo llevaron a participar en la defensa del Perú en el litigio fronterizo con Bolivia ante el arbitraje de la Argentina. Viajó a Buenos Aires, y luego a España, para culminar la recopilación y edición de los documentos que sustentaban los derechos del país.

Fue jefe de la División de Límites y, más tarde, encargado de negocios en las legaciones peruanas en Alemania y Bolivia. Era, todavía joven, ya una figura reconocida en el ámbito diplomático, un hombre que servía a la patria con la pluma, la palabra y el juicio sereno.

En el corazón de su juventud, unió su vida a la de su prima lejana, Sofía Yrigoyen Diez-Canseco. El 16 de enero de 1915, sellaron su unión en un matrimonio que prometía luz y armonía. Tuvieron dos hijas, Sofía y Mercedes. Pero el destino, siempre misterioso en sus designios, arrancó de su lado a Sofía apenas dos años después, cuando la muerte la sorprendió al dar a luz. Aquel golpe, silencioso y devastador, marcó al joven Víctor Andrés con una herida profunda, de las que no se ven pero perduran.

Sin embargo, su vocación no se quebró. En 1918 fundó la tercera etapa del Mercurio Peruano, esa histórica revista de letras y pensamiento que supo dirigir con pasión hasta 1932. En ella reunió a intelectuales de diversas corrientes, con la convicción de que el Perú debía pensarse a sí mismo, desde sus raíces y con proyección universal.

Nombrado ministro plenipotenciario en Uruguay por el segundo gobierno de José

Pardo, su sentido de la justicia no le permitió continuar en funciones tras el golpe de Leguía en 1919. Renunció con firmeza, y regresó a las aulas de San Marcos, donde su voz resonaba con la autoridad de quien enseña con el ejemplo.

En 1919 y 1920 recorrió los Estados Unidos, sembrando ideas en más de cuarenta universidades y colegios. Era un peregrino del pensamiento, llevando consigo el rostro más luminoso del Perú. De vuelta en Lima, su compromiso con la libertad lo llevó a denunciar desde la cátedra las injusticias del régimen: alzó la voz por los presos políticos, defendió la libertad de prensa tras la expropiación de La Prensa. Su palabra, que iluminaba, también incomodaba.

Y como tantos hombres que no se doblegan, conoció la prisión. Fue encerrado en la Isla San Lorenzo, como si el encierro pudiera apagar su espíritu. Luego, fue desterrado.
Pero ni el exilio ni el dolor pudieron silenciarlo. Desde lejos, continuó su misión. Enseñó, escribió, reflexionó. Hizo de la adversidad un trampolín hacia la trascendencia.

El destierro no fue para él un final, sino un nuevo comienzo. En Francia, tierra de pensamiento y revoluciones, se reencontró con el amor. Se casó con Teresa Moreyra y Paz Soldán, una mujer fuerte y luminosa, con quien fundó una familia numerosa. Tuvieron siete hijos, entre ellos Antonio y Martín, quienes más tarde también aportarían al país desde el campo del derecho y la diplomacia.

Desde el corazón de Europa viajó a los Estados Unidos, donde la libertad de pensamiento lo acogió como uno de los suyos. Enseñó en Columbia, Middlebury, Virginia, Miami... y pronunció conferencias en Johns Hopkins y Chicago. En todas ellas, su voz era como un puente entre mundos: el Perú de sus amores y el pensamiento universal. También sirvió en el Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones, en tiempos en que el mundo aún soñaba con una paz duradera.

Cuando el gobierno de Leguía cayó en 1930, regresó al Perú con el alma intacta. Fue elegido diputado al Congreso Constituyente de 1931 por Arequipa, su tierra natal, y desde esa tribuna contribuyó con pasión y lucidez a la redacción de la Constitución de 1933. Fue allí donde dejó su huella jurídica más duradera: una carta magna que recogía tanto su erudición como su profundo amor por el Perú.

El segundo gobierno de Óscar R. Benavides lo reincorporó al servicio diplomático. Fue ministro plenipotenciario en Colombia y en Suiza, embajador especial ante las Naciones Unidas y delegado en la Conferencia Internacional del Trabajo. Así, su figura ya no solo era la del intelectual que piensa el país, sino la del peruano que lo representa con dignidad ante el mundo.

El prestigio de Víctor Andrés no conocía fronteras. Su erudición, su temple diplomático y su fidelidad a los principios republicanos hicieron de él un emisario natural del Perú en tiempos de tensiones y reconciliaciones. En 1934, fue convocado para integrar la misión que en Río de Janeiro resolvió el conflicto con Colombia. Años después, en 1938, participó en las cruciales negociaciones limítrofes con el Ecuador, acreditado ante el gobierno de los Estados Unidos.

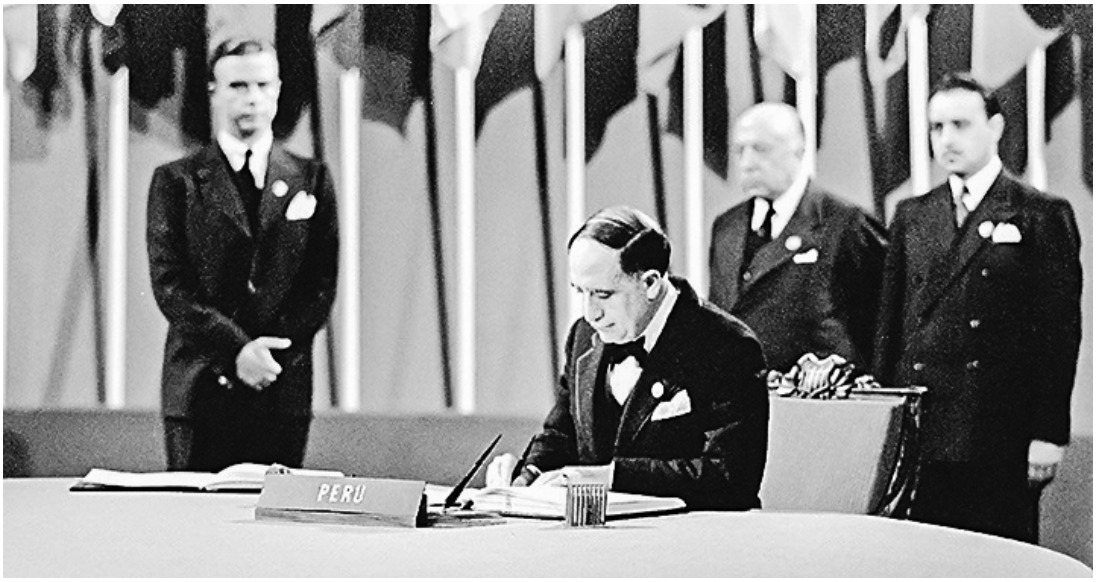
Pero su verdadero acto consagratorio llegó con la posguerra. En 1945, fue designado jefe de la delegación peruana ante las recién fundadas Naciones Unidas, y entre 1959 y 1960

alcanzó la presidencia de la Asamblea General, convirtiéndose en una de las voces más respetadas del hemisferio sur en el escenario mundial.

Durante el segundo gobierno de Manuel Prado, entre enero y abril de 1958, asumió brevemente el Ministerio de Relaciones Exteriores, consolidando así una carrera diplomática tan lúcida como honorable.

No menos importante fue su vida académica, tejida con la misma pasión con la que defendía la justicia internacional. Fue decano, vicerrector y rector interino de la Pontificia Universidad Católica del Perú, además de gestor de la creación del Instituto Riva-Agüero, cuna del pensamiento tradicionalista y humanista del país. En 1965, recibió el título de Rector Emérito, tributo a una vida consagrada al saber.

Falleció en 1966, dejando un eco perdurable. En su trayectoria resplandece el ejemplo de un peruano íntegro, para quien la palabra fue siempre acto, el pensamiento compromiso y la historia, materia viva. Víctor Andrés Belaunde no solo interpretó el alma del Perú: le dio voz y la elevó ante el mundo.



Víctor Andrés Belaunde como representante del Perú ante la ONU

Víctor Andrés Belaunde: el humanista de la síntesis

Más que político o diplomático, fue un pensador profundamente enraizado en las contradicciones fecundas del Perú. Su ideario, ajeno al dogma y sin ataduras partidarias, se mantuvo fiel a una visión armonizadora: veía al país no como un campo de conflicto entre civilizaciones, sino como una fusión viva y generosa entre el alma andina y la herencia hispánica. El Perú, en su mirada, no era una nación fracturada, sino una síntesis original, una civilización nueva donde el tiempo había tejido un mestizaje espiritual.

Líder del socialcristianismo, su pensamiento nutrió las raíces ideológicas de Acción Popular, pero también fue abrazado por otros partidos de inspiración cristiana como la Democracia Cristiana y el Partido Popular Cristiano.

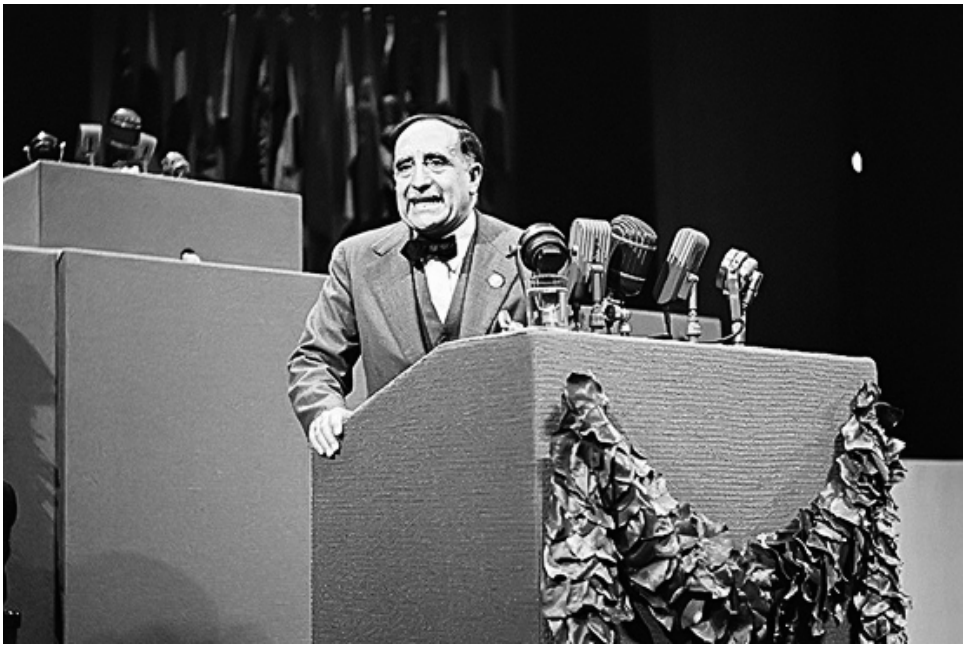
Sin embargo, nunca se dejó seducir por el espíritu sectario. Su influencia fue más cultural que electoral, más doctrinaria que militante. A diferencia de Mariátegui o Haya de la Torre, no se dedicó a sembrar escuelas de masas; sus ideas germinaron, más bien, en aulas, bibliotecas y salones donde la palabra tenía todavía resonancia ética.

Su oposición al marxismo no fue panfletaria, sino filosófica. Mientras Mariátegui enarbolaba la bandera del indigenismo revolucionario, Belaunde apostaba por el encuentro y la reconciliación. Frente al dualismo irreconciliable de razas o culturas, él proponía la unidad superior de la historia.

Fue también un defensor fervoroso del sufragio femenino, en una época en que esa idea despertaba más sospechas que simpatías en la clase política. Su convicción no provenía de la moda ni del cálculo, sino de una ética profunda, tejida en el respeto por la dignidad humana y el papel de la mujer en la construcción moral de la sociedad.

En el concierto internacional, su estatura fue reconocida sin reservas. No solo presidió la Asamblea General de las Naciones Unidas, sino también el Consejo de Seguridad en tres ocasiones, alcanzando una dignidad universal inédita para un peruano de su tiempo. Tal fue el respeto que se ganó, que cuando murió en 1966, el presidente Lyndon Johnson ordenó que sus restos fueran repatriados en el avión presidencial de los Estados Unidos: gesto solemne que resumía la estatura del hombre.

Su prosa, exacta y elevada, reflejaba un dominio del lenguaje heredado de los humanistas clásicos. Hablar o leer a Víctor Andrés Belaunde era entrar en una conversación donde convivían la política, la filosofía, la poesía y la fe. Así, se fue —con la pluma y la palabra— tallando en la historia como uno de los grandes forjadores del alma peruana.



Víctor Andrés Belaunde como secretario general de la ONU en New York.

CARGOS QUE DESEMPEÑÓ VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

- Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas (1959 y 1960).
- Presidente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en tres periodos.
- Ministros de Relaciones Exteriores del Perú.
- Congresista de la República, por el departamento de Arequipa. Asamblea Constituyente
- (1931-1933)
- Rector Pro-tempore de la Pontificia Universidad Católica del Perú (1946-1947).
- Fundador y director del tercer Mercurio Peruano (1918).
- Miembro de la Academia Nacional de la Historia del Perú.
- Miembro de la Sociedad Geográfica de Lima.
- Miembro Fundador de la Sociedad Peruana de Filosofía (1940).
- Fundador y primer presidente de la Sociedad Peruana de Filosofía.
- Fundador y primer presidente del Instituto Riva-Agüero.
- Presidente de la Academia Peruana de la Lengua.
- Caballero de la venerable Hermandad del Santo Sepulcro del Templo de Santo Domingo de Arequipa (1894).
- Caballero de la Virgen de la O en la Iglesia de San Pedro de Lima Jesuitas.
- Miembro del primer Consejo Directivo de la Asociación Cristiana de Jóvenes del Perú (YMCA) junto con Julio C. Tello Rojas, Edmundo Haya de la Torre, José Gálvez Barrenechea, Luis Alberto Sánchez Sánchez, Alberto Arca Parró, Víctor Andrés Belaúnde Diez Canseco, Rafael Belaúnde Diez Canseco, Isaac Lindley Stoppanie, Eduardo Dibós Dammert, Max Reiser Gasser, Alex Oechsle Pruss, entre otros. También, Carl L. Johnson y Jay C. Field, misioneros norteamericanos.

ULTIMO DÍA DE VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Según cuenta Mariano Peña Prado (1967)[6]:

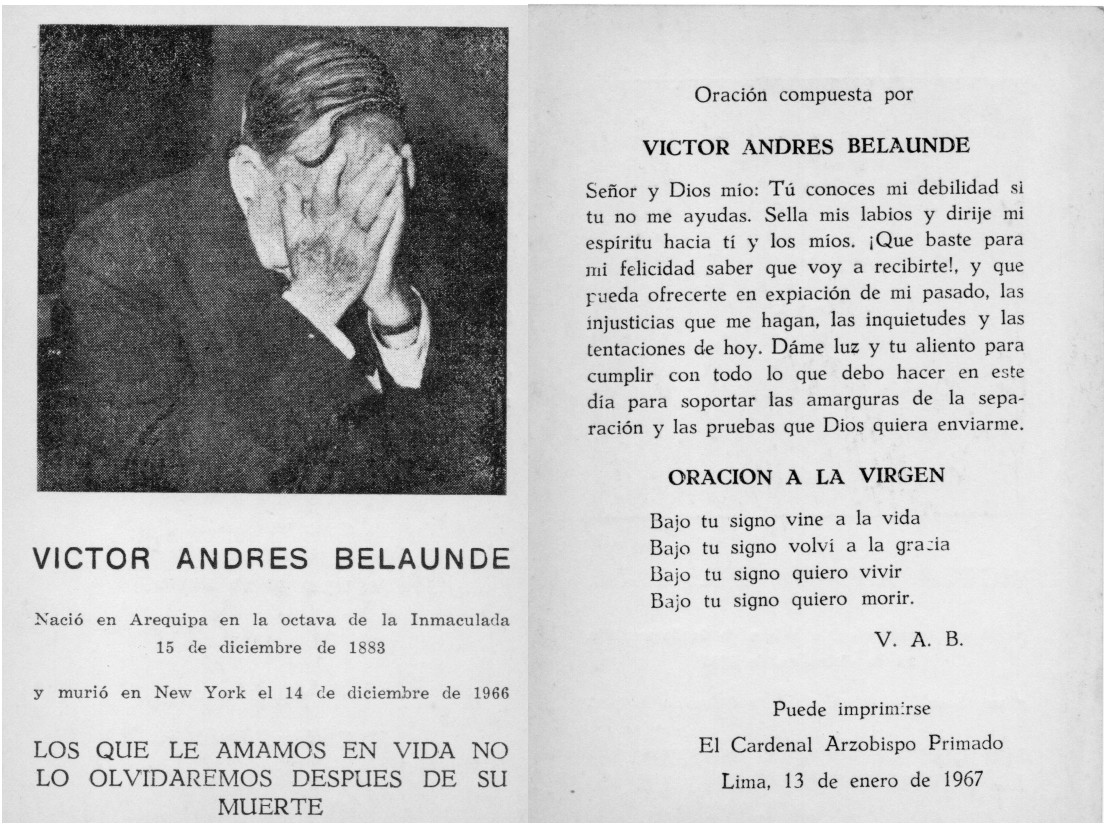
"Al conocerse su fallecimiento se conmovió el mundo, consternado, a través de todas sus Delegaciones acreditadas ante las Naciones Unidas. Los Comités que en el momento de su óbito funcionaban todavía suspendieron de inmediato sus sesiones en señal de duelo, y sus presidentes, antes de dejar el recinto, rindieron sentidísimo tributo al gran Ciudadano del Mundo que acababa de morir. Se sucedieron luego los extraordinarios homenajes en la Asamblea General. A primera hora de la mañana, se izaron las banderas de los 122 países que componen las Naciones Unidas, y, enseguida, representantes de todas las Delegaciones arriaron los pabellones de su respectiva nación, en signo de duelo compartido, congregándose todos alrededor del enhiesto mástil central donde hicieron flamear a media hasta la enseña azul de las naciones Unidas, que a media asta permaneció hasta que sus restos mortales abandonaron el suelo norteamericano.

Por su parte también declarándose en duelo, mantuvo la Asamblea General un solemne minuto de silencio. Uno tras otro, se continuaron después los notables discursos de los representantes de todas las potencias, pequeñas y grandes, de todos los continentes y tendencias ideológicas. Destaco entre ellos la insólita participación de Rusia, que rompió su tradicional actitud de nunca elogiar a persona alguna, por ilustre que fuera. Mas tarde, en el Consejo de Seguridad, el Embajador del Uruguay, con emotiva elocuencia, trazo en encendido encomio la semblanza de Belaúnde, sin que en muchos de los concurrentes sorprendiesen las lagrimas.

[6] Mariano Peña Prado, publico "Ultimo día de Víctor Andrés Belaunde", Lima 1967. Trabajo los últimos días con Víctor Andrés Belaunde en las Naciones Unidas. Se imprimió el 24 de enero 1967. En la editorial Talleres Gráficos Quiroz SA. Lima. Perú.

Los funerales, verificados en el mismo templo donde él oraba diariamente, fueron sencillamente impresionantes. Estaban allí todas las Delegaciones en pleno de los 122 países integrantes de las Naciones Unidas, hasta desbordar el ámbito sagrado. Y, en noble gesto, colocaron los Estados Unidos uno de los aviones presidenciales a disposición de la Misión Peruana para el traslado de sus despojos a la Patria. En ceremonia solemnísima, fue despedido en el aeropuerto por una división de cadetes del Ejercito, portadores de las banderas del Perú y de Estados Unidos enlutadas, y, mientras resonaban los himnos de ambos países, avanzo lentamente el féretro cargado por ocho cadetes, en tanto se inclinaban ante él las banderas y una marcha fúnebre norteamericana acompañaba su última subida al avión...

Estos son los recuerdos que guardo del día postrero, vivido minuto a minuto al lado de aquel hombre extraordinario por todos los conceptos y sobre todas las contingencias, pero a quien admiro más aún por haber sido, comprensivo y humano, un Hombre Bueno."



VICTOR ANDRES BELAUNDE

Nació en Arequipa en la octava de la Inmaculada
15 de diciembre de 1883

y murió en New York el 14 de diciembre de 1966

LOS QUE LE AMAMOS EN VIDA NO LO OLVIDAREMOS DESPUES DE SU MUERTE

Oración compuesta por

VICTOR ANDRES BELAUNDE

Señor y Dios mío: Tú conoces mi debilidad si tu no me ayudas. Sella mis labios y dirije mi espíritu hacia tí y los míos. ¡Que baste para mi felicidad saber que voy a recibirte!, y que pueda ofrecerte en expiación de mi pasado, las injusticias que me hagan, las inquietudes y las tentaciones de hoy. Dáme luz y tu aliento para cumplir con todo lo que debo hacer en este día para soportar las amarguras de la separación y las pruebas que Dios quiera enviarme.

ORACION A LA VIRGEN

Bajo tu signo vine a la vida
Bajo tu signo volví a la gracia
Bajo tu signo quiero vivir
Bajo tu signo quiero morir.

V. A. B.

Puede imprimirse
El Cardenal Arzobispo Primado
Lima, 13 de enero de 1967

Estampa de Misa, por aniversario del fallecimiento de Víctor Andrés Belaunde. De propiedad de Ana María Salazar.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO RIVA-AGÜERO

Tras su fallecimiento en el año 1966, y por el vínculo de amistad que unió a Belaunde con Riva-Agüero, la familia resuelve entregar como donativo, su biblioteca personal de más de 2,500 volúmenes, además de su archivo personal que incluyó correspondencia, fotografías, discursos y demás documentación producida durante su permanencia en la ONU y en el ejercicio de sus labores políticas e intelectuales. Esta colección reúne importantes libros y folletos enmarcados en la temática del Derecho Internacional, Historia del Perú, Filosofía y Literatura.

La colección bibliográfica se encuentra ordenada en un ambiente exclusivo para sus libros, en la Biblioteca del Instituto Riva-Agüero, esta es la Sala Víctor Andrés Belaunde.

Retrato de Víctor Andrés Belaunde. Conservado por Sofía Belaúnde, en la actualidad es de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

SU HERMANO, RAFAEL BELAUNDE DIEZ CANSECO

Juan Rafael Atalo Belaunde Diez-Canseco nació en Arequipa el 8 de marzo de 1886. Hijo de una estirpe que conjugaba tradición con vocación de servicio, desde muy joven mostró una especial disposición para los asuntos de la ley y el Estado. Su destino parecía ya trazado por la historia de su linaje: sería abogado, pero también político, y más aún, diplomático de los de palabra reflexiva y convicciones firmes.

A lo largo de su vida pública, sirvió a la patria desde los más altos estrados. Fue **Embajador del Perú durante el segundo gobierno de Óscar R. Benavides**, cargo en el que defendió con temple y lucidez los intereses nacionales en tiempos de tensiones internacionales. Más adelante, en un momento clave para la consolidación de la democracia peruana, asumió la Presidencia del Consejo de Ministros durante el gobierno del presidente José Luis Bustamante y Rivero, entre 1945 y 1946. Su paso por el gabinete fue breve pero decisivo, como lo son las intervenciones que marcan rumbo en la historia.

Falleció en Lima el 10 de abril de 1972, a los 86 años, dejando tras de sí una trayectoria ejemplar, tejida con discreción y firmeza. Fue parte de una generación que supo entender que el servicio público no es ambición, sino deber.

Rafael Belaunde contrajo matrimonio el 19 de mayo de 1907 con la limeña Lucila Terry y García, con quien tuvo seis hijos:

1. Rafael Belaúnde, casado con María Teresa Barreda Olavegoya, nieta de Enrique Barreda y Osma y de Domingo Olavegoya.
2. Lucila Belaúnde, casada con el diplomático chileno Miguel Cruchaga Ossa.
3. Fernando, presidente del Perú en dos oportunidades. Casado en primeras nupcias con Carola Aubry Bravo y luego con Violeta Correa Miller.
4. Mercedes Belaunde, esposa de Celso Pastor de la Torre, bisnieto de Juan Manuel del Mar.
5. Juan Belaunde, casado con Zulema Fernández Dávila.
6. Francisco Belaunde, expresidente de la Cámara de Diputados en la década de 1980, durante el gobierno de su hermano Fernando. Casado con María Isabel Dupuy Montori, viuda de Enrique Elías Laroza.

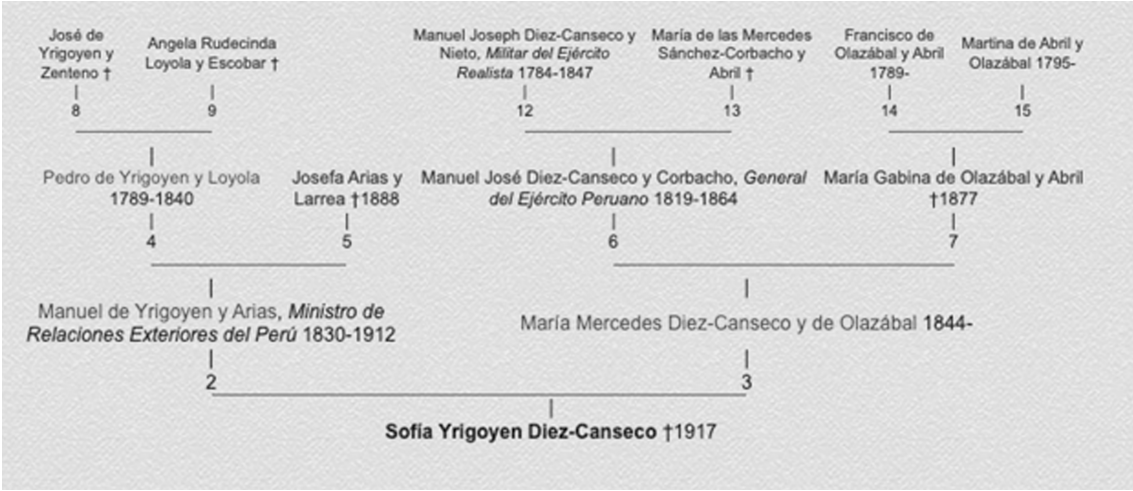
Retrato de Rafael Belaunde Diez Canseco.

Francisco Belaunde, Fernando Belaunde y Víctor Raúl Haya de la Torre. En los funerales de Rafael Belaunde Diez Canseco, presidente del Consejo de ministros entre los años 1945 y 1946 y padre del presidente Fernando Belaunde Terry. 11 de abril de 1972. Fuente: Repositorio USIL.

El verdadero Velo de Santa Verónica. Esta obra fue realizada por el famoso pintor Teófilo Castillo. Elaborada en óleo sobre papel. Fue un regalo dle pintor Teófilo Castillo a María Yrigoyen Diez-Canseco por una colaboración en su trabajo. Fue heredada por doña Sofía Belaúnde que la colocó en su habitación los ultimos años de su vida.

Sofía Yrigoyen Diez Canseco, el día de su matrimonio en Lima el 16 de enero de 1915. Fotografía conservada por María Mercedes Diez Canseco de Yrigoyen. Actualmente pertenece a Ana María Salazar Belaunde.

3.2. SOFÍA YRIGOYEN DIEZ-CANSECO



Fotografías del árbol genealógico de Sofía Yrigoyen. Autor de este árbol Francisco Javier Carbone Montes. [7]

NOMBRE	Sofía Yrigoyen Diez Canseco
FECHA DE NACIMIENTO	Lima, 1887
FECHA DE FALLECIMIENTO	Lima, 17 de enero de 1917.
PADRES	Manuel de Yrigoyen y Arias (1830-1912), *ministro de Relaciones Exteriores del Perú* y María Mercedes Diez-Canseco y de Olazábal 1844
HERMANOS	
	1.José María Yrigoyen Diez Canseco, casado con María Eugenia García Yrigoyen1.
	2. María Manuela Tomasa Delfina Yrigoyen Diez Canseco (1869-1950). Crio a su sobrina Sofía Belaunde Yrigoyen.
	3.Margarita Yrigoyen Diez Canseco.
	4.Manuel Yrigoyen Diez Canseco (1873-1933) casado *el 8 de septiembre de 1900,* con Angélica Puente Salcedo- fallecido en 1954)
	5.Ramon Yrigoyen Diez Canseco casado con Victoria Rodrigo Eguren.
	6.María Gabina Rosa Yrigoyen Diez-Canseco (1879) (Gabina fue religiosa de la orden de María Inmaculada vivió en el convento san Andrés que estaba en la plaza Italia)
	7.Mercedes Yrigoyen Diez-Canseco Casada con Ventura Martínez de la Torre Asís.
	8.Francisco Yrigoyen Diez Canseco

[7] Extraido de la web el 19.08.24:
https://gw.geneanet.org/fracarbo?lang=es&n=castilla+y+marquesado&p=ramon

	9.Sofía Yrigoyen Diez Canseco (1887 -†1917) Casada *el 16 de enero de 1915* con Víctor Andrés Rafael Belaúnde Diez-Canseco(1883-1966)
	10.Pedro Yrigoyen Diez-Canseco. (Lima, 28 de noviembre de 1886 - id. 17 de septiembre de 1957) Casado *en Lima en 1917*, con Julia von der Heyde Peña (1893-1958)
FECHA DE MATRIMONIO	*Lima,* 16 de enero de 1915
CONYUGE	Víctor Andrés Rafael Belaúnde Diez-Canseco (1883-1966)
HIJOS	1. **Sofía Belaúnde Yrigoyen** 1915 Casada con Carlos Salazar Romero
	2. Mercedes Belaúnde Yrigoyen (1912-1922), casada con Domingo García Rada, *Abogado de Lima.*

Sofía Yrigoyen Diez Canseco. Fotografía conservada por María Mercedes Diez Canseco de Yrigoyen. Actualmente pertenece a Ana María Salazar Belaunde.

Sofía Yrigoyen Diez Canseco, fue la última entre las hijas mujeres del ilustre hogar Yrigoyen Diez Canseco, Sofía creció envuelta en los murmullos de una casa viva, poblada por nueve hermanos y custodiada con ternura por doña Francisca, su tía abuela, en la entrañable calle Mascarón. En ese universo familiar marcado por la tradición, la música del piano, y las largas sobremesas, se forjó su espíritu sereno y firme.

A los 28 años, el 16 de enero de 1915, Sofía unió su destino al de su primo lejano, Víctor Andrés Belaunde Diez-Canseco, hombre de palabra erguida y vocación internacional. Él tenía entonces 32 años y ya se perfilaba como una figura prominente en la diplomacia peruana. Había sido jefe de la División de Límites en la Cancillería y, para cuando contrajeron matrimonio, ya había representado al Perú en Alemania y Bolivia como encargado de negocios.

Los recién casados se instalaron en una pequeña casita de Miraflores, al costado de la iglesia de la Virgen Milagrosa, frente al parque Kennedy. Era un hogar modesto, pero lleno de luz y recogimiento, donde la fachada neoclásica de la parroquia parecía guardar sus días con solemnidad. En el altar mayor, la imagen de la Virgen María —tan venerada— les ofrecía consuelo, cobijo y silencio para la oración compartida.

A finales de ese mismo año, el 4 de diciembre de 1915, nació su primera hija, a quien llamaron Sofía, como la madre. Con ella comenzó una nueva rama del árbol familiar, tejida en la dulzura de la fe, la vocación de servicio y el amor por la patria.

Dos años después de haber traído al mundo a su primera hija, la joven Sofía volvió a ser madre. La nueva criatura, a quien llamó Mercedes en honor a su propia madre, llegó al hogar en un ambiente que presagiaba dicha. Sin embargo, el destino, siempre impredecible, tejía ya la sombra de una tragedia.

Víctor Andrés, entonces absorbido por sus responsabilidades diplomáticas, no pudo estar presente en el nacimiento de su segunda hija. Mientras la pequeña Mercedes abría los ojos al mundo, su madre, doña Sofía, los cerraba para siempre al día siguiente, un 19 de enero de 1917, dejando tras de sí un vacío imposible de colmar. Tenía apenas treinta años.

El dolor fue hondo y compartido por ambas familias. Las dos niñas, Sofía con apenas dos años y la recién nacida Mercedes, quedaron huérfanas del amor materno, sostenidas por el afecto familiar y la fe que tanto había guiado sus primeros pasos.

Una carta, escrita por Rafael Belaunde —hermano de Víctor Andrés— y fechada el 20 de enero de 1917, recoge con estremecedora claridad los detalles de aquellos días. En ella, la alegría por la llegada de una nueva vida se entrelaza con la consternación por una pérdida irreparable. Este testimonio epistolar, aún conservado con esmero por sus descendientes, se ha convertido en un relicario de memoria y dolor, una voz del pasado que aún resuena en el corazón de la familia.

Hermano mío tan querido:

Sufriendo contigo y por ti, y dentro de la posibilidad de que esta carta te alcance en esa, la escribo narrándote detalladamente el cruel acontecimiento que, destrozándote el corazón, ha herido profundamente el mío, que es tan tuyo, y que sintió hondo afecto por la pobre Sofía.

Es necesario que sufra la amargura de recordar todo lo ocurrido, ante la suposición de tu dolorosa ansiedad por conocerlo.

¡Para mí fue un balazo la noticia! ¡Cómo iba a imaginarla si Sofía ni siquiera se hallaba indispuesta! Desperté el miércoles y momentos después (a las 8 y ¼) me anunciaron una llamada por teléfono. Acudí para recibir de Carlos Ortíz de Zevallos la terrible noticia, transmitida por este espontáneamente. ¡Casi me caigo! Vertiginosamente me vestí y partí a tu casa, a la que llegué poco antes de las nueve, para darme con el cuadro de horror que ofrecía. Pasada la primera impresión, pensé en ti y creyéndote ya en Arequipa, fui al cable para comunicarte, lo más gradualmente posible, tu incomparable desgracia. Al afecto, hice a las 10 a.m. un cablegrama a Juan Manuel, a las dos horas otro y así hasta que fue tiempo de llegar al final. ¡Temía tanto que tuvieras las noticias de golpe por otro conducto!

El destino no ha querido que yo me encontrara presente en tan terribles circunstancias y lo deploro profundamente porque, si se les hubiera ocurrido avisarme por teléfono, me hubiera constituido en Miraflores a tiempo, para hacer, también yo, supremo esfuerzo por salvártela.

Habiendo sido María (María Yrigoyen Diez-Canseco, hermana de Sofía), tu cuñada, la única persona de la familia que presenció la rápida enfermedad y muerte se Sofía, he tomado de ella misma la información que te transmito.

Sofía Yrigoyen Diez Canseco, el día de su matrimonio en Lima el 16 de enero de 1915. Fotografía conservada por María Mercedes Diez Canseco de Yrigoyen. Actualmente pertenece a Ana María Salazar Belaunde.

El día martes estuvo Sofía perfectamente bien. Fue a visitarle mi tía Mercedes (María Mercedes Diez-Canseco Olazábal, la madre de Sofía) y se retiró de la casa a las seis de la tarde, dejándola en estado normal. Comió con María sin manifestarle ningún malestar, y se acostaron a las 10 de la noche. Minutos después, estando ambas en cama, llamó Sofía y avisó que sentía preludios de alumbramiento. Solicitados, por teléfono, el Dr. Larrabure y la profesora Petita acudieron prontamente, retirándose aquel momento antes de las doce, no

encontrando nada que temer y viendo la posibilidad de asistir personalmente a Sofía porque ella insistió en entregarse tan solo a la partera.

Pasó el tiempo sin nada alarmante, y a la una y veinticinco nació la chiquitina, perfectamente normal y desarrollada. Quedó Sofía con el natural desfallecimiento, pero sin ofrecer síntoma inmediato de hallarse en malas condiciones. A las 2 y ½ más o menos, se re manifestó fatigada, movediza y con ahogos; resolvieron llamar al médico Larrabure de Chorrillos, pero, para ganar tiempo, buscaron a Palma que vive en Miraflores. Llegó éste en seguida y le puso inyecciones. Llevado por carro extraordinario, se presentó Larrabure a las 4 de la mañana, produciendo, poco después la acción conjunta de ambos médicos, visible reacción en Sofía. Disminuyó la frialdad de su cuerpo, la traspiración, el desasosiego y mejoró el pulso. Se retiró Palma, quedando Larrabure.

María, tranquilizada, se dispuso a avisar a las siete menos cuarto, a su casa. Llegó esta hora y comunicó a mi tía Mercedes lo que había ocurrido. Instantes después, estando el Dr. Larrabure tomando desayuno en el comedor, notó María que volvía el enfriamiento y el ahogo, gritó al Doctor, que creía en ese momento conjurada la crisis, acude éste, repite las inyecciones de suero etc. se alarma, hace llamar a Odriozola, en seguida al cura, y en presencia de éste, pero no de aquel que no logró alcanzarla, concluyó la pobre tornando los ojos a las siete y cuarto de la mañana. Mi pobre tía Mercedes, que salió de su casa en cuanto recibió el aviso, con solo la noticia de que se había verificado el parto, llegó a Miraflores instantes después que su hija había expirado.

Momento a momento iban presentándose en tu casa tus cuñados, aterrados, semi locos.

Según el certificado médico, la muerte se produjo por síncope cardiaco por hemorragia interna.

El aspecto de la recién nacida es de una criatura de tiempo completo y su estado es satisfactorio. A las 36 horas pesaba cuatro kilos y doscientos cincuenta gramos. La ropa de primer tamaño le quedó estrecha; se le ha puesto la del segundo.

Asumiendo, con tenso dolor tu representación, me puse de acuerdo con tus cuñados para proceder. Empecé por manifestarles que, interpretándote fielmente, debíamos hacer el mejor entierro posible. Me constituí en la casa, como ellos, hasta que el cadáver de Sofía la abandonó. Velé la noche del miércoles, cuidando de que no se cerrase el ataúd sino a las 26 horas, después de haber hecho practicar con el Dr. Rospigliosi los experimentos indicados para la comprobación de la muerte y quedando cortada la arteria del brazo.

Correspondiendo a la intensa emoción que ha sufrido la sociedad, la casa ha sido muy visitada. El presidente mandó a ella a su edecán, como también al entierro, y envió una corona por sí y su señora. Se recibieron numerosos aparatos florales, de los que te guardo relación, aunque incompleta. Monseñor García Irigoyen celebro en la capilla ardientes y poco después se verificó el sepelio (10:30 a.m. del jueves) representándote yo en él y con mucha concurrencia. El cadáver de Sofía fue colocado en una caja de acero.

Puedes estar seguro, hermano mío, de que en medio de mi hondo pesar, me he esforzado por desempeñar mi triste misión, procediendo en todo de acuerdo con la familia de Sofía.

Las niñas continúan en Miraflores hasta hoy, que serán traídas a casa de su abuela. Los acompañan Margarita y María. Se ha conseguido ya ama para la pobrecita. Lucha y yo los vemos frecuentemente. Como supondrás, es ardiente nuestro deseo de tenerlas con nosotros, pero comprendemos que no podemos exigirlo...

Termino, hermano mío, asegurándote que han sido muy amargas las horas que he pasado. Siento desgarradora pena por la pobre Sofía y la más tierna aflicción por ti.

¡Resignación! Acordarse de las pobres criaturas, para las cuales tienes que vivir, y pensar siempre en que tú y ellas vivirán en el dulce ambiente del amor de todos los suyos. El mío acrecentado, si cabe.

Te abraza, lleno de dolor y de ternura, tu amante hermano.

Rafael

Tras la dolorosa partida de doña Sofía, las pequeñas quedaron al abrigo del amor silencioso y firme de las mujeres de su linaje. La abuela María Mercedes Diez-Canseco abrió de par en par las puertas de su hogar y de su corazón para recibir a sus dos nietas, huérfanas de madre pero rodeadas de ternura.

Fue la tía María —figura entrañable y maternal— quien asumió la crianza de la pequeña Sofía. La acompañó en cada paso de su infancia y juventud, y más tarde, cuando ella misma formó su propio hogar, continuó siendo su faro y refugio. Estuvo presente en el nacimiento de sus hijos, brindándole no solo apoyo, sino también ese amor maternal que la vida le negó en sus primeros años. En la intimidad de la familia, todos la llamaban con dulzura "Mi Nenita", apelativo que resumía el cariño y respeto que le profesaban.

Mercedes, la hija menor, encontró también ese mismo calor en los brazos de la tía Margarita, quien se entregó a su cuidado con igual devoción. Ambas tías tejieron con paciencia y amor el nuevo destino de las niñas, convirtiéndose en los pilares que las sostuvieron en medio del vacío que dejó su madre.

Pedro Yrigoyen Diez-Canseco: Vocación y legado de un jurista peruano

Cada uno de los hermanos de Sofía Yrigoyen Diez-Canseco encierra una historia apasionante, pero queremos detenernos en la vida de su hermano menor, Pedro Yrigoyen Diez, quien nació en Lima el 28 de noviembre de 1886 y falleció en la misma ciudad el 17 de septiembre de 1957. Fue abogado, diplomático, jurista e intelectual de fuste en la historia del Perú republicano.

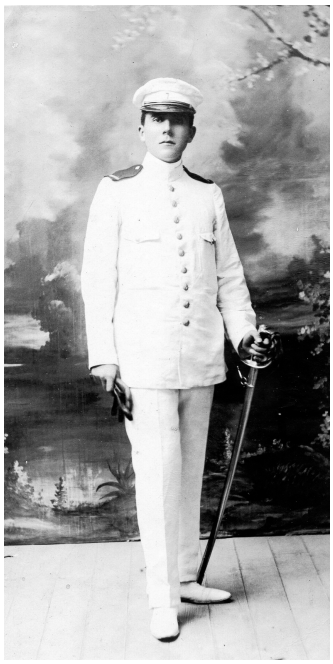
Cursó sus estudios escolares en los colegios de los Sagrados Corazones Recoleta y Nuestra Señora de Guadalupe, instituciones de renombre en la educación limeña de la época. En 1904 ingresó a la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde obtuvo los grados de bachiller y doctor.

Tras recibirse como abogado, inició una fecunda labor docente. Fue nombrado catedrático adjunto de Literatura en 1910, y solo un año después, al renunciar Antonio Flores a la titularidad de la cátedra, fue promovido a profesor principal. En paralelo, desplegó una brillante carrera diplomática, representando con distinción al Perú en el exterior.

El 1 de septiembre de 1917 contrajo matrimonio con Julia von der Heyde y Peña (Lima, 18 de junio de 1893 – Lima, 21 de noviembre de 1958), hija de Carlos von der Heyde y Ugarteche y de Julia Peña y Costas. De esa unión nacieron cuatro hijos: Pedro Manuel (1918–1975), Carlos (1920–1994), quien ostentó el título de IV Conde de Alastaya y fue caballero de la Soberana Orden Militar de Malta; Jaime (1922–1983); y Josefina Yrigoyen von der Heyde (1925–1999).

Pedro Yrigoyen Diez-Canseco falleció en Lima en el ocaso del invierno de 1957. Sus restos descansan en el mausoleo familiar en el Cementerio Presbítero Matías Maestro, junto a la Cuarta Puerta, al costado del Cuartel Santa Elena. Su legado permanece entre los pliegues de la historia diplomática y académica del Perú, como testimonio de una vida guiada por el conocimiento, el servicio y la dignidad.

Raúl Porras Barrenechea manifestó en su homenaje: "Se ha ido un gran amigo de la cultura y de los periodistas, maestro, escritor, distinguido diplomático sirviendo brillantemente en Chile y España, donde ha dejado huella grata y perdurable, y Pdte. de la ANEA, añadiendo que, desde sus mocedades Pedro Yrigoyen Díez Canseco había sentido la inquietud por las letras, destacándose en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos por sus valiosos estudios sobre Sociología Peruana y Derecho, siendo de los primeros en ocuparse del problema indígena y de escribir un ensayo relativo a la civilización incaica cuando no era moda ocuparse del indio ni de las culturas aborígenes de su país. Destacó que la mejor obra sobre: "La Alianza del Perú-Bolivia-Argentina y la declaración de guerra con Chile" se debía a su pluma. En ella –dijo- hay datos preciosos tomados de documentos de primera mano, y es un libro que permite darse cuenta cabal de los acontecimientos que precedieron a la Guerra del Pacífico".



Pedro Yrigoyen Diez Canseco. En el año 1910 cuando el Perú estuvo al borde de una guerra con el Ecuador, en el marco del conflicto limítrofe entre ambos países, a raíz del inminente fallo arbitral del Rey de España el Dr. Yrigoyen, cuando recién contaba con 24 años de edad, fue también de los que se enrolo en las filas del ejercito y estuvo en la frontera, sobre la línea limítrofe, en calidad de Alférez de Reserva de la primera avanzada.

Carlos y Sofía el dia de su matrimonio en Lima, el 26 de diciembre 1937

IV. EL MATRIMONIO SALAZAR Y BELAUNDE

Sofía Belaunde Yrigoyen, a quien todos conocíamos cariñosamente como Muti, se casó con su primo Carlos Salazar Romero. De ese matrimonio nacieron diez hijos, y más tarde una colorida descendencia de nietos y bisnietos que darían forma a una familia extensa, diversa y luminosa. Muti era mucho más que una madre o abuela: era el corazón palpitante de todos nosotros. Su casa no era solo una morada —era el eje emocional, el refugio y el punto de encuentro, el lugar donde siempre estaba encendida la luz de la acogida. Allí, en su habitación, seguía latiendo el alma de la familia.

Con ternura infinita, Muti supo transmitirnos los recuerdos que ella guardaba como tesoros: nos hablaba del Mariscal Ramón Castilla como si aún caminara por los corredores de la historia; de Mamá Panchita, con la calidez de una abuela que nunca se va del todo; y de aquella enorme casona virreinal de la calle El Mascarón, donde transcurrieron su niñez y juventud, bajo el cuidado amoroso de sus tíos, hermanos de su madre.

Carlos, su esposo, murió joven, y los nietos no llegamos a conocerlo. Pero Muti nos enseñó a quererlo y respetarlo como el patriarca que fue, hablándonos de él con un cariño que lo mantenía presente, como si su figura aún habitara los rincones de la casa y de nuestros corazones.

Muti no solo preservó la memoria: ***la convirtió en herencia viva***, en tradición compartida, en historias contadas una y otra vez hasta que se convirtieron en parte de nuestra identidad. Fue la tejedora de un linaje que se sabía fuerte, unido y orgulloso de su historia. En ella, y por ella, todos aprendimos el valor de la familia.

Carlos y Sofía el dia de su matrimonio en Lima, el 26 de diciembre 1937

Carlos Antonio Salazar Salcedo. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

Carlos Felipe Salazar Romero a los 3 años de edad. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

Carlos Felipe y su hermano Luis Salazar Romero. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

4.1. CARLOS FELIPE SALAZAR ROMERO

NOMBRE	Carlos Felipe Salazar Romero.
FECHA DE NACIMIENTO	Lima, el 20 de noviembre de 1912.
FECHA DE FALLECIMIENTO	Lima, el 20 de junio de 1970. A los 57 años
PADRES	Carlos Antonio Salazar Salcedo (1865) y Manuela María Isabel Romero Paz
HERMANOS	Carlos Felipe Salazar Romero
	Luis Salazar Romero
FECHA DE MATRIMONIO	Lima, 26 de diciembre 1937.
CONYUGE	Sofía Belaunde Yrigoyen.
HIJOS	
	1. Ana María Salazar Belaunde
	2. Isabel Salazar Belaunde
	3.Carlos Salazar Belaunde (1942- 1970). Casado con Teresa Labarthe Feijóo.
	4. José Andrés Salazar Belaunde (Nino). Casado con Martha Pinto.
	5. Pedro Salazar Belaunde casado con María Delia Hughes Thiessen
	6. Sofía Salazar Belaunde (Paloma). Casada con José Pizarro Cruzado
	7. María del Carmen Salazar Belaúnde (Mari). Casada con Richard Plenge Espinoza.
	8. Felipe Salazar Belaúnde. Casado con Gilma Shuler.
	9.José María Salazar Belaunde (Chacho). Casado con Margot Elizabeth Carbonel Aguilar.
	10. Pablo Salazar Belaunde. Casado con María Angélica García Maraví.

Carlos Felipe Salazar Romero es el niño sentado a la izquierda y su hermano Luis Salazar Romero es el niño sentado en el extremo derecho, junto a su madre y sus tías Romero. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

Carlos Salazar Romero nació en el seno de una familia de origen chiclayano dedicada a la agricultura. Desde muy joven, se integró con naturalidad al trabajo del campo, ayudando a sus padres en las labores de la hacienda. La familia migró hacia el sur del país, arrendando tierras en la histórica hacienda Tambo Real, enclavada en las fértiles tierras cercanas a Chimbote.

Tambo Real no era un lugar cualquiera. Ya desde tiempos preincaicos, había sido un núcleo cultural y económico, centro de intercambio entre mochicas y chimúes, y más tarde, un punto estratégico en el imperio incaico, donde se levantó un gran tambo, almacén de provisiones que persistió hasta los primeros años de la conquista española. Durante la época republicana, Tambo Real se consolidó como una de las grandes haciendas del norte peruano, epicentro de exportación de azúcar, algodón, alcohol y otros derivados agrícolas. Su importancia fue tal, que contribuyó a que el gobierno central elevara a Chimbote a la categoría de Puerto Mayor.

Fue en esas tierras donde el padre de Carlos falleció poco después de la mudanza. Su madre, decidida y valiente, continuó trabajando en la agricultura, y con el tiempo conoció a don Nicolás Garatea, administrador de la hacienda. Hombre viudo y de buen corazón, acabó uniéndose a ella en matrimonio, formando un nuevo hogar.

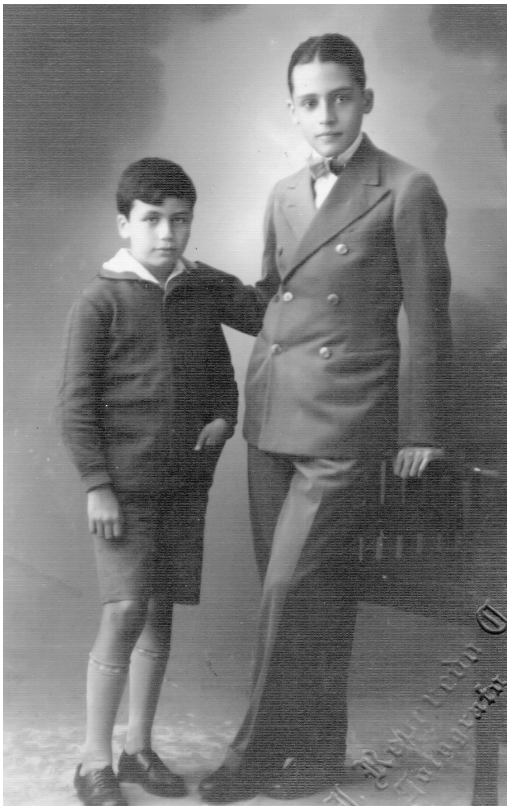
Carlos, aún niño, fue enviado a Lima al cuidado de Evangelina Torres Paz, prima de su madre y directora de un colegio frente al Parque Universitario. Allí comenzó su formación académica en el Colegio de la Inmaculada, dirigido por la Compañía de Jesús, institución con hondas raíces en la historia educativa del Perú. En aquellos años, el colegio funcionaba en su sede de la avenida La Colmena, donde también se iniciaba la construcción del templo dedicado a Santo Toribio de Mogrovejo.

La educación jesuita dejó una huella indeleble en Carlos: el rigor, la disciplina, el compromiso moral. El colegio ofrecía nueve años de estudios, divididos entre ínfima, preparatorias y secundaria, además de actividades religiosas, científicas y deportivas. Participó en las celebraciones de San Luis Gonzaga, y presenció los inicios de agrupaciones como la Legión Berchmans, predecesora del grupo scout del colegio.

Finalizados sus estudios escolares, Carlos ingresó a la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde estudió Educación y Derecho. Pero fue la enseñanza la que terminó por ganarse su vocación. Carlos Salazar Romero dedicó su vida a la investigación pedagógica, lamentando siempre la falta de una doctrina educativa sólida y una verdadera pasión pedagógica en el país. Su compromiso con la educación trascendía lo académico: era una cruzada espiritual, una misión profundamente humana.

En el año de 1941, publica un libro sobre Educación, cuyo titulo es: ‘‘La Escuela Secundaria adecuada a la realidad del Perú’’. (Lima, 1941).

Ya casado y habiendo culminado estudios de posgrado en los Estados Unidos, Carlos regresó al Perú con una clara intención: reencontrarse con sus raíces y ofrecer a su madre y padrastro la dicha de convivir con sus nietos. Así se instaló en Chimbote, ciudad que en ese entonces comenzaba a vislumbrar su expansión, aún marcada por sus ritmos provincianos y su identidad costera.



Carlos Felipe y su hermano Luis Salazar Romero. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

Carlos Antonio Salazar Salcedo (1865) y Manuela María Isabel Romero Paz, padres de Carlos. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

Carlos Felipe Salazar, Sofía Belaunde y la tía Eugenia Romero y la tía Clementina Romero que lleva en brazos a Ana María, mas abajo la prima Eva Curiel Romero, que era hija de Eugenia Romero. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

Fue en ese entorno donde, con una visión adelantada a su tiempo, **Carlos fundó el Colegio Particular San Pedro el 22 de abril de 1942**, hito que marcó el inicio formal de la **educación secundaria en la ciudad**. La fecha quedó inscrita en la historia local: el **23 de abril de 1942** comenzó oficialmente una nueva era para la juventud chimbotana. Años más tarde, en **1947**, el colegio pasó a ser una institución nacional, abriendo sus puertas a más generaciones de estudiantes sedientos de futuro.

Su trayectoria no se detuvo allí. En reconocimiento a su compromiso con la enseñanza, fue designado **Director de Educación Secundaria del Ministerio de Educación Pública entre 1956 y 1957**, durante el primer gobierno del presidente Manuel Prado Ugarteche, y bajo el liderazgo intelectual del ministro **Jorge Basadre**. Posteriormente, entre 1961 y 1962, presidió la **Comisión de Reforma de la Educación Secundaria**, donde dejó plasmadas muchas de sus convicciones más profundas.

Carlos Felipe Salazar con su madre doña Manuela María Isabel Romero Paz que lleva en brazos a Ana María. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

Carlos era un firme creyente en la idea de que **no puede haber progreso social sin educación colectiva**. Para él, **educar no era solo una función escolar, sino un deber patriótico**. ''Las autoridades deben educar al pueblo'', solía decir, ''educar al vecindario dándole oportunidades de asistir a actividades de orden cultural... porque esa es la mejor manera de honrar a la patria: elevando al pueblo hacia los valores del espíritu''.

Su legado, más allá de las aulas y de los cargos públicos, fue el de un **maestro de convicciones profundas**, un hombre que comprendió que enseñar era formar almas, abrir mentes, construir nación.

El Dr. Carlos Salazar Romero no solo fue educador, gestor y fundador. Fue también un **pensador inquieto**, un hombre que no se conformaba con repetir fórmulas impuestas desde fuera, ni acatar sistemas pedagógicos ajenos a la realidad del Perú. **"No podemos estructurar una auténtica y sólida pedagogía peruana sin partir de nuestra idiosincrasia y realidad nacional"**, afirmaba con pasión. Se quejaba con vehemencia de la a**usencia de una doctrina pedagógica propia**, bien anclada en nuestra historia, en nuestras costumbres, en la compleja diversidad del país.

Para él, el camino debía comenzar con una **investigación profunda sobre la evolución de las ideas pedagógicas en el Perú**. Solo así, decía, se podría alcanzar una comprensión tan amplia e integral, que impidiera la imposición de dogmas o fórmulas externas impuestas desde arriba —por modas políticas o por el desborde de una autoridad de turno. Su pensamiento era claro: **la educación debía emanar de la cultura, no del capricho**.

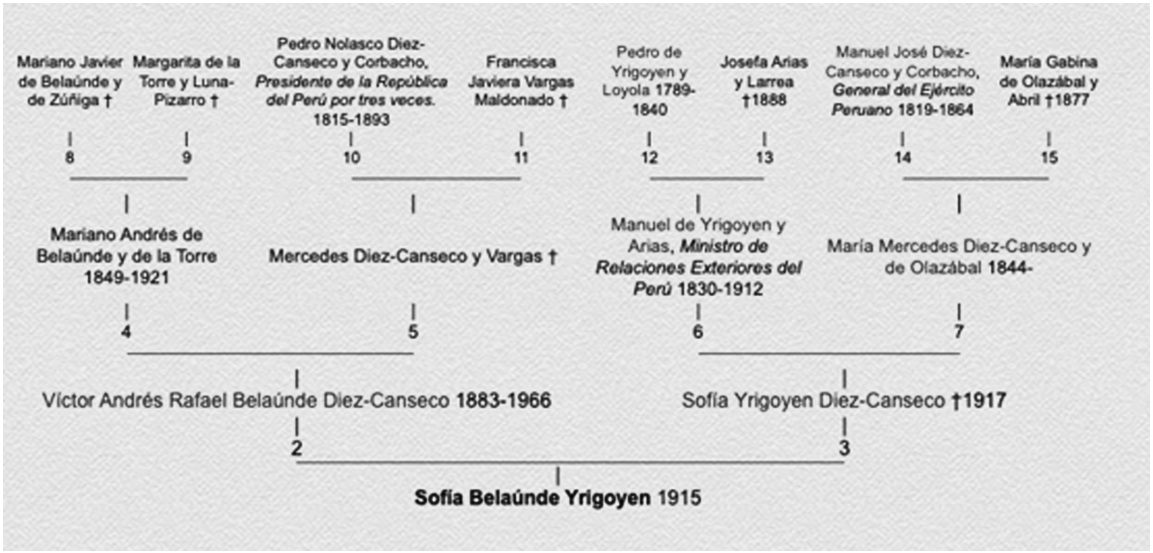
Y esa convicción lo llevó a fundar el **Colegio Particular San Pedro**. Quería abrir las puertas del conocimiento a todos los jóvenes de Chimbote, **no solo a los hijos de familias con recursos que podían enviarlos a estudiar a Caraz, Trujillo o Lima,** sino también a aquellos que, hasta entonces, no tenían otra opción que renunciar a sus estudios por falta de oportunidades. Su obra fue un acto de justicia social, una apuesta por el futuro desde el aula.

Sin embargo, la vida le fue breve. Un aneurisma en la aorta abdominal, repentino e implacable, lo llevó a los **57 años de edad**. Fue operado en la Clínica Americana, pero no sobrevivió. **Sus restos descansan hoy en el Cementerio de La Planicie**, bajo el cuidado espiritual de los Padres Redentoristas.

Carlos Salazar Romero partió demasiado pronto, pero dejó sembrada una vocación: **la de educar para transformar**. Su herencia es un colegio, sí, pero también una idea: que el Perú debe pensar su pedagogía desde adentro, desde su propia alma.

Sofía Belaunde con su vestido de novia. En Lima el 26 de diciembre 1937. Fotografía propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

4.2. SOFÍA BELAUNDE YRIGOYEN



Fotografías del árbol genealógico de Sofía Belaunde Yrigoyen. Autor de este árbol Francisco Javier Carbone Montes. [8]

NOMBRE	Sofía Belaunde Yrigoyen.
FECHA DE NACIMIENTO	Lima, 4 de diciembre de 1915.
FECHA DE FALLECIMIENTO	Lima, 18 de agosto del 2023.
PADRES	Víctor Andrés Belaunde Diez Canseco (1883-1966) y Sofía Yrigoyen Diez Canseco (. -1917)
HERMANOS	**1.** Sofía Belaunde Yrigoyen.
	2. Mercedes Belaúnde Yrigoyen (1912-1922), casada con Domingo García Rada, *Abogado de Lima*
FECHA DE MATRIMONIO	Lima, 26 de diciembre de 1937
CONYUGE	Carlos Salazar Romero.
HIJOS	
	1. Ana María Salazar Belaunde
	2. Isabel Salazar Belaunde
	3.Carlos Salazar Belaunde (1942- 1970). Casado con Teresa Labarthe Feijóo.
	4. José Andrés Salazar Belaunde (Nino). Casado con Martha Pinto.
	5. Pedro Salazar Belaunde casado con María Delia Hughes Thiessen
	6. Sofía Salazar Belaunde (Paloma). Casada con José Pizarro Cruzado
	7. María del Carmen Salazar Belaúnde (Mari). Casada con Richard Plenge Espinoza.
	8. Felipe Salazar Belaúnde. Casado con Gilma Shuler.
	9.José María Salazar Belaunde (Chacho). Casado con Margot Elizabeth Carbonel Aguilar.
	10. Pablo Salazar Belaunde casado con María Angélica García Maraví.

[8] Extraido de la web el 19.08.24:
https://gw.geneanet.org/fracarbo?lang=es&n=castilla+y+marquesado&p=ramon

Sofía Belaunde Yrigoyen de tres años de edad.

Primogénita de Sofía Yrigoyen y de Víctor Andrés Belaúnde, Sofía quedó huérfana de madre a los dos años. Fue entonces acogida con inmenso cariño por su tía María Yrigoyen Diez-Canseco, a quien llamaría siempre, con ternura entrañable, "mi nenita". En aquella casa de la calle Mascarón —testigo silencioso de generaciones— Sofía compartió su infancia con su abuela María Mercedes Diez-Canseco y sus tíos. Rodeada de afecto y bajo el resguardo de un entorno que respiraba historia y valores, vivió los años más formativos de su niñez.

Allí creció, entre muebles antiguos, voces suaves y una devoción familiar que la forjó. De su tía María heredó más que cuidados: aprendió el amor por las historias, por las tradiciones, por el arte que da sentido a la vida. Aquella casa no era solo un refugio; era un santuario de memoria donde se tejía cada día la identidad familiar.

Su padre, Víctor Andrés Belaunde, por razones políticas debió exiliarse, y durante una temporada vivió en Francia. Mientras tanto, Sofía —a quien cariñosamente llamaban "Muti"— echaba raíces firmes, aun en medio de las ausencias. Desde muy niña se sintió parte de una historia que la excedía, que venía de lejos, pero que ella sabría sostener.

Vivió 106 años, con una lucidez admirable y un temple digno de su estirpe. En sus últimos años, los jueves eran sagrados: almuerzos familiares donde se reunían hijos, nietos y bisnietos alrededor de su mesa, bajo su mirada amorosa. Muti escuchaba, asentía, sonreía. Ana María evocaba pasajes del pasado y Muti los confirmaba con una memoria de precisión afectiva. Allí, entre risas, lágrimas y anécdotas, se reconstruía cada semana el hilo invisible de nuestra historia.

Era una mujer de carácter férreo, católica hasta los tuétanos, firme defensora de la familia como el núcleo esencial de la vida. Su esposo, Carlos Salazar Romero —educador de vocación y alma bondadosa— falleció joven, a los 57 años. Una vez, cuando le pregunté a Muti cómo lo había conocido, me habló de una fiesta en Ancón, cuando ella tenía apenas veinte años y asistía acompañada de una chaperona. De la amistad surgió el amor, y a los veintidós años, el 26 de diciembre de 1937, se casaron en la Iglesia de la Inmaculada, en la avenida Nicolás de Piérola —entonces llamada La Colmena—, en el corazón del Cercado de Lima. Hoy, ese templo se llama Parroquia de Santo Toribio de Mogrovejo.

Después del matrimonio, viajaron un mes a Chile. Al regresar, se instalaron en el Pasaje Sucre, en Miraflores, donde comenzarían a construir su propia historia familiar. De su unión nacieron diez hijos, y más tarde una extensa y luminosa descendencia de nietos y bisnietos.

Muti era nuestro centro de gravedad. Su casa no era simplemente un hogar: era el punto de retorno, el lugar donde todo encontraba sentido. En su habitación seguía latiendo el corazón de la familia.

De niña conoció y convivió con su abuela materna, doña María Mercedes

En el matrimonio de Sofía Belaunde y Carlos Salazar, a la derecha Víctor Andrés Belaunde. En Lima el 26 de diciembre 1937. Esta fotografía es propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

Diez-Canseco Olazábal de Yrigoyen, quien falleció cuando Sofía tenía apenas ocho años, en 1923. Escuchó de sus labios historias fascinantes de "mamá Panchita" y del mariscal Castilla, así como relatos de la estancia europea que su abuela vivió entre 1861 y 1869. Uno de sus recuerdos más vívidos era el nacimiento de madera, grande y detallado, que fuera de mamá Panchita. Cada Navidad lo armaban con alegría y devoción; más tarde ella lo heredaría, junto con muebles y reliquias familiares, como heredan las guardianas silenciosas de una estirpe.

Una vida en tránsito: Sofía entre Chimbote y el corazón familiar

Un año y algunos meses después de su boda, en 1939, nació Ana María, su primera hija. La alegría del nacimiento trajo consigo nuevos horizontes: ese mismo año, Sofía, junto a su esposo Carlos y su hija recién nacida, emprendió viaje a Miami. Allí, Carlos Salazar Romero fue convocado para enseñar en la Universidad de Miami, y la joven familia se instaló en aquella ciudad luminosa y moderna. En agosto de 1940, en tierras estadounidenses, nació su segunda hija, Isabel.

Poco después, en 1941, regresaron al Perú y decidieron establecerse en Chimbote, junto a la familia Salazar. Aquella ciudad costera, por entonces aún en crecimiento, sería testigo de un capítulo vital en sus vidas. Allí, Sofía se volcó a la dirección de la Acción Católica, mientras su esposo fundaba el Colegio San Pedro, una institución que abriría puertas a generaciones de jóvenes chimbotanos. Fue en esa tierra de sol y puerto donde nació su tercer hijo, Carlos.

En 1948, se graduó la primera promoción del Colegio San Pedro. Ese mismo año, la Universidad Católica del Perú ofreció a Carlos la dirección de su Facultad de Educación. La familia entonces regresó a Lima, cerrando un ciclo en Chimbote que había dejado huella en sus vidas y en la comunidad.

Sofía, desde la infancia, había sido criada por su tía materna María Yrigoyen Diez-Canseco —su querida Nenita—, tras la temprana muerte de su madre. Doña María vivió durante muchos años en la casa de la calle Mascarón, en el Centro Histórico de Lima. Aquella casona, cargada de historia y memorias, fue expropiada por el gobierno en 1948 para permitir la ampliación de la avenida Abancay.

La avenida Abancay, eje vital de la capital, traza su curso de norte a sur a través de once cuadras, desde el puente Ricardo Palma —donde el río Rímac besa la ciudad— hasta la avenida Miguel Grau. Es una arteria que cruza el corazón del antiguo Damero de Pizarro, y que más allá continúa como la avenida Manco Cápac, adentrándose en el distrito de La Victoria. Aquella ampliación forzó el desalojo de muchas familias, entre ellas, la de doña María.

Junto a su hermana Margarita, doña María se trasladó entonces a una casa en la avenida Pardo, en el distrito de Miraflores. Allí vivió hasta su fallecimiento en 1950. La noticia llegó mientras Sofía se hallaba nuevamente en Estados Unidos. No pudo despedirse de su Nenita, la mujer que había sido madre, refugio y memoria viviente de una estirpe.

La primera hija Ana María Salazar Belaunde. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

María Yrigoyen Diez-Canseco (a la izquierda), la nenita como la llamaba Sofía, lleva en brazos a Carlos. Sofía que lleva en su falda a Isabel y Carlos que lleva a Ana María. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar Belaunde

Ana María, doña María Yrigoyen Diez Canseco e Isabel. El día de su primera Comunión. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

Raíces, legados y un nombre entrañable

Al regresar a Lima, Sofía encontró que su tía Margarita Yrigoyen Diez-Canseco —la entrañable Nenita— se había mudado a vivir con su hermana Mercedes, a quien todos llamaban Mecha. Mercedes estaba casada con Domingo Demetrio García Rada, un ilustre magistrado y jurista peruano, presidente de la Corte Suprema (1967-1968) y del Jurado Nacional de Elecciones (1980-1985).

En ese nuevo hogar, rodeada de cariño, Sofía recibió de Mercedes y Mecha muchos de los recuerdos materiales que la Nenita había atesorado, herencias de su madre y de su tía abuela, la recordada mamá Panchita. Con amor y esmero, esos objetos hablaban de un tiempo pasado, de una memoria que se resistía a desvanecerse. La tía Margarita, siempre tierna, vivió hasta los 97 años, y en sus últimos días estuvo acompañada por su sobrina Sofía y sus sobrinos nietos, en una casa donde la vida seguía vibrando al ritmo de los afectos.

En 1966, la familia sufrió una pérdida honda: el 14 de diciembre, en Nueva York, falleció Víctor Andrés Belaúnde, un día antes de cumplir 83 años. Para entonces, doña Sofía tenía 51. Recordaba con ternura las veladas familiares, las conversaciones iluminadas por la agudeza y dulzura de su padre. Era un hombre afectuoso, gran conversador, de esos cuya presencia envolvía y dejaba huella.

Cinco años más tarde, en 1971, la muerte volvió a tocar su puerta. Carlos Salazar Romero, su amado esposo, falleció a los 57 años. La pérdida fue devastadora. Viuda y madre de diez hijos, Sofía enfrentó con entereza el peso de su nueva realidad. Decidió entonces mudarse a una casa que había mandado construir en la urbanización Córpac, en San Isidro, sobre un terreno heredado de su padre.

Con determinación inquebrantable, emprendió otro viaje. Esta vez, hacia Miami, para que sus hijos José María y Pablo pudieran cursar estudios universitarios en Estados Unidos. Una vez más, la vida le exigía fortaleza. Y ella respondía con amor.

Fue en esa etapa que decidió cómo deseaba ser llamada por sus nietos. No abuela, ni "mamá mamá". Eligió un nombre distinto, dulce y afectivo: Muti, derivado de la palabra alemana "Mami". Desde entonces, así la llamarían todos. Y así la recordamos: Muti, centro de la familia, refugio de todos.

Profund1amente religiosa, tenía una devoción especial al **Señor de la Caña**. Ante cada temblor, lo invocaba con fervor. En su casa se conservaba un cuadro de esta imagen, obra de la Escuela Cusqueña, con un marco antiguo de estilo europeo que había llegado al Perú con sus abuelos desde Europa. Representaba a Jesús en el momento en que Pilatos, tras interrogarlo, lo presenta al pueblo diciendo Ecce Homo —"He aquí el hombre"—. Se dice que Pilatos buscaba una chispa de compasión entre los presentes, pero solo halló burla y desprecio.

Ese cuadro, símbolo de fe y herencia, fue regalado por Muti en vida a su hijo José María, y él, a su vez, lo obsequió a su sobrina Vanesa Sofía Salazar Labarthe. Así, la memoria familiar

Isabel (a la izquierda), Mary, José Andrés, Carlos, Pedro, Paloma, Ana María (sentada en el extremo derecho), doña Sofía, don Víctor Andrés Belaunde, don Carlos, José María (abajo a la izquierda), Felipe y Pablo (abajo a la derecha).

encontró una nueva guardiana.

Una vida centenaria, un legado eterno

Entre los objetos más preciados que atesoraba Sofía se encontraba un nacimiento navideño de madera, herencia del matrimonio Castilla y Diez-Canseco. No era un nacimiento común: este agrupaba múltiples escenas de la vida de Jesús, y como los antiguos nacimientos virreinales, se caracterizaba por la desproporción, resaltando al Niño con una intención simbólica, reverente. Aquella pieza, antigua y delicada, era también testimonio del fervor y la estética espiritual de otra época.

Sofía vivió sus últimos cuarenta años en la casa de la calle Ricardo Angulo, en la urbanización Córpac, donde el tiempo se volvió cómplice de una larga existencia marcada por el amor familiar. Al cumplir los cien años, se organizó una gran celebración: siete de sus hijos estuvieron presentes; Carlos ya había partido, Isabel vivía en Australia, y José Andrés —Nino— no pudo viajar desde Estados Unidos. Sin embargo, más de cien personas se reunieron en su casa: hijos, nueras, yernos, nietos y bisnietos, formando un retrato vivo de su legado.

Cada jueves, las puertas de su casa se abrían con la calidez de siempre. Invitaba a almorzar a quienes pudieran venir, y tras los manjares preparados por Mary —una leal cocinera que la acompañó por décadas—, se daba paso a la sobremesa, ese ritual de memoria donde las anécdotas y risas se tejían como los hilos invisibles que unen a una familia.

El 18 de agosto de 2023, Muti emprendió su último viaje, a tan solo tres meses de cumplir 107 años. Su partida, serena como su espíritu, dio paso al nacimiento de una nueva vida: su primera tataranieta, Almudena, llegó al mundo pocos días después, como una señal luminosa de continuidad.

Fue velada en su casa de San Isidro, entre recuerdos y oraciones, y sepultada junto a su amado Carlos en el cementerio de La Planicie, de los Padres Redentoristas. Allí descansan sus cuerpos, pero su historia sigue viva en cada descendiente, en cada gesto de amor que ella enseñó con el ejemplo.

Isabel Salazar Belaunde junto al Nacimiento de Castilla. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar.

Como parte de este legado, transcribimos a continuación las memorias de Doña Sofía Belaunde, escritas por ella en Miami, el 13 de mayo de 1992; desde su boda y luna de miel en Chile, su viaje a Estados Unidos con su joven familia, hasta su llegada a Chimbote, donde transcurrieron los primeros años junto a sus suegros. Son páginas íntimas de una vida que fue entrega, fe y fortaleza.

Entre amor, fe y destino compartido.

Nos casamos el 26 de diciembre de 1937, a las doce del día, en la Iglesia de la Inmaculada, en la avenida La Colmena —hoy Nicolás de Piérola—, en el corazón de Lima. En aquella época, lo usual era celebrar las bodas por la tarde, sin misa, pues solo se oficiaban por las mañanas. Pero nosotros deseábamos que nuestro matrimonio fuese bendecido con misa, así que aceptamos que se realizara temprano, aun cuando muchos decían que nadie asistiría a

Sofía y Carlos en la fachada de la casa en la calle el Mascaron. Fotografía que pertenece a Ana María Salazar Belaunde.

Carlos, Sofía y Ana María en la terraza de su casa en pasaje Sucre, en Miraflores. Fotografía que pertenece a Ana María Salazar Belaunde.

esa hora. Qué equivocados estaban: el primero en llegar fue nada menos que el Mariscal Oscar R. Benavides, presidente del Perú, junto a su esposa, doña Paquita de Benavides.

El reverendo padre Magañas, jesuita y confesor de Carlos, fue quien ofició la ceremonia. Yo entré tomada del brazo de papá, algo atrasada y visiblemente nerviosa. Al concluir la misa, salí tomada del brazo de Carlos —mi "Chino", como solía llamarlo entonces, un apodo nacido entre bromas del colegio. Luego de recibir las felicitaciones, fuimos al Colegio de León de Andrade, donde estudié, a dejar mi ramo a los pies de la Virgen. De ahí partimos a mi casa de Mascarón, donde compartimos un almuerzo íntimo con familiares y amigos muy queridos. Hubo torta, brindis y hasta sortija, que extrajo nuestra amiga Rochi Denegri, la primera de nosotras en casarse después de aquel día.

Tras la celebración, me cambié el vestido de novia y salimos apresurados: todos querían lanzarnos arroz y desearnos dicha. Escapamos entre risas rumbo a nuestro primer hogar, en el Pasaje Sucre N.º 171, en Miraflores. Al llegar, nos recibió un pequeño rincón cálido, preparado con esmero por las tías Romero: una cena deliciosa, velas encendidas, champán, y un mantel blanco con listas naranja —que conservo hasta hoy. Aquella noche fue de ensueño, como suspendida en el tiempo, envuelta en la emoción de ese primer encuentro que solo conocen los enamorados que se han guardado el uno para el otro. Años después, papá me contaría que así fue también su primera noche con mamá. Saberlo me hizo sentir tan cerca de ella, tan reconfortada por su amor ausente, que por un instante la sentí de nuevo a mi lado.

Miraflores me era especialmente querido, quizá porque allí viví uno de los años más

felices de mi infancia, en una casita frente a lo que hoy es el Parque Kennedy, junto a mis padres y la iglesia de la Milagrosa. Los días previos a nuestro viaje pasaron volando. El viernes ya estábamos embarcados rumbo a Valparaíso, en un vapor de la Compañía Chilena de Vapores que también hizo escala en Mollendo, donde pasamos unas horas. Me encantó Chile: sus bosques profundos, sus nevados, sus restaurantes llenos de sabores marinos —¡langostas deliciosas!— y sus fruterías con jugos exquisitos.

En Santiago nos encontramos con Elenita Aguirre, amiga entrañable de nuestros años en Washington, entonces ya recién casada con su antiguo enamorado, Federico Errazuriz. Juntos compartimos salidas, paseos y muchas alegrías. Su familia nos acogió con afecto sincero, y el cariño entre todos fue mutuo. Esa amistad perduró por muchos años: incluso, para el matrimonio de Mary —la séptima de mis hijas—, invitamos a una sobrina de Elenita que pasó unos días con nosotros.

La luna de miel duró un mes. Regresamos al Perú en otro vapor de la misma compañía, un buque moderno que hacía su primer viaje a Europa. Fue un trayecto placentero y curioso: nuestra compañera de mesa resultó ser la suegra del joven y reputado ginecólogo, el Dr. Rodrigo Franco. Habló de él con gran admiración, tanto por su habilidad médica como por su devoción religiosa —decía que jamás dejaba de comulgar los primeros viernes del mes. Aunque aún no sabía si estaba embarazada, pensé que, llegado el momento, él sería quien me atendería.

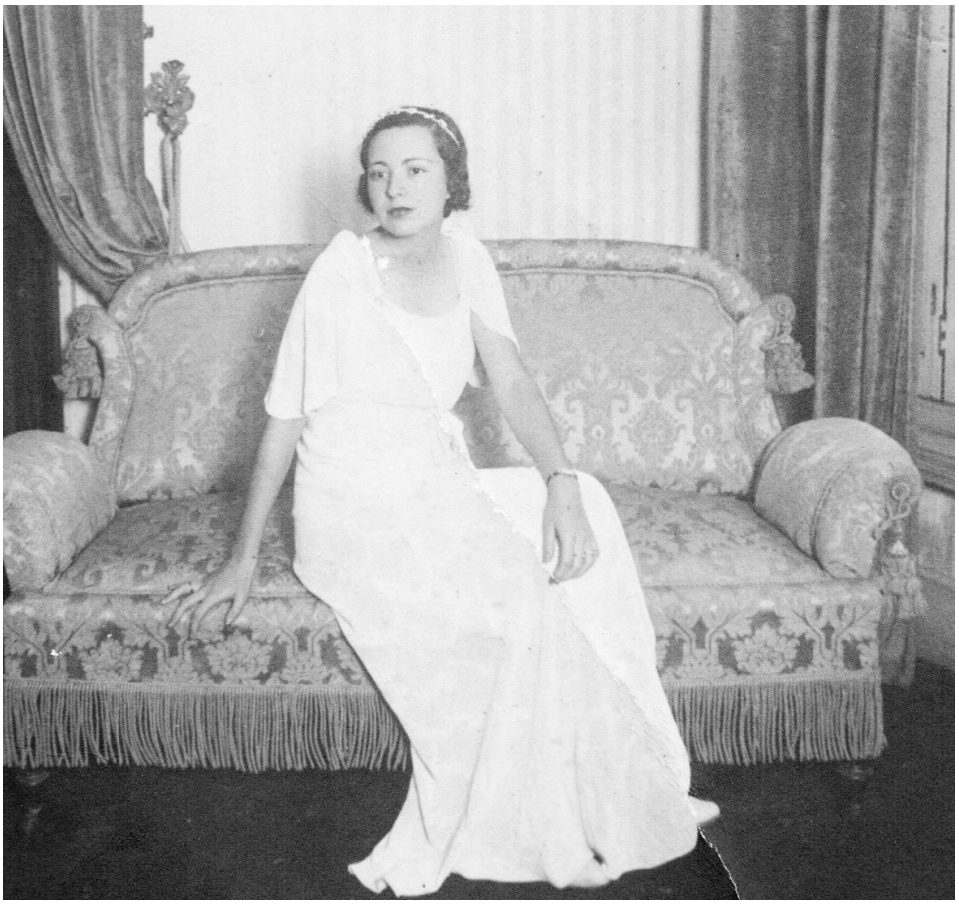
Y así fue: el 13 de marzo de 1939 nació Ana María, nuestra primera hija, en la Clínica de la Maternidad de Lima. Durante el embarazo me atendió el Dr. Franco, que aún no contaba con clínica propia. Pero en el parto fue la Dra. Blanca Risco —la obstetra de turno aquella noche— quien me recibió, y desde entonces se convirtió en una amiga entrañable.

Nuestro primer año de casados me parecía un juego encantado. Mi querida Nena me consiguió una cocinera jovencita, muy simpática, a quien vestí con un mandil verde perico que le sentaba de maravilla. Cocinaba delicioso y sabía hacer picarones. Nuestra terraza era amplia, ideal para los fines de semana, cuando organizábamos piqueos al estilo chiclayano, reuniendo a veces a la familia de Carlos, otras a la mía, y otras a nuestros amigos.

Seis meses después de casarnos, quedé embarazada. Comenzaba a impacientarme por la espera, pero al primer indicio fuimos, con mi suegra, al consultorio del Dr. Franco. Qué felicidad al confirmar la noticia: por fin iba a ser mamá. Desde niña sentí un amor profundo por la maternidad. Mis muñecas eran mis hijas, y sus "pérdidas" me desgarraban como si fueran reales. Recuerdo cómo lloré cuando mi querida Mimí se cayó al patio y su carita de biscuit se hizo trizas. De niña organizaba lonchecitos para los hijos del pulpero de la esquina, y una vez me regalaron una niña de la hacienda para cuidarla, Nana, a quien bañaba, vestía y amaba como a una hija. Me partió el corazón cuando se la llevaron, aunque me consolaba pensando que algún día tendría mis propios hijos.

Comenzamos con entusiasmo los preparativos para la llegada del bebé. Nuestros vecinos, Raúl y Yolanda Ferrero, también recién casados, esperaban a su primera hija, Yolandita, nacida tres meses antes que Ana María. Yo, ilusionada, preparé el moisés celeste, creyendo que vendría un varoncito —además, el celeste era mi color favorito.

Ana María fue recibida con inmensa alegría. Era la primera nieta de ambas familias. Mi



Sofía Belaunde Yrigoyen en la casa de la calle Mascarón. Fotografía que pertenece a Ana María Salazar Belaunde.

suegra, doña Isabel, que solo había tenido hijos varones, se ilusionaba con criarla ella. Solo la idea me hacía llorar, pero Carlos me aseguró que eso jamás sucedería, y así fue. El bautizo se celebró antes de los ocho días en la iglesia de la Medalla Milagrosa. No asistí por seguir la costumbre familiar de guardar veinte días de reposo. Mi papá y mi suegra fueron los padrinos. Después tuvimos un tecito familiar en casa y filmamos una pequeña película. Mi padre le regaló una medalla preciosa y un coche hermoso que, con pesar, tuvimos que vender más adelante.

Nuestra vida en el Pasaje Sucre era sencilla y feliz. Los domingos almorzábamos con las tías Romero y por las noches visitábamos a mi hermana Mecha en Mascarón. Miraflores nos ofrecía todo: el mercado de la calle Esperanza quedaba cerca, la leche costaba apenas S/0.40 el litro, y el lomo, S/0.20. Todo era más simple.

Carlos enseñaba en los colegios Guadalupe y Alfonso Ugarte. Vivíamos rodeados de cariño y amistades. Cuando nació Anita, me dediqué enteramente a cuidarla. No podía imaginar cómo algunas madres lograban criar varios hijos... y sin embargo, el tiempo me demostró que podía hacerlo: Dios nos bendijo con diez hijos —cuatro mujeres y seis varones—, verdaderos regalos del cielo que llegaron acompañados de su gracia y protección constante.

El Corazón de Jesús y la Virgen del Perpetuo Socorro caminaron siempre a nuestro lado. Su presencia nos sostuvo, especialmente tras la partida de Carlos, cuando sentí su

consuelo aún más fuerte. Desde aquel "sí" que nos dimos al pie del altar, nuestra vida estuvo sellada por la fe, y esa fe nos llevó a lograr cosas que parecían imposibles.

Incluso nuestro viaje a Estados Unidos nació de una injusticia: a Carlos le retiraron sus horas en el Guadalupe, quizás por razones políticas. Lo que parecía una pérdida, fue en realidad una puerta. Y así seguimos, siempre adelante, tomados de la mano, con la certeza de que el amor y la fe pueden más que cualquier obstáculo.

"Con una niña en brazos y el corazón en alto"

Apenado llegó Carlos a casa con la noticia. Creo que era un primer viernes —cómo olvidar aquel día—, y yo lo sentí como una señal divina, un susurro del cielo que nos indicaba que debíamos buscar nuevos horizontes. Carlos también lo comprendió así. Empezar una vida profesional en Lima, recién egresado de la universidad, era un desafío que rozaba lo imposible. Y emprender ese viaje con una bebé en brazos, a quien todos adoraban con ternura desbordante, fue casi un milagro.

Mi pobre Nenita —aquella tía hermana de mi madre que me crió como una segunda madre— aceptó la noticia con la cristiana resignación que la caracterizaba. Hoy, con la distancia de los años, apenas puedo imaginar la pena profunda que debió sentir. A doña Isabel, en cambio, la convencimos apelando a una media verdad: que Carlos, tras haber padecido una pleuresía en su juventud, necesitaba un clima seco para cuidar su salud. Y así, entre razones y ruegos, ambas familias cedieron.

Nos preparamos con fe y determinación. Iniciamos una novena al Sagrado Corazón de Jesús y otra a la Virgen del Perpetuo Socorro. Uno a uno, los obstáculos comenzaron a desvanecerse. Alquilamos el departamento amueblado del Pasaje Sucre a un secretario de la embajada de Chile. Conseguimos pasajes a buen precio —intervino don Nicolás, mi suegro, gracias a sus contactos en la Compañía Chilena de Vapores—. Incluso Victoria, el ama de casa que cuidaba a la niña desde su nacimiento, aceptó acompañarnos a Miami. Eran tiempos distintos: trámites, pasaportes, visas... todo fluía con una facilidad que hoy parece irreal.

Vendimos lo necesario, incluidas las cosas de Ana María que no podíamos llevar. Teresa, la esposa de papá, nos ayudó escribiéndole a Alberta Loch, antigua secretaria de él, para que nos recibiera en Miami. Y así, en agosto de 1939, dejamos el puerto del Callao rumbo a La Habana. En Lima, nuestras familias quedaron tristes, como nosotros. Pero sabíamos que era una decisión crucial para nuestro porvenir.

El viaje en barco fue encantador. Aunque pequeño, comparado con los grandes vapores italianos o ingleses, el servicio era cálido y esmerado. Íbamos en primera clase, y yo, completamente volcada en Anita, disfrutaba con Carlos de aquella travesía que parecía un sueño. Cruzamos el Canal de Panamá, majestuoso y asombroso, especialmente para Carlos, que lo veía por primera vez. Los atardeceres sobre el mar pintaban paisajes irrepetibles: dorados y rosas que nos dejaban sin aliento.

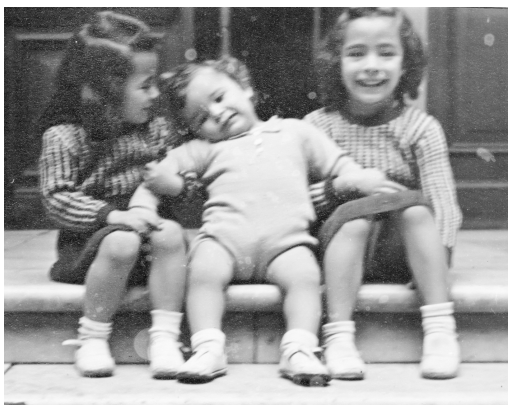
Poco antes de arribar a La Habana, nos alcanzó una noticia inquietante: Europa estaba en guerra. Había estallado la Segunda Guerra Mundial. Un estremecimiento recorrió el barco, pero nosotros agradecimos a Dios estar cerca de nuestro destino. Carlos, fascinado con La Habana, hubiera querido quedarse unos días más, pero yo, con el presentimiento de madre y

Isabel a quien le llamaban desde muy pequeña Chabuca. Fotografía que pertenece a Ana María Salazar Belaunde.

Ana María. Fotografía que pertenece a Ana María Salazar Belaunde

Ana María y Isabel. Fotografía que pertenece a Ana María Salazar Belaunde

El dia de su Primera Comunión



Isabel, Carlos y Ana María. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar

Ana María en Chimbote. Fotografía de propiedad de Ana María Salazar

Sofía y Ana María. Fotografía que pertenece a Ana María Salazar Belaunde.

mujer, prefería seguir hacia Miami cuanto antes. Ocho días después, partimos de noche y amanecimos en nuestra nueva ciudad.

Allí nos esperaba Alberta, fiel a su promesa, con su automóvil. Nos llevó directamente a las oficinas de la Universidad de Miami, que en ese entonces se ubicaban en San Sebastián, Coral Gables. En la oficina del Dr. Ash, secretario de la universidad —a quien papá había escrito encargándonos a su "protección"— me atreví a decir, sin consultar siquiera a Carlos, que mi esposo, abogado y profesor, deseaba trabajar allí. Carlos, que no hablaba inglés aún, se quedó mudo. Y fue lo mejor. Su timidez no le hubiera permitido pedir lo que yo, con atrevida fe, proponía.

Y así, por la generosidad del Dr. Ash y el cariño que profesaba a papá, nos dieron una oportunidad. El Dr. Pierson —así se llamaba— fue un verdadero ángel. Nos ofrecieron alojamiento en el edificio de San Sebastián, en el segundo piso, reservado para profesores y sus esposas. Recuerdo que el tercer piso albergaba a las alumnas.

Nos instalamos rápidamente con la bebé y Victoria. Nos parecía increíble haber conseguido un lugar tan bonito en tan poco tiempo. Pero la alegría duró poco. Al día siguiente, Alberta nos trajo la triste noticia: no podíamos quedarnos allí porque Victoria era una mujer de color, y en la Florida de entonces la discriminación racial era dolorosamente fuerte.

A la mañana siguiente, unos jóvenes estudiantes llegaron temprano, casi sin hablarnos. En un abrir y cerrar de ojos empacaron nuestras cosas, las subieron al auto y nos trasladaron a una casita encantadora, como si todo estuviera planeado en un acto de magia urgente y silenciosa. Alberta luego nos explicó que el Dr. Ash, apenado por la situación, había dispuesto ese nuevo alojamiento. Sería nuestra casa por el tiempo que durara nuestra estadía en Miami.

Pensábamos regresar en mayo de 1940, pero pronto descubriríamos que el destino nos tenía otros planes: yo estaba nuevamente embarazada.

Con el corazón en la maleta: un viaje de fe, amor y nostalgia

Con mucha pena dejamos Coral Gables. Habíamos pasado unos meses tan especiales, llenos de felicidad. Fue realmente un momento ideal en nuestras vidas, rodeados de buenos amigos que nos prodigaron atenciones y cariño, en nuestra linda casita, la que hasta hoy se conserva igual. La calle está más hermosa ahora, con los árboles más frondosos.

Partimos hacia Virginia, no sin antes encomendar, como siempre, nuestro nuevo viaje al Sagrado Corazón de Jesús. El calor era intenso, pero en una gasolinera nos ofrecieron una sandía helada que alivió nuestra tremenda sed.

La primera noche dormimos en Jacksonville. Fue la última vez que sufrimos el peso del racismo contra nuestra querida Victoria. Nos vimos obligados a alojarnos en un motel en las afueras de la ciudad, donde pasamos todo el día siguiente, como habíamos planeado. Continuamos después nuestro viaje hacia el norte. La noche siguiente dormimos en un pequeño pueblo donde, por fortuna, ya no hubo más problemas. Finalmente, al tercer día, llegamos a Charlottesville, nuestro destino final, donde pasaríamos tres meses. Charlottesville era un pueblo pequeño, con una Universidad; la mayoría de las casas eran de estilo colonial americano, reminiscencia de la época de la guerra civil. Todo evocaba a los héroes del sur, con monumentos, calles y la célebre Universidad, donde se alzaba la casa del presidente Jefferson. Pensábamos encontrar departamentos de alquiler, como en Miami, pero solo había viejas casas —unas más grandes que otras— con un letrero en los jardines que decía "Guest". No sabíamos bien qué significaba.

Teníamos una dirección que nos había dado una señora amiga de papá, y gracias a ello encontramos la casita. Allí vivían dos ancianas, amigas de esta señora. Les llamó mucho la atención Ana María; se notaba que no veían niños por el vecindario. Ellas nos recomendaron una casa pensión.

Era la pensión de la señora Martin, una mujer bastante joven que vivía con un hijo de unos trece años, y que tenía también un kindergarten, el primer colegio de Ana María. El lugar era encantador y estaba cerca del centro de la ciudad.

Recuerdo que tenían un perro Collie, marrón con blanco, llamado Pitt. Le tomó un cariño inmenso a Ana, a pesar de que ella no lo trataba muy bien. Pitt la cuidaba como a un tesoro. Una vez, cuando ella intentó salir sola a la calle, él corrió a la puerta e impidió que lo hiciera. Era un perro sumamente inteligente.

En Charlottesville pasé momentos difíciles. Ana, durante el viaje, había tenido el estómago suelto, y no mejoraba. Nos recomendaron un médico pediatra que, tras examinarla, sugirió hospitalizarla para observarla mejor. Fue una de las experiencias más dolorosas de mi vida: dejarla llorando en el hospital me partía el alma. Solo estuvo dos días, pero fueron terribles. El doctor insistía en seguir observándola. Me di cuenta de que no llegaríamos a ningún lado así, así que decidí sacarla y llevarla a otro médico del pueblo. Este hombre era maravilloso; enseguida detectó el problema: una fuerte inflamación. Le quitó las grasas y los dulces, le recetó un tratamiento sencillo y Ana se curó de inmediato.

También le perforó las orejitas a Chabuca, algo que no se hacía en Estados Unidos por considerarlo cruel. El doctor, con los aretitos de Ana, accedió mientras me decía con humor resignado: "Lo que usted me está obligando a hacer". Pero uno de los aretes no le quedó del todo bien.

En esos mismos días recibí una carta de mi Nenita. Aunque no me lo decía directamente, descubrí que estaba en una clínica. En una carta posterior me confesó que le había salido un bultito en el pecho, y la había operado el doctor Carballo. Todo había salido bien, pero los días que pasé entre mis sospechas y la carta que confirmaba que ya todo había pasado fueron tristísimos para mí. En medio de esas penas, corría a la iglesia católica del pueblo, mi único consuelo era rezar con fe al pie del altar.

Cuánto agradecí entonces haber crecido en una familia tan creyente, con esa confianza firme en Dios y en la Virgen, que me daba todo el consuelo y la fortaleza para seguir adelante. Y cuánto agradecí también a mi querida Nenita, por su gran ejemplo y sus valiosas enseñanzas. Sin ellas, no sé cómo nos habría ido en nuestra vida matrimonial.

Un mes después, la dueña de la pensión nos comunicó que no podía seguir con el negocio. Se marchó a vivir con su madre a las afueras de Charlottesville y nos dejó la casa por un tiempo más, mientras se resolvía su devolución. Nos encontrábamos a mitad de nuestra estancia planeada, y no conocíamos a nadie más. Los otros lugares eran más caros, así que una vez más recurrimos a la oración, pidiéndole ayuda a Nuestro Señor. Y como siempre, Su ayuda no tardó.

La madre de la señora Martin, la señora Watts —dueña de una gran casa de estilo colonial americano— nos ofreció alquilar una casita dentro del bosque que rodeaba su propiedad. La casa principal era bellísima, con chimeneas en cada dormitorio. Me parecía vivir en otra época.

Recuerdo una noche que dormimos allí: fue delicioso. Luego nos mudamos a la casita de dos piezas y un baño, sin calefacción. Ya hacía frío, sobre todo por las noches, y este se

Doña Sofía Belaúnde con sus nietos

colaba por todas las rendijas. Pero nos arreglamos bien. Las niñas, bien abrigadas; Ana tenía tanta ropa que sirvió también para Chabuca —no tuvimos que comprarle ni un pañal. Carlos y yo, envueltos hasta los dientes, nos moríamos de risa cuando nos veíamos disfrazados: yo con chullo y mitones, Carlos con una bufanda que le cubría hasta las orejas y guantes. A Victoria le dieron el cuarto de las empleadas, lo que le vino muy bien, pues salía temprano y ayudaba en la cocina y a lavar platos a cambio de propinas.

Almorzábamos en un restaurante muy bueno y barato. Carlos iba a la biblioteca de la famosa Universidad de Monticello, a veces al cine, para acostumbrar el oído al inglés. Yo, tempranito, iba a misa y traía el desayuno. Esa etapa fue muy linda. Paseábamos por los Blue Ridge Mountains, entre campos de manzanos y duraznos hermosos, el bosque estaba lleno de ardillitas juguetonas. Pitt, el perro Collie, dejó a su familia y se instaló en la puerta de nuestra casita. Nos cuidaba cada noche, pues el sitio era algo solitario. Yo era feliz, dedicada por completo a mis hijas.

Chabuquita crecía, engordaba, y cada día estaba más bonita. Era un encanto de bebé. Una vez, los Martin nos invitaron a ir con ellos a Washington, donde vivían unos amigos. La pasamos de maravilla. Carlos conoció la capital, una ciudad que siempre me ha encantado. Fueron días preciosos, y luego regresamos a nuestra casita en Virginia.

El tiempo pasó volando. Llegó el momento de continuar nuestro viaje. Habíamos planeado pasar ocho días en la capital. Una vez más, empacamos y partimos. Ya no con la misma pena que cuando salimos de Miami. Esta vez fuimos directo a Washington D.C., unas tres horas de viaje.

Una amiga de la señora Watts nos indicó por qué zona entrar para encontrar

alojamiento económico, y llegamos a un pequeño edificio cerca del Capitolio. Era la casa de una señora francesa, cuyo hogar parecía un rincón de París: por el estilo de los muebles, las cortinas, los adornos. Teníamos un cuarto para nosotros y las bebés, otro para Victoria, baño y cocinita.

Como en Charlottesville, los demás pensionistas se fueron, y quedamos solos con la dueña. Con nuestro carrito recorrimos museos, el Capitolio, los grandes almacenes. Paseamos por toda la ciudad, que en otoño era un espectáculo: los árboles vestidos de hojas naranjas y marrones.

Los ocho días volaron. Seguimos hacia Nueva York, pasando por Baltimore y Filadelfia, donde vimos la famosa Campana de la Libertad. Entramos a la gran ciudad por el oeste, como nos recomendaron, y encontramos un simpático departamento en un barrio tranquilo, bien abastecido y de precio razonable. Nos instalamos y, con el carrito, nos movíamos por toda la ciudad.

Fuimos al consulado para actualizar nuestros pasaportes: teníamos un nuevo miembro en la familia. Como en Washington, visitamos el Museo Metropolitano, la Catedral de San Patricio, el zoológico del Bronx y Central Park. Disfrutamos de la famosa Parade de Navidad de Macy's, que fascinó a Anita. No salía de su asombro. Se detenía, embelesada, ante los escaparates: estaba descubriendo el mundo.

Finalmente, visitamos la Feria Mundial, que se celebraba en Nueva York. Recuerdo la emoción de ver la escultura de La Piedad de Miguel Ángel, traída especialmente desde Roma. Pasamos días fabulosos.

Tomamos pasaje de regreso en el vapor Santa Clara, en el que ya había viajado antes a Colombia. La única pena fue tener que vender nuestro carrito. Nos preocupaba que no alcanzara el dinero, y además el trámite para embarcarlo era complicado y costoso.

La travesía fue maravillosa. En los vapores de la Grace todo era familiar. En la tradicional cena bailable, felizmente, tenía aún mi vestido largo de terciopelo negro, que me quedaba perfecto, ya que no había engordado ni un gramo. Me sacaron a bailar. No había bailado con otro hombre que no fuera Carlos desde que me casé, pero un joven de familia alemana, muy correcto, se plantó frente a nosotros y no se movió hasta que acepté. Hablaba muy bien español porque vivía en Chile. Le conté por qué me costó tanto aceptar su invitación, y se sintió honrado por mi gesto. Fue una noche encantadora.

Todos en el barco estaban fascinados con nuestras hijas, que parecían dos muñecas. Algunos creían que eran mellizas. Después de doce días, llegamos al Callao. Como siempre, el barco atracó temprano. En el muelle nos esperaban mi Nenita, papá y, para mi sorpresa, mis queridas amigas Isabel Cipriani —la madre de Juan Luis, quien años después sería Cardenal Arzobispo de Lima— y Yolanda Ferrero.

También nos aguardaba la nueva ama de casa, una mujer afrodescendiente que habían contratado para nosotros, porque sabíamos que debíamos despedirnos de Victoria. Nos había acompañado durante años y era, para mí, parte de la familia. No la volvimos a ver. Recuerdo que Ana María se echó a llorar. Su llanto nos sorprendió, y nos partió el corazón.

Los nuevos comienzos: Chimbote y el despertar de la vocación

Doña Sofía con el Niño Dios del Nacimiento de Castilla. Fotografía de propiedad de Mari Salazar Belaunde.

La madre de Carlos, que era viuda, se había casado con el señor Garatea, también viudo, y juntos vivían en Chimbote. Carlos, mi esposo, había resuelto que, al regresar al Perú, nos iríamos a vivir allá. Quería que su madre disfrutara de sus últimos años en compañía de sus nietas. El señor Garatea le ofrecía trabajo como contador en la Agencia Garatea. Recuerdo que el sueldo sería de quinientos soles al mes, más casa y comida.

Yo me moría de pena por dejar a mi Nenita, mi tía, hermana de mi madre, que me había criado desde que tenía dos años, cuando falleció mi mamá. Pero no podía sino aceptar con humildad la voluntad de Dios.

A los pocos días de nuestra llegada, Carlos enfermó de difteria. Por aquellos días, parecía haber una epidemia en Lima. Dos médicos lo vieron y ambos aseguraron que era amigdalitis. Pero yo, que conocía bien de afecciones a la garganta por todo lo que había padecido años atrás, supe que no era así. Presentía que era algo más serio. Contra la opinión médica, ordené hacerle análisis. El resultado fue positivo: difteria.

El problema era conseguir el remedio, que escaseaba. A Dios gracias, se lograron las cinco mil unidades necesarias de la vacuna y se pudo salvar su vida. Todos en casa tuvimos que vacunarnos también.

Ya recuperado, Carlos viajó a Chimbote. Yo me quedé en la casa de Mascarón con mis tías hasta febrero. Con el cambio de ciudad, Chabuquita comenzó a padecer del estómago. Fue un proceso largo, muy doloroso para ella. Como en Chimbote no había ni siquiera una posta médica, y menos aún un médico pediatra, la situación se alargó hasta que cumplió el año.

Comenzamos nuestra vida en Chimbote en febrero de 1941. Era un puerto pesquero con una población de apenas cinco mil habitantes. Tenía una linda bahía, calles sin asfaltar, un pequeño mercado, y una capillita de madera donde rara vez se celebraba misa, porque el párroco de Santa solo atendía su parroquia. Ni siquiera había una posta de primeros auxilios.

Sofía se tomo esta fotografía cuando llego a Estados Unidos junto a su familia. Fotografía propiedad de Ana María Salazar Belaunde.

Para cualquier urgencia, debíamos viajar a Casma, donde sí había una bonita iglesia y un buen párroco, a quien yo envidiaba.

En la calle Ferrocarril estaba el local de la Agencia Garatea. Era una casa de madera, al estilo del viejo oeste americano. Al lado, se levantaba en ladrillo el chalecito que Don Nicolás había hecho construir con un maestro de obras. Había sido destinado para su hijo Ismael cuando se casó con Eugenia Yory, a quien también le dio el puesto de cajero en la Agencia Garatea. Pero, tras una disputa con su padre, se fueron a vivir a Lima, dejando libre tanto el puesto como la casita, que ahora sería nuestra.

Arreglamos el chalecito de forma muy sencilla. Nuestros muebles habían quedado en el departamento de Miraflores que aún teníamos alquilado. La señora Isabel, generosamente, nos prestó camas, muebles para la sala y una mesa de comedor con seis sillas. Nuestra intención era ahorrar lo más posible durante nuestra estadía y, si Dios lo permitía, comprarnos un carrito que tanta falta nos hacía.

Apenas llegados, vino a visitarnos la señora Inés del Solar, antigua amiga de los Garatea, perteneciente a las familias del valle del Santa. Ella había fundado la Acción Católica en Chimbote y era su presidenta. La asociación contaba con pocos miembros que aportaban pequeñas cuotas mensuales: las más altas eran las de la Agencia Garatea y la Agencia Dalmau, con cinco soles cada una; las demás contribuían con veinte o cincuenta centavos. Sin entrar en muchos detalles, me explicó que debía viajar a Lima y que, por tal motivo, me dejaba la presidencia de la Acción Católica, haciéndome entrega del libro de tesorería donde constaban sus logros, así como el organito de la iglesia y una capa para bendiciones o bautizos.

Me quedé de una pieza. Todo esperaba, menos eso. Es verdad que papá nos había enviado a estudiar Acción Católica a Bruselas, y gracias a Dios estaba bien preparada en lo doctrinal. Pero asumir la responsabilidad de un movimiento nuevo de la Iglesia en un lugar donde no conocía a nadie, era todo un reto. Sin embargo, al pensarlo mejor, entendí que era la voluntad de Dios, manifestada a través de aquella señora, hasta entonces desconocida para mí. No pude negarme y acepté. No recuerdo si logró presentarme a los demás miembros; todo fue tan rápido e inesperado.

Mi primer año en Chimbote fue bastante tranquilo. Solo tenía a Ana María y a Chabuca. Comíamos en casa de mis suegros, así que no tenía que ocuparme de las compras ni de cocinar, salvo las comidas de las bebés. Las verduras nos las mandaban desde Lima, porque allá no se conseguía nada más que papas, cebolla, tomate, yuca y camote. Yo les preparaba purés pasándolos por colador —no había licuadoras entonces—, pero ambas eran desganadas para comer, lo que me hacía sufrir muchísimo. Estaban flaquitas, y todos me lo decían, lo que solo aumentaba mi angustia.

Chabuca, como dije, tuvo problemas estomacales hasta el año o quizás un poco más. Un día le dio una fiebre muy alta y perdió el conocimiento. Yo sufría con todo esto, sobre todo porque ni Carlos ni mis suegros le daban importancia a las enfermedades, aunque fueran peligrosas, especialmente en un lugar como Chimbote donde apenas había dos médicos, ambos ancianos y poco competentes.

Dios, en su infinita misericordia, me ayudó una vez más. Alguien me avisó que en Trujillo había un buen médico pediatra: el doctor Montoya, de familia arequipeña, formado en

[9] Texto de Fernando Bazán Blass, escrito en Chimbote, el 20 de noviembre de 2021. La esquina de la novena cuadra de la Av. Bolognesi y el Jr. Tumbes donde se ubicó la casona de la familia de don Carlos Salazar Romero y doña Sofía Belaunde Irigoyen desde el año 1941 y que fue visitada en innumerables oportunidades por su sobrino, el Expresidente del Perú don Fernando Belaunde Terry desde cuando tenía 29 años de edad. Hoy en esa misma esquina queda el local de "Plaza Vea" - Archivo: Víctor Chávez Toledo.

París, casado con una francesita encantadora. Él fue nuestro salvador. No era fácil conseguir que me prestaran el auto para ir hasta Trujillo, porque nadie creía en la gravedad de las dolencias. Pero al final, el Señor siempre me auxiliaba. Más de una vez viajé uno, dos o hasta tres días por mis hijos.

Ya habían nacido nuestros otros dos: Carlitos y José Andrés, a quien llamábamos Nino. Recuerdo que en una ocasión viajé a Trujillo por Chabuca, y en otra por Carlitos. A Nino también tuvieron que hacerle una pequeña incisión para drenar un flemón detrás de la oreja, cuando aún era solo un bebé.

Recojo un escrito que hizo doña Sofía Belaunde y que trascribió Fernando Bazán Blas: ''Doña Sofía Belaunde Yrigoyen relata como llego a vivir a Chimbote en 1941 en la casona donde hoy se ubica Plaza Vea en la plaza Grau'' (Por Fernando Bazán Blass) [9]

Llegada a Chimbote: 1941

Corría el año de 1941 cuando llegamos a Chimbote, entonces una pequeña caleta de pescadores con apenas cinco mil habitantes. Carlos, mis dos pequeñas hijas —Ana María y Chabuca— y yo desembarcamos en aquella tierra cálida y polvorienta, atraídos no por promesas de comodidad, sino por la ilusión de compartir los últimos años de doña Isabel, madre de Carlos, con sus nietas.

Nos esperaba don Nicolás Garatea, hombre recio, de negocios, figura central del puerto y padrastro de mi esposo. A su lado, doña Isabel, mujer de temple sereno, tejía desde la intimidad del hogar una red de afectos que marcó para siempre aquellos primeros días.

Carlos, recién retornado de los Estados Unidos, donde había culminado estudios de especialización, había resuelto aceptar un puesto en la Agencia Garatea, dirigida por don Nicolás. Le ofrecían quinientos soles mensuales, además de vivienda y alimentación. Yo, aunque con el corazón apretado por dejar a mi querida tía Nenita —la mujer que me crió desde que quedé huérfana a los dos años—, acepté la voluntad de Dios.

Nos instalamos en una casa de madera en la calle Ferrocarril, frente a la plaza 28 de Julio. Era una construcción al estilo del Lejano Oeste americano, donde también funcionaba la agencia. Al lado, nuestro chalecito de ladrillo rojo, hecho construir por don Nicolás para su hijo Ismael, quien al emigrar a Lima dejó libre el hogar que ahora nos acogía.

Chimbote nos recibió con una bahía de gran belleza, aunque carente de casi todo. No había agua potable ni desagüe, ni posta médica, ni calles asfaltadas. Una capillita de madera apenas era atendida por el párroco de Santa. Las frutas y verduras para las niñas debían llegar desde Lima, y la atención médica era más esperanza que realidad. Chabuca, que ya mostraba debilidad en el estómago, se agravó. No había médicos pediatras. Sólo dos doctores mayores, que más de una vez erraron el diagnóstico. Por fortuna, hallé al Dr. Montoya en Trujillo, formado en París, y cada consulta era una odisea entre súplicas y viajes agotadores.

A los pocos días de llegar, Carlos enfermó gravemente. Los médicos dijeron que era una amigdalitis, pero mi experiencia —pues también yo había sufrido de la garganta en mi niñez— me indicó que era algo más. Mandé hacer los análisis por mi cuenta. Difteria. Milagrosamente conseguimos las cinco mil unidades de antitoxina necesarias para salvarle la

Celebrando año nuevo alrededor de Muti.

Muti y Mary Salazar Belaúnde

vida. Todos debimos vacunarnos.

En medio de esas tribulaciones, recibí una inesperada visita: doña Inés del Solar, dama piadosa del valle del Santa, me anunció que debía viajar a Lima, y sin más preámbulo me entregó la presidencia de la Acción Católica de Chimbote, junto al libro de tesorería, un organito y una capa para bendiciones. Me quedé atónita. Aunque papá nos había enviado a estudiar a Bruselas con las damas de la Acción Católica, tomar las riendas de un movimiento eclesial en un lugar ajeno, entre desconocidos, era un desafío mayúsculo. Pero acepté. Vi en aquel gesto un llamado de Dios.

Con el paso de los meses, la vida en Chimbote se fue hilando entre rutinas nuevas y viejas nostalgias. A pesar de las dificultades, Carlos —educador de vocación y convicción— vio más allá del presente inmediato. Sabía que sin educación no habría futuro. Por eso, en 1942, con apenas 4,500 soles que habíamos ahorrado para comprar un coche, fundó el Colegio Particular San Pedro, el primero de educación secundaria en Chimbote.

Fue una empresa titánica. Hubo que alquilar una habitación en la casa de don Nicolás Arias Luna, maestro local, y adaptarla como aula. Carlos recorrió casa por casa convenciendo a padres para que inscribieran a sus hijos. Finalmente, cuarenta jóvenes inauguraron el plantel, que muy pronto se convertiría en el corazón del progreso social del puerto.

En 1948, cuando se graduó la primera promoción, la Universidad Católica del Perú lo llamó a Lima para ser director de estudios de su recién fundada Facultad de Educación. Con lágrimas, Carlos entregó al Estado la institución que tanto amó. El colegio siguió su camino como Colegio Nacional San Pedro, símbolo de una utopía cumplida.

Pablo llevando en brazos a Nicolás, Ana María Salazar, Teresa Labarthe,
Lucha Labarthe, Mónica Salazar y Chabuca Feijoó de Labarthe.
Carla Salazar, Kathya Salazar y Paola Salazar.
Jessica del Solar, Vanesa Salazar y Magaly Lino Montes.

Doña Sofía Belaúnde Yrigoyen de Salazar.

Recojo unas líneas de Jaime Guzmán Arana[10], sobre la labor que desarrollo Carlos Salazar en Chimbote:

Carlos Salazar Romero no sólo fue un educador. Fue también un observador perspicaz del Perú profundo. En las tierras de la hacienda Tambo Real, en Santa, había presenciado el descubrimiento de restos arqueológicos —vasijas, tumbas, estructuras— que décadas después identificaríamos como de las culturas Mochica y Chimú. Conocía el legado de Humboldt, Middendorf y Raimondi, y soñaba con una pedagogía peruana, enraizada en nuestra historia, geografía y alma colectiva.

Para él, la educación debía nacer de la realidad peruana. No podía ser un calco de modelos extranjeros. "Necesitamos una pedagogía auténticamente nacional", decía, "estructurada desde nuestra idiosincrasia". Creía que educar era también liberar, formar ciudadanos conscientes y elevar el espíritu colectivo.

Hoy, al mirar atrás desde la distancia de los años y de los mares, me conmueve ver cómo aquella decisión, tan sencilla en apariencia —vivir junto a la madre de mi esposo—, fue en verdad el punto de partida de una profunda transformación para un pueblo, una escuela y muchas vidas.

José María, Liz, Paloma, Palomita, Paola, Teresa, Ana María, Mary, José Alberto, Vanesa, Mirtha llevando en brazos a Gabrielito y Nicolás.

[10] "Alta Mar", revista cultural de la Región Chavín, Año 2. Mayo- junio 1992, N° 7, págs. 50 y 51

Pablo y Angie junto a Muti.

Carla, Pablo, Teresa, Angie, Vanesa, Mónica y Luciana.

Carlos Salazar Belaunde y Teresa Labarthe Feijóo, el día de su matrimonio el15 de julio de 1966. Fotografía propiedad de Teresa Labarthe.

V. EL MATRIMONIO SALAZAR Y LABARTHE

Carlos Salazar Belaunde nació en el seno del hogar de Muti, y su infancia transcurrió entre los años vividos en Chimbote y luego en Lima. Fue testigo silencioso de tantas historias contadas al calor del hogar, anécdotas que se remontaban a cuatro generaciones atrás, que entretejían con ternura y orgullo la genealogía familiar.

Desde pequeño demostró una personalidad singular. Brillaba con luz propia entre sus compañeros, y prueba de ello fue el hallazgo de un diploma de honor guardado entre los recuerdos de Muti: un tesoro de papel de sus años de primaria, símbolo silencioso de sus primeros logros.

Siguiendo la vocación de su abuelo materno y de su padre, Carlos estudió Derecho, y con el tiempo se especializó en Derecho Laboral. Pero su espíritu inquieto no se limitó a los códigos jurídicos: años más tarde, se aventuró en el mundo gastronómico, fundando un restaurante especializado en pescados y mariscos, mucho antes de que la gastronomía se volviera moda. Fue un pionero discreto, un visionario del buen sabor.

Sus últimos años los vivió junto a la casa de Muti, rodeado de su familia, al lado de su esposa Teresa y sus siete hijos. Lamentablemente, partió demasiado pronto, a los 53 años. Teresa quedó viuda, con la inmensa tarea de sacar adelante a sus hijos, y lo hizo con admirable entereza. Mujer de carácter sereno, afable y de conversación siempre amena, Teresa también supo ser firme y aguda cuando la vida lo exigía.

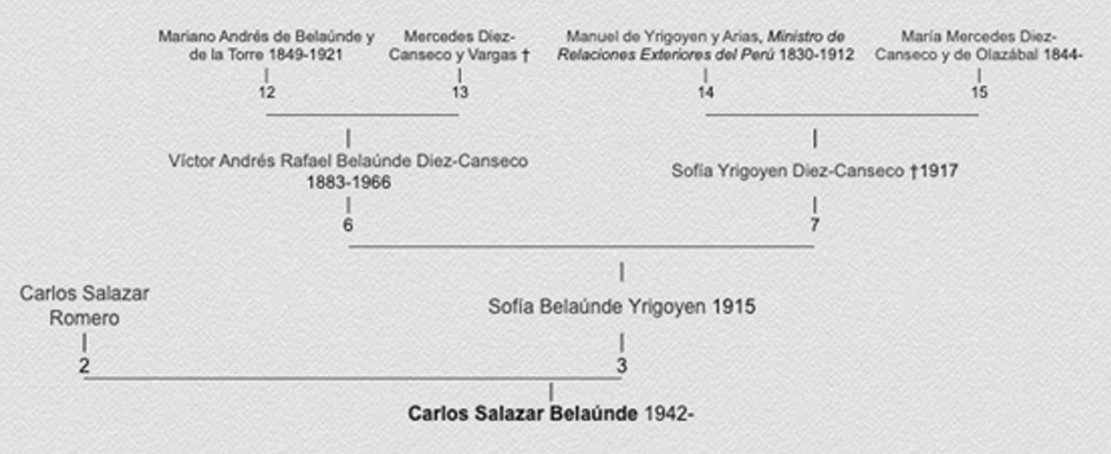
El deporte fue una herramienta que inculcó en cada uno de sus hijos desde la infancia. La natación se convirtió en disciplina y forma de vida: sin importar el frío del invierno o el ardor del verano, todos madrugaban para entrenar antes de ir al colegio. Teresa era el motor silencioso de ese esfuerzo, la presencia constante que empujaba con amor y determinación.

Hoy, varias veces al año, las familias Salazar y Labarthe se siguen reuniendo alrededor de Teresa. Ya sea por las fiestas de Navidad, por algún cumpleaños o por el simple deseo de estar juntos, Teresa es el corazón alrededor del cual gira la familia. Ella es el hogar común, el refugio de memorias compartidas, y en cada encuentro se renueva el legado de Carlos y el espíritu de Muti.

Carlos Salazar, Sofía Belaunde, Teresa Labarthe, Carlos Felipe Salazar , Isabel Feijoo y Abel Augusto Labarthe. El 15 de julio de 1966. Fotografía propiedad de Teresa Labarthe.

Carlos Salazar Belaunde. Propiedad de Vanesa Salazar Labarthe

5.1 CARLOS SALAZAR BELAUNDE



Fotografías del árbol genealógico de Carlos Salazar Belaunde. Autor de este árbol Francisco Javier Carbone Montes. [11]

NOMBRE	Carlos Felipe Salazar Belaunde
FECHA DE NACIMIENTO	Lima, 13 de mayo 1942.
FECHA DE FALLECIMIENTO	Lima, 12 abril 1995
PADRES	Carlos Salazar Romero (1883-1966) y Sofía Belaunde Yrigoyen
HERMANOS	
	1. Ana María Salazar Belaunde
	2. Isabel Salazar Belaunde
	3.Carlos Salazar Belaunde (1942- 1970). Casado con Teresa Labarthe Feijóo.
	4. José Andrés Salazar Belaunde (Nino). Casado con Mayra
	5. Pedro Salazar Belaunde casado con María Delia Hughes Thiessen
	6. Sofía Salazar Belaúnde (Paloma). Casada con José Pizarro Cruzado
	7. María del Carmen Salazar Belaúnde (Mari). Casada con Richard Plenge Espinoza.
	8. Felipe Salazar Belaúnde. Casado con Gilma Shuler.
	9.José María Salazar Belaunde. Casado con Margot Elizabeth Carbonel Aguilar.
	10. Pablo Salazar Belaunde casado con María Angélica García Maraví.
CONYUGE	Teresa Isabel Labarthe Feijoo
FECHA DE MATRIMONIO	Lima, 15 julio de 1966.

[11] Extraido de la web el 19.08.24:
https://gw.geneanet.org/fracarbo?lang=es&n=castilla+y+marquesado&p=ramon

HIJOS	
	1.Victor Andrés Salazar Labarthe (1967). Casado con Viviana Elena García Parodi.
	2.Monica Susana Salazar Labarthe (1968). Casada con James Lacey
	3 Carla Isabel Salazar Labarthe (1969). Casada con Mike Van Der Ven
	2. Paola Viviana Salazar Labarthe (1970). Casada con Edwin Suni
	5. Kathia Regina Salazar Labarthe (1972). Casada con Juan Carlos Caipo Rivera. Casada el 2007 con Carlos Antonio Suarez Cáceres
	6.Vanesa Sofía Salazar Labarthe (1976). Casada con José Alberto Christiansen Chu Chimpecan
	7.Nicolas Darío Salazar Labarthe (1977). Casado con Mirtha Ibañes

En su casa sus hermanos le decían "Gordo" y sus amigos le llamaban "Micalo".

Carlos Salazar Belaunde fue el tercero de los hermanos. Nació en Chimbote, cuando sus padres vivían cerca de la abuela paterna, doña Isabel Romero. Creció entre historias familiares que lo conectaban con sus raíces, y cursó sus estudios en el colegio jesuita La Inmaculada, entonces ubicado en la avenida La Colmena, el mismo colegio donde se habían formado su padre y sus tíos. Concluyó sus estudios en la Promoción Borja, en el año 1957.

Desde joven destacó por su disciplina y espíritu competitivo. El atletismo fue su pasión, y representó al Perú con orgullo. Su especialidad fueron los 800 metros planos, una exigente prueba de medio fondo en la que cada atleta parte desde su carril, pero tras los primeros cien metros entra a la llamada "calle libre", donde se libra una lucha cuerpo a cuerpo, en las calles interiores de la pista.

Siguiendo la vocación familiar, estudió Derecho en la Pontificia Universidad Católica del Perú, inspirado por su padre y su abuelo, quienes también habían elegido esa profesión. Se especializó en Derecho Laboral y, siendo aún muy joven, comenzó su vida profesional en el Ministerio de Trabajo.

A los 22 años, el 15 de julio de 1966, se casó con Teresa Labarthe, quien tenía apenas unos meses menos que él. Al inicio, los recién casados vivieron con los padres de Teresa, pero poco después se trasladaron a Chimbote, donde empezó su nueva vida familiar.

Los primeros años los pasaron en la hacienda La Huaca, propiedad de la abuela paterna de Carlos. Allí crecieron sus tres primeros hijos, hasta que el 31 de mayo de 1970, a las 15:23, vivieron una experiencia que marcaría sus vidas para siempre: el devastador terremoto de Áncash. Con una magnitud de 7.9 en la escala de Richter y una intensidad IX en la escala de Mercalli, este sismo provocó un aluvión tras el desprendimiento de un casquete del Huascarán, sepultando por completo la ciudad de Yungay y cobrando la vida de cerca de treinta mil personas.

En ese momento, Carlos y Teresa estaban en casa con sus tres pequeños: Víctor

Andrés, de apenas cuatro años, y sus dos hijas menores, con solo un año de diferencia entre ellas. Teresa, además, se encontraba embarazada de su hija Paola. Las comunicaciones estaban colapsadas, y durante días no pudieron contactar con su familia en Lima. La angustia llevó a los padres de Teresa a viajar en avioneta, gracias a su amigo Chachi Dibós. Doña Sofía, decidida y fuerte, hizo el viaje por tierra hasta Chimbote para abrazarlos.

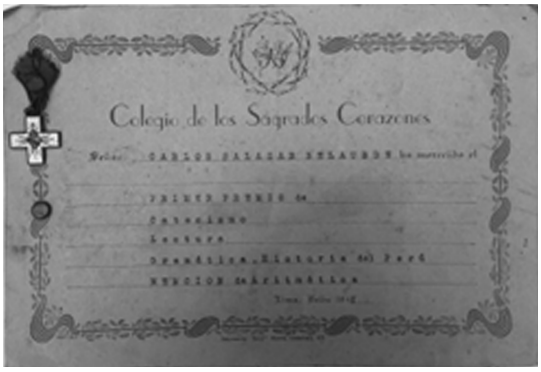
Poco después, decidieron regresar a Lima. Carlos compró una casa en Miraflores y más adelante, se mudaron a Corpac, a una vivienda contigua a la de Muti.

Allí, Carlos cumpliría uno de sus sueños: abrir un restaurante. Lo llamó Miramar, especializado en pescados y mariscos, y lo instaló en Jesús María. Fue un pionero en su tiempo, un apasionado de la cocina que supo combinar su sensibilidad culinaria con espíritu emprendedor. Ese sueño sembrado con tanto amor sigue vivo hasta hoy, pues su hijo Nicolás dirige una exitosa cadena de cebicherías que lleva el mismo nombre.

Carlos falleció inesperadamente el 12 de abril de 1995, a los 52 años, tras una pulmonía y un infarto repentino. Sus restos descansan en el cementerio de Chorrillos. Su legado, sin embargo, vive en su familia, en las historias que se siguen contando alrededor de la mesa, y en cada plato servido en Miramar, donde el sabor y la memoria se funden como un homenaje eterno.

Carlos Salazar Belaunde. Propiedad de Ana María Salazar.

Isabel, don Carlos, doña Sofía, Ana María y Carlos (en medio). En el barco rumbo a Estados Unidos. Don Carlos estaba invitado a una disertación en las Naciones Unidas.

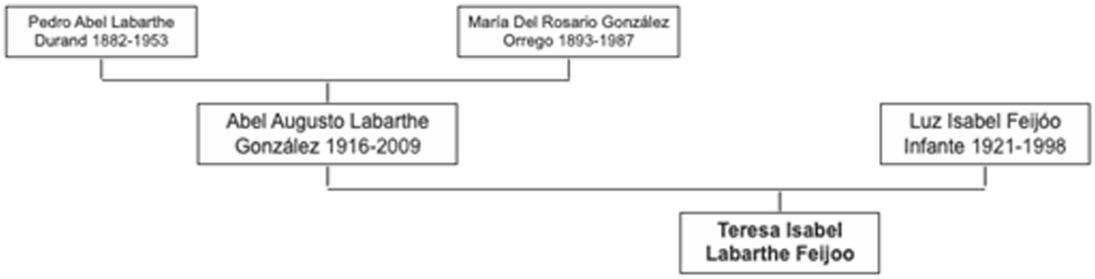


Fotografía del diploma de Carlos Salazar Belaunde. Propiedad de Vanesa Salazar Labarthe.

Carlos Salazar Belaunde y Teresa Labarthe

Fotografía, un 16 de diciembre, cumpleaños de Vanesa Salazar Labarthe. Fotografía propiedad de Teresa Labarthe.

5.2 TERESA ISABEL LABARTHE FEIJOO



Fotografías del árbol genealógico de Teresa Labarthe Feijoo. Autor de este árbol José Luis Boggio. [12]

NOMBRE	Teresa Isabel Labarthe Feijoo
FECHA DE NACIMIENTO	Tumbes, 23 de setiembre 1943.
PADRES	Abel Augusto Labarthe González (1916-2009) y Luz Isabel Feijoo Infante (1921- 1998)
HERMANOS	1.Teresa Isabel Labarthe Feijoo
	2.Luisa Rosario Labarthe Feijoo
	3.Pedro Abel Labarthe Feijoo
	4.Carlos Augusto Labarthe Feijoo
	5.Godofredo Adolfo Eustaquio Labarthe Feijoo
	6.Isabel Rosario Labarthe Feijoo
CONYUGE	Carlos Felipe Salazar Belaunde
FECHA DE MATRIMONIO	Lima, 15 de julio de 1966.
HIJOS	
	1.Victor Andrés Salazar Labarthe (1967). Casado con Viviana Elena García Parodi.
	2.Monica Susana Salazar Labarthe (1968). Casada con James Lacey
	3 Carla Isabel Salazar Labarthe (1969). Casada con Mike Van Der Ven
	4. Paola Viviana Salazar Labarthe (1970). Casada con Edwin Suni
	5. Kathia Regina Salazar Labarthe (1972). Casada con Juan Carlos Caipo Rivera. Casada el 2007 con Carlos Antonio Suarez Cáceres
	6.Vanesa Sofía Salazar Labarthe (1976). Casada con José Alberto Christiansen Chu Chimpecan
	7.Nicolas Darío Salazar Labarthe (1977). Casado con Mirtha Ibáñez

[12] Extraido de la web el 19.08.24: https://gw.geneanet.org/joseluisbo?lang=es&pz=jose+luis+andres&nz=boggio+allende&p=teresa+isabel&n=labarthe+

Los padres de Teresa, Abel e Isabel.

Victor Andrés, Paola, Mónica, Teresa, Nicolás, Vanesa y Carla

Teresa Isabel Labarthe Feijoo nació en la calurosa ciudad de Tumbes, en 1943, fruto del amor entre Abel Augusto Labarthe González, un joven ingeniero civil, y Luz Isabel Feijoo Infante. Su historia comenzó con un breve y sincero enamoramiento que culminó en matrimonio, y los primeros años de vida de Teresa transcurrieron entre Lima y Tumbes, en una dinámica familiar marcada por los compromisos laborales del padre.

Cuando Teresa tenía apenas dos años, la familia se instaló definitivamente en Lima. Primero vivieron en Jesús María, luego se mudaron a San Isidro, en busca de un entorno más tranquilo y adecuado para el crecimiento de sus hijas. Allí, Teresa estudió en el colegio del Sagrado Corazón Sophianum, dirigido por las religiosas de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús.

Las hermanas de esta congregación habían llegado al Perú en 1876 con la misión de fundar un colegio para niñas y una Escuela de Preceptoras. En 1909 establecieron un pensionado que funcionó hasta 1940 en la Calle León de Andrade del Cercado de Lima. Luego, en 1942, trasladaron el colegio a la Avenida Salaverry y lo renombraron como Sophianum, en honor a la sabiduría (sophia) y a su fundadora, Santa Magdalena Sofía Barat.

Durante el tercer año de secundaria, Teresa y su hermana Lucha viajaron a Suiza para estudiar en un internado: La Chatelaine School, ubicado en la comuna de Saint-Blaise, en el cantón de Neuchâtel. Fue una experiencia formativa que amplió sus horizontes y fortaleció su carácter. Al volver a Lima, Teresa se matriculó para seguir estudios de Secretariado Ejecutivo. Fue en el verano de 1959, en el Club Terrazas, donde conoció a Carlos Salazar. El destino los unió, y pronto nació entre ellos un vínculo profundo. Se casaron en la Iglesia de San Pedro, una joya arquitectónica de la Compañía de Jesús que data del siglo XVI. La misma iglesia donde siglos después, en 2018, se celebraría el matrimonio del príncipe Cristián de Hannover y

Teresa con sus nietos.

Vanesa y Nicolás

Carlos, Teresa e hijos junto a Muti y José María

Alessandra de Osma.

Para 1975, el matrimonio ya contaba con cinco hijos. Fue entonces cuando un médico recomendó que Mónica, una de las hijas, practicara natación para mejorar su salud. Esa recomendación transformó la rutina familiar. Los siete niños comenzaron a entrenar con disciplina, y la natación se convirtió en parte fundamental de sus vidas.

Tomaron clases en la piscina del Colegio Maristas de San Isidro, al que ingresaban por la calle Choquehuanca o por Lizardo Alzamora. El colegio, con su gimnasio, capilla, biblioteca y amplios patios, se convirtió en un segundo hogar para los pequeños deportistas. Tres de ellos —Paola, Kathia y Vanesa— destacaron particularmente, entrenando desde las 5 de la mañana y nuevamente por las tardes. Su esfuerzo y talento los llevó a integrar la Selección Peruana de Natación. Años después, Paola y Kathia continuarían esa pasión, dedicándose profesionalmente al nado sincronizado y a la enseñanza de la natación.

El destino, sin embargo, reservaba una dura prueba. Teresa quedó viuda a los 52 años, tras la repentina muerte de Carlos. Con entereza, se mudó a San Borja, donde vive hasta hoy, rodeada de recuerdos y del cariño de su numerosa familia. Siempre amante de los animales, ha cambiado a sus antiguos pinschers por nuevos compañeros rescatados de la calle: dos perros adoptados y una chihuahua que la acompaña fielmente. Cada sábado, Teresa mantiene viva la tradición familiar. Se reúne a almorzar con sus cuñadas Ana María, Paloma y Marí, en una celebración semanal del afecto, la memoria y la complicidad de una vida compartida.

Un domingo en la casa de Palomita en el mes de mayo de 2025

De visita por Lima en junio de 2025. Vanesa, Palomita, Patty, Rocío y Vicky

Visitando la casa del Mariscal Ramón Castilla. Junio de 2025.
Patty, Vicky, Palomita, Rocío y Vanesa.

Esta imagen fue propiedad de la familia Pizarro y de alli su nombre. La Virgen tiene una clara infuencia del barroco italiano, la imagen de la Virgen plasma la técnica y el estudio de los modelos clásicos y renacentistas. La escultura destaca por su teatralidad compositiva, que se resuelve en esta escena. El rostro de la Virgen es sereno y elegante. El Niño da la sensación de movimiento y alegría.

La escultura en el Virreinato peruano, particularmente durante los siglos XVI y XVII, se caracterizó por su alta calidad y por su papel fundamental en la evangelización. Era una herramienta clave para la Iglesia en sus campañas de difusión religiosa. Estas obras de arte eran utilizadas en retablos y otros lugares de culto; buscaban crear una atmósfera mística y ascética.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

- Congreso de la República – Artículo elaborado por Fernando Ayllón Dulanto (2022): https://cehmp.wordpress.com/2022/08/31/efemerides-31-de-agosto-de-1797-nace-el-gran-mariscal-ramon-castilla-en-tarapaca-2/
- BASADRE, Jorge (2005a). Historia de la República del Perú. 3.º periodo: La crisis económica y hacendaria anterior a la guerra con Chile (1864-1878) 7 (9.ª edición). Lima: Empresa Editora El Comercio S. A. ISBN 9972-205-69-X.
- BASADRE, Jorge (2005b). Historia de la República del Perú. 3.º periodo: La crisis económica y hacendaria anterior a la guerra con Chile (1864-1878) 8 (9.ª edición). Lima: Empresa Editora El Comercio S. A. ISBN 9972-205-70-3.
- BASADRE, Jorge (2005c). Historia de la República del Perú. 4.º periodo: La guerra con Chile (1879-1883) 9 (9.ª edición). Lima: Empresa Editora El Comercio S. A. ISBN 9972-205-71-1.
- BASADRE, Jorge (2005d). Historia de la República del Perú. 5.º periodo: El comienzo de la Reconstrucción (1884-1895) 10 (9.ª edición). Lima: Empresa Editora El Comercio S. A. ISBN 9972-205-72-X.
- BASADRE, Jorge (2005e). Historia de la República del Perú 5.º periodo: El comienzo de la Reconstrucción (1884-1895). 6.º periodo: La República Aristocrática (1895-1919) 11 (9.ª edición). Lima: Empresa Editora El Comercio S. A. ISBN 9972-205-73-8.
- GÁLVEZ MONTERO, José Francisco; GARCÍA VEGA, Enrique Silvestre (2016). Historia de la Presidencia del Consejo de Ministros Tomo I (1820-1956) (1.ª edición). Lima: Empresa Peruana de Servicios Editoriales S.A. ISBN 978-87-93429-87-1. Archivado desde el original el 4 de noviembre de 2020. Consultado el 9 de octubre de 2020.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (1994). «La derecha latinoamericana en busca de un modelo fascista: la limitada influencia del falangismo en el Perú (1936-1945)». Revista Complutense de Historia de América (Madrid: Universidad Complutense de Madrid) (20): 229-255. ISSN 1132-8312.
- Chirinos Soto, Enrique (1985). Historia de la República / 1930 -1985 2. Lima: AFA.
- Osmar González, Domingo García Belaúnde. Víctor Andrés Belaúnde. Peruanidad, contorno y confín. Textos esenciales, Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, Lima 2007
- Carlos Neuenschwander Sahurie. Iglesia y Peruanidad. Una lectura desde Víctor Andrés Belaúnde, Universidad Católica San Pablo, Arequipa 2005
- José Pareja Paz Soldán. El Maestro Belaúnde. Vida, personalidad y pensamiento, Instituto de Estudios Social Cristianos, Lima 2008
- Gustavo Flores Quelopana. Indagaciones Peruanas. Variaciones sobre Manuel González Prada, Víctor Andrés Belaúnde, José Carlos Mariátegui y Haya de la Torre, IIPCIAL, Lima 2006
- Martín Santivañez Vivanco, El concepto de peruanidad en V. A. Belaúnde, Univ. de Lima 2003.
- Wilbert Almonte Prado, V. A. Belaúnde: anatopismo, crisis y regeneración nacional, Lima 2013.
- Chirinos Soto, Enrique: Historia de la República (1821-1930). Tomo II. Lima, AFA Editores Importadores S.A., 1985.
- Tauro del Pino, Alberto: Enciclopedia Ilustrada del Perú. Tercera Edición. Tomo 3. Lima, PEISA, 2001. ISBN 9972-40-152-5
- Basadre Grohmann, Jorge: Historia de la República del Perú (1822 - 1933), Tomo 15. Editada por la Empresa Editora El Comercio S. A. Lima, 2005. ISBN 9972-205-77-0 (V.15)
- Carlos Milla Batres: Enciclopedia Biográfica e Histórica del Perú: Siglos XIX - XX Tomo 2
- César González Delgado: Breve historia de la I.E. Rafael Belaunde Diez Canseco, edición de aniversario.
- Juan Castillo Morales y Margot Muga de Castillo: Diccionario Histórico Geográfico del Perú
- Editorial Milla Batres: Perú Histórico
- Valcárcel, De la Puente Candamo, Docafe y Otros: Historia General de los peruanos, Tomo 3
- Víctor Andrés Belaunde: La Realidad Nacional

Este libro es un homenaje íntimo y entrañable al valor más profundo que sostiene a toda sociedad: la familia. A través del relato de cinco generaciones de peruanos, se entreteje una historia que, aunque privada, resuena con ecos universales en el alma limeña. Está dirigido a todo aquel que desee asomarse a esta memoria viva, rica en afectos y enseñanzas, en especial a los descendientes de doña Sofía Belaúnde Yrigoyen, quien, con ternura y firmeza, supo sembrar en su familia el amor por los recuerdos y el respeto por la historia compartida.